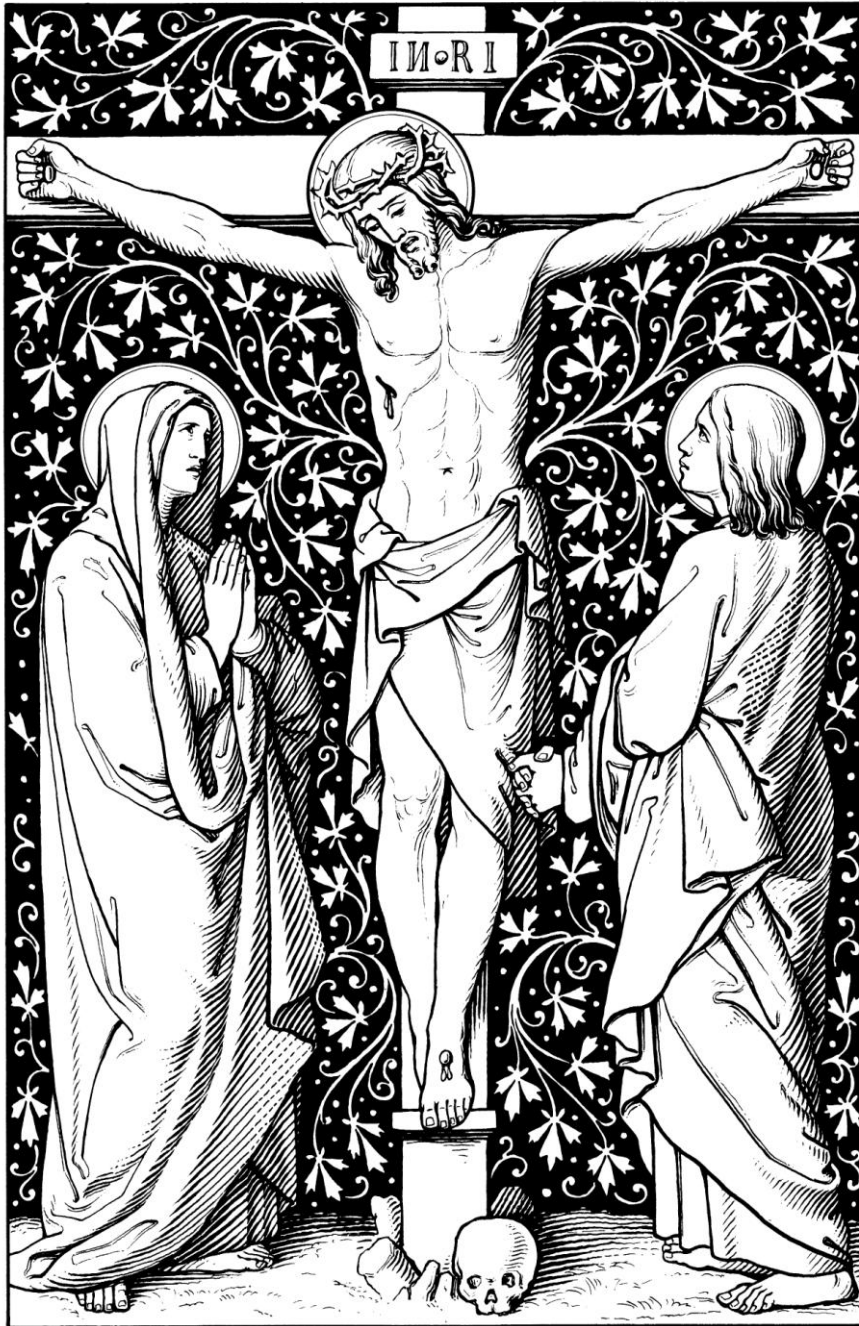


Fray Domingo Cavalca O.P.

EL ESPEJO DE LA CRUZ



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

“Lo specchio della Croce”
Fra Domenico Cavalca OP

Este libro ha sido lectura de la Reina Isabel I de Castilla y de muchas almas santas.

PRÓLOGO

Narra el santo Evangelio con una semejanza que un hombre noble, al partir de su ciudad, encomendó a sus siervos una suma de dinero con la cual debían procurar ganancias. A uno le dio cinco talentos, a otro tres, y al otro sólo uno, y dijo a cada uno de ellos que procuraran ganancias, hasta que él volviera. Y una vez retornado, pidiendo explicación de los talentos encomendados, y preguntando por las ganancias, encontró que el siervo al cual había encomendado un solo talento, nada había ganado. Por esto lo hizo apresarse como a siervo inútil, y lo hizo poner en la prisión tenebrosa.

Este hombre noble es Dios; los siervos son los hombres; y los talentos son los dones de las gracias temporales y espirituales, que Dios da y promete a quién más y a quién menos, según su parecer. Al volver, reclama la ganancia de los talentos encomendados; ya que Cristo, que se apartó de nosotros subiendo al cielo, regresará para el juicio y discretamente reclamará a cada uno la ganancia de todos los bienes que le fueron encomendados: y a aquél que encuentre inútil lo hará meter en la prisión del infierno.

Es muy dura esta sentencia: en ella se demuestra que no solamente será condenado quien haga el mal, sino también quien no haga el bien. Y en esto se demuestra que de cada uno de aquellos poderes y saberes, u otros bienes que Dios les haya encomendado, debe buscar ganancia espiritual.

Ahora bien, considerando esto, aunque mi poco saber y mi imperfección me induzcan a negligencia, he pensado que aunque yo no pueda ganar gran cosa, como si tuviera muchos talentos, al menos con mi poco saber, como con un solo talento, pueda hacer una sola obra. No la escribo en latín sino en italiano para que no sea difícil; para que entre unos cuantos laicos devotos (puesto que no son cultos y están muy ocupados, y no pueden desocuparse (vacare: abandonar otras ocupaciones para dedicarse a ésta), como desearían, y pretender dedicarse a la oración), haya algunos que por esta obra sean inducidos a devoción.

Y esto será un espejo y un libro, en los cuales breve y amablemente vean y lean toda perfección. Y ya que Cristo es luz y espejo de toda perfección, y está en la cruz como maestro en cátedra, que enseña toda perfecta doctrina a cualquiera que allí pone la mente, y como que contiene en resumen perfectamente lo que es necesario aprender, tomo por tema de este libro la Cruz, poniendo diversas sentencias, consideraciones y similitudes, según el orden de los capítulos que siguen, por los cuales nuestro intelecto pueda iluminarse y el afecto incendiarse. Quiero, por lo tanto, que este libro se llame “El Espejo de la Cruz”.

Y ruego a aquellos que experimenten algún fruto por medio de esta obra, que rueguen a Dios perdone mi presunción; ya que digo lo que no practico: muestro aquellas cosas por una cierta ciencia, pero de ellas no tengo experiencia. Y porque callando y hablando temo pecar, me parece mejor (o por lo menos, menos malo) hablando dar fruto a los otros que callando no dar fruto ni para mí ni para los otros; y espero que por los méritos y oraciones de las santas personas, las cuales tendrán fruto, podré aliviar en algo mi deficiencia.

Y porque esta obra la he compuesto solamente para algunos laicos simples, que no saben latín, procedo con simpleza para su utilidad, cuidándome más de decir lo que es útil que de decir lo que es bello. Por eso ruego a todo hombre culto que encontrase en este libro alguna cita puesta desordenadamente, o cualquier otro defecto que se pueda soportar sin peligro, aunque supiese decirlo mejor que yo, que me disculpe; porque escribiendo en lengua vulgar (italiano) y a los hombres iletrados, no me parece necesario prestar mucha atención al escribir y ordenar mis palabras, y a citar siempre los libros y capítulos de donde serán extraídas las sentencias que citaré; aunque siempre se ponga el nombre del santo al cual cito. Y si la médula es buena y las sentencias son verdaderas, poco me cuido de la cáscara de afuera y del hablar florido y adornado.

CAPÍTULO I

Dios tomó carne humana para liberar al hombre de tres defectos, en los cuales incurrió a causa del pecado.

Después del pecado de los primeros padres, cayendo el hombre de mal en peor, perdió la semejanza con Dios y, como dice el Salmista, tomó semejanza de animal; ya que cayendo en el olvido de Dios, el afecto se derramó en el amor de las vilísimas creaturas, y el intelecto oscurecido perdió el conocimiento de Dios y de sí mismo. Entonces incurrió, por el pecado, en tres defectos: primero, que él se vendió al enemigo y se hizo siervo y deudor de la muerte eterna. Además como ya he dicho, perdió la luz del intelecto. Tercero, desordenó el afecto, abandonando al Creador y amando la creatura.

Pero la piedad de Dios, viendo que el hombre continuamente empeoraba, y queriendo socorrer a la naturaleza humana, mandó a Su Hijo a que se encarnara; el cual vino a quitar al hombre tales defectos y lo reformó. Vino, por lo tanto, como Redentor, y muriendo, pagó el precio y la deuda de nuestro pecado. Por eso Él dijo: “Yo vine a entregar el alma”, es decir mi vida, “por la redención de muchos”.

Vino como luz, a iluminar el intelecto y a mostrarnos el camino de la verdad. Por eso Él dijo: “Yo soy la luz, yo soy el camino”. Y a Pilato le dijo: “Yo vine al mundo para predicar la verdad”: vine como médico y como fuego a sanar y a inflamar el afecto. Por eso dijo: “Yo vine a poner fuego en la tierra, y quiero que se incendie”; como diciendo: Yo vine a poner el fuego del amor en el corazón del hombre que era terrenal”. Y para mostrar esto los dos discípulos, a quienes Cristo se les apareció como peregrino, dijeron cuando Cristo partió: “¿Acaso no nos ardía el corazón cuando este peregrino nos hablaba?”. Como diciendo: Sus palabras nos metían fuego en el corazón. Y para mostrar esto envió sobre los Apóstoles al Espíritu Santo en figura de fuego.

Y para poder hacer sin demora todas las cosas predichas, no quiso pagar la deuda del pecado sino por el camino de la Cruz y de la muerte, derramando su sangre. Y mostró por medio de sus obras el camino de la perfección, es decir de la humildad, de la caridad y de la pobreza, la cual mostró viviendo y predicando, para que el hombre, viéndose tan amado, fuese atraído a amar con todo el corazón a tan grande benefactor. Por eso

cuando dijo: “Yo vine a poner fuego, y quiero que se incendie”, agrega y dice: “Yo me vine a bautizar con un bautismo y tengo un gran deseo”. Dice Beda que Cristo habló del bautismo de sangre, que derramó, por el cual se encendió en nosotros el fuego del amor.

Y esto aparece en el evangelio de San Juan, cuando dijo: “Si yo fuera exaltado sobre la tierra, es decir crucificado, atraeré todas las cosas hacia mí”. Dice san Agustín que por todas las cosas se entiende el espíritu y el alma del hombre, el cual participa en todas las cosas. Como diciendo: mi exaltación, es decir, esta Cruz en la cual seré exaltado sobre la tierra será algo muy eficaz, y de tanta virtud, que yo atraeré a mí el corazón del hombre con toda su potencia y con todos sus movimientos. Es decir atraeré el intelecto, para que tenga en qué pensar; atraeré el afecto, para que me ame puramente; y la memoria, para que jamás pueda olvidarme.

Y antes que nada, veamos cómo el afecto es atraído con todos sus movimientos por virtud de la Cruz. Nuestro afecto tiene seis movimientos principales: amor, odio, dolor, gozo, temor y esperanza. Por lo tanto veamos primero cómo es atraído al amor por virtud de la Cruz.

CAPITULO 2

Cómo Cristo atrae y ordena nuestro amor, y cómo su amor es amor de gracia

Puesto que el corazón del hombre es tan elevado y noble, jamás podría ser atraído al perfecto amor sino por el amor, y queriendo Dios atraerlo hacia sí, le mostró el signo de máximo amor que jamás se pudiera mostrar como cuando murió por él. Por eso Él dice: “No tiene el hombre mayor amor que dar la vida por su amigo”. Además, como el corazón del hombre estaba muy unido a las creaturas por amor, para poder separarlo y dividir de ellas fue necesario y conveniente que le fuese mostrado por el Creador tanto amor, cuanto no encontrara en ninguna creatura.

Por eso dice san Bernardo, que Dios quiere mostrar el amor que tiene por el hombre, por muerte de cruz, para que el hombre, conociendo el infinito amor de Dios y la vanidad del amor del hombre que no ama sino por propia utilidad, fuese forzado y atraído al amor de Dios, dejando el vano amor del mundo y de toda creatura. Pero si Dios hubiese rescatado al hombre por otro modo menos penoso, el hombre no habría sido atraído al amor perfecto, porque no habría amado a Dios con el amor puro de la amistad; sino en atención a la propia utilidad, al modo que amaba las otras creaturas, de las cuales recibía beneficios y utilidad: como los animales, que aman y reconocen a sus benefactores. Por lo tanto Dios quiso enseñarle a amar y atraer al hombre por su amor puro; es decir que atendiese más al afecto del benefactor que al efecto del beneficio. Y porque el amor de Cristo por nosotros es forma y ejemplo del amor que nosotros debemos tener por Él, veamos las condiciones de su amor infinito, para que nosotros sepamos cómo debemos amarlo.

Por lo tanto podemos decir que el amor de Cristo tiene cuatro condiciones excelentes: es gratuito (es un regalo), puro, útil y fuerte.

En primer lugar digo que es gratuito, es decir que nos ama por gracia y no por una deuda (que tuviera con nosotros). Dios no había recibido del hombre más que ofensas, y por ello el hombre no había merecido más que ira. Pero su amor debe ser considerado superior, porque ama a sus enemigos. Y de esto dice el apóstol Pablo, como maravillándose: “Siendo enemigos, hoy hemos sido reconciliados con Dios por el amor y por la muerte de su Hijo”. Dice también: “no por las obras de justicia que nosotros hayamos hecho, sino que por su sola misericordia nos ha salvado”.

Oh admirable y humilde caridad de Dios, que estando el hombre en guerra con Dios por el pecado, ni humillándose ni preocupándose de retornar a la paz, Dios Padre se humilló a pedir y a rogar primero paz al hombre, como si esta guerra le reportase daño a Él y como si Dios nos hubiera ofendido y fuese el deudor.

Por lo tanto vino a humillarse ante el hombre, y a ser muerto por el hombre para hacer la paz con él. Por eso después de que fue muerto, envió a San Pablo como su embajador a pregonar la paz. Por eso dice en su epístola: yo soy delegado y enviado de Cristo y os ruego de su parte que hagáis la paz con Él, porque ha querido morir a causa del pecado, y ha satisfecho para haceros justos, y quiere que de esta guerra haya paz. Y en otra epístola dice: Él es nuestra paz, y con su sangre ha pacificado la enemistad entre Dios y el hombre.

Por eso San Juan en voz alta y con amor grita y dice: “En esto se muestra la caridad de Dios: porque Él nos amó primero, no siendo Él amado por nosotros”. Y en otro pasaje dice: “Ved qué gran caridad ha mostrado Dios por nosotros que éramos enemigos y nos ha hecho sus hijos”. Y dice San Pablo, hablando de la caridad de Dios, la cual es tan desmesurada, que el corazón del hombre no lo puede pensar. Por eso dice que por la infinita caridad por la cual Dios nos ama, nos ha dado su Hijo, el cual por su muerte nos ha dado vida.

De esto habla san Gregorio diciendo: “¡Oh inestimable caridad y amor de Dios, que ha entregado su Hijo para rescatar al siervo!”. Y por eso dice san Bernardo: “¡Oh hombre vil, que no amas a Dios, avergüénzate al menos por no amarlo, ya que tanto te ha amado Él!”.



CAPITULO 3

Cómo Cristo nos ama sin ninguna consideración de su propia utilidad

La segunda noble condición del amor de Dios, que es puro, es que no solamente no nos ama por haber recibido algún beneficio, sino que ni siquiera mira a algún beneficio que pueda recibir, sea un servicio o bien un gozo que pueda encontrar en nosotros. Porque si Él pudiese recibir utilidad alguna, o más gozo que no tuviese antes, ya no sería Dios perfecto ni bienaventurado. Y por eso dice el Salmista: “Tú eres mi Dios, y no tienes necesidad de nosotros ni de nuestro bien”.

Y esto es lo que quiso dar a entender a los discípulos cuando dijo: “Después que hayáis hecho aquello que os ordeno, decid que sois siervos inútiles”, como diciendo: de todos los bienes que hacéis, yo no recibo ninguna utilidad. Quien bien entiende todos los mandamientos de Dios, se da cuenta de que Dios no nos ordena ni nos prohíbe nada para sí mismo, sino para nosotros; ya que como dice san Gregorio, “a Dios nuestro mal no lo perjudica, y nuestro bien no lo beneficia”. Y por este motivo, a Job le fue dicho por aquel amigo que creía que Job murmuraba contra Dios: “Si tú hicieras el bien, ¿qué le darías?, y si hicieras el mal, ¿en qué lo dañarías?”. Como diciendo: haciendo el bien nada le agregas, y en nada lo perjudicas haciendo el mal. Y por eso agrega y dice: al hombre lo daña su propia malicia y lo favorece su propia bondad.

También esto demostró Cristo, cuando habiéndose apartado de Él algunos discípulos, dijo a los que permanecieron: “Y vosotros, ¿también queréis partir?”. Como diciendo: quien se quiera ir, mire lo que está haciendo; porque vuestra permanencia no me es útil ni vuestra partida me es dañina.

Todo lo contrario es el amor del hombre, porque no se encuentra quien quiera mostrar amor al prójimo sino por la propia utilidad. Por eso vemos que ni el marido ama a la mujer, ni el padre a los hijos, sino en cuanto le redunda en honor, o bien en utilidad o en consuelo. Pero nadie crea que por su propio mérito alcanzará el paraíso, es decir por el servicio que le haga a Dios. Porque Dios no corona a los santos por el servicio que haya recibido, sino solamente por la gracia. Por eso dice el Salmista: Él nos corona por misericordia. Y también dice san Agustín, que es por la gracia que nosotros hacemos el bien, y por la gracia seremos coronados. Como dice san Pablo: no son condignos los padecimientos de esta vida con aquella gloria que Dios nos dará.

Por eso dice san Juan en el Apocalipsis: yo Vd. que los santos coronados se quitaban las coronas y las ponían a los pies de nuestro Señor que estaba sentado; para significar que de Él, y no por propio mérito, tenían aquellas coronas y aquella gloria, que Cristo mereció por su santa pasión. Y en esto consistió su amor puro, porque murió para darnos e introducirnos en su bienaventuranza, ya que Él por sí mismo la tenía, aún sin haber sido crucificado.

Porque gran afrenta y gran injuria hace el hombre dejando de amar a Dios (que tan puramente nos amó para nuestra utilidad y no para la suya propia) para amar a los

hombres, que no pueden ni saben amarnos; la amistad de ellos se nos vuelve en daño, porque ellos no aman sino por su propia utilidad.

CAPITULO 4

Cómo el amor que Cristo nos mostró en la Cruz es útil,
y cómo eligió el modo más conveniente para atraer al hombre.

La tercera condición del amor de Cristo en la cruz, es que es útil. De la utilidad que Cristo, por su amor, nos mostró en la cruz, hablamos ya en el primer capítulo, donde se dice que Él vino a morir para rescatar, iluminar e inflamar; y a lo largo de todo este libro hablaremos de ello. Pero, como dice san Pablo, este Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece estulticia para los gentiles. Y dicen que fue una gran locura hacer muriendo lo que podía hacer menos penosamente. Y toda la utilidad que tenemos gracias a su muerte, dicen que Él podía hacerla con su sola voluntad.

Veamos, por lo tanto, por qué este modo fue el más conveniente y el más eficaz que cualquier otro. Debemos saber, como dice san Anselmo, que Dios hizo al hombre para darle la bienaventuranza perfecta. Él lo hizo razonable y justo: razonable, para que conociese el bien para el cual fue creado; y justo para que lo amase, y amando tuviese el bien cuando Dios así lo quisiera. Por lo tanto, el hombre fue hecho para ser bienaventurado. Y, según dicen algunos santos, para tener la gloria de la cual habían caído los ángeles. El hombre cayó por el pecado, y se hizo digno no de bienaventuranza sino del infierno. Pero porque así convenía a la inmutable voluntad de Dios cumplir el primer buen propósito de hacer bienaventurado al hombre, fue conveniente que el hombre fuese restituido a la gracia, y que la ira de Dios, que había expulsado al hombre, no fuese eterna, a pesar de que el hombre no fuese digno. Pero el profeta David decía orando y consolándose en la bondad de Dios: “¿Acaso nuestro Dios no se aplacará un poco ante el hombre?, ¿acaso será eterna su ira?, ¿y acaso nos negará su misericordia por toda la eternidad?”. Como diciendo: antes bien, es propio de Dios que se reconcilie y perdone al hombre. Por eso es que después viene el tiempo de la gracia, al cual san Pablo llama el tiempo de plenitud, según el orden querido por Dios, que quiso que el hombre fuera restituido.

Pero no convenía a la divina justicia que esto se permitiera sin satisfacción por parte del hombre. El hombre no podía satisfacer por sí mismo, porque no podía hacer nada a favor de Dios ni padecer por Dios, que no estuviese obligado a hacer y padecer; ya que por el pecado cometido estaba obligado a padecer todo mal; y sin embargo no fue liberado de obedecer a Dios en lo que pudiese. Por lo tanto, no podía satisfacer, especialmente ya que la ofensa contra Dios era infinita, siendo Él el bien infinito. Además convenía que para satisfacer perfectamente, como el hombre perdiendo la batalla contra el diablo deshonró a Dios (que lo había armado de gracia y lo había puesto para combatir), así venciendo al diablo honrase a Dios. Pero (el hombre) no podía hacer esto, porque estaba muy debilitado y había caído bajo la servidumbre del pecado y del enemigo. Es por esto, pues, que la bondad de Dios quiere que el hombre sea restituido a la gracia; mientras que la justicia quiere que él satisfaga.

Por dichas razones el hombre no puede satisfacer, porque nadie se encontraba que fuese tan justo y sin pecado, como para satisfacer por todos los pecadores. Si tú dijeras: ¿y si Dios hubiese mandado un ángel, o bien hubiese hecho un hombre inocente que no hubiese sido de la estirpe de Adán, para que hiciera esta satisfacción?. Respondo que no convenía, porque conviene que el que peca sea el que satisfaga. Por eso si ángel u hombre que no fuese extraído de Adán hubiese satisfecho, no hubiera sido ni verdadera ni perfecta satisfacción. Ya que el hombre que había pecado no habría satisfecho en su propia naturaleza, con la que había pecado.

Y supongamos que otro hombre o ángel hubiese podido satisfacer y rescatar al hombre, se seguiría la siguiente incongruencia: que el hombre habría permanecido siervo de aquél hombre o ángel que lo hubiese rescatado, y sería siervo no de Dios, sino de otros; y estaría obligado a amar a otro distinto de Dios, es decir a aquél por el cual fue rescatado. En tal caso no sería restituido a la dignidad que tenía antes de que pecase; ya que no era siervo sino de Dios, a quien debía amar con todo el corazón, sin que hubiera otro a quien amar igualmente. Por lo tanto ni hombre ni otra creatura podía satisfacer. Y sin embargo el hombre estaba obligado a satisfacer. Entonces vino el Hijo de Dios, y tomó carne humana en la Virgen María, descendiente de carne pecadora de la estirpe de Adán, y se hizo nuestro hermano, y murió en la Cruz por todo el género humano, es decir por todos los hombres pasados, presentes y futuros, todos los cuales esperaban en Él. Y en cuanto hombre satisfizo soportando la muerte, y en cuanto Dios pudo satisfacer; lo cual un puro hombre no podía hacer.

Cómo fue de grande e inmenso el amor de Cristo por nosotros.

Que la muerte de Cristo fuese nuestra redención lo podemos ver del siguiente modo. La muerte entró en el mundo por el pecado, como dice el Apóstol Pablo, porque si el primer hombre no hubiese pecado no habría muerto. Por lo tanto Cristo, que era sin pecado, no debía morir. Y porque predicando la verdad de Dios y defendiendo la justicia, fue crucificado y sufrió muerte (que no merecía), convenía a la justicia de Dios que este bien y esta obediencia fuesen recompensadas. Puesto que Cristo hijo de Dios, en cuanto Dios no podía crecer ni merecer más, por sus ruegos a Dios Padre mereció por su pasión en su naturaleza humana. Así fue que Cristo sufriendo una muerte indebida liberó al hombre de la muerte debida; y Dios Padre por la obediencia de Cristo (que se hizo nuestro hermano) perdonó al hombre la desobediencia y todo pecado.

Por eso dice san Pablo que si por el pecado de Adán todo el género humano contrajo la mancha del pecado, con mayor razón por la justicia y la obediencia de Cristo, aquellos que en Él esperan y lo siguen serán justificados, ya que es de más eficacia la justicia de Cristo que el pecado de Adán. De este modo Cristo mereció y nos dio vida eterna. A pesar de que Él era bienaventurado, y hubiese sido glorioso y exaltado sin ser crucificado, ya que era perfectísimo desde el momento en que fue concebido, y siempre era bienaventurado por la unión con Dios. Y porque Dios quiso rescatar al hombre de este modo, el hombre debe ser atraído a amarlo más sinceramente, como ya se ha dicho.

Además para iluminar al hombre y mostrarle el camino de la salvación, fue el modo más conveniente y más eficaz el de la encarnación y muerte de Cristo; ya que si Él no

hubiese tenido carne mísera y mortal, no nos habría dado el ejemplo; y si nos predicara la paciencia y la humildad y las demás virtudes, y no nos diera el ejemplo por medio de sus obras, diríamos: este Cristo puede hablar con tranquilidad, porque no siente nuestras miserias y no teme morir. Y sin embargo fue necesario, como dice san Pablo, que Él se asemejara en todo a sus hermanos, recibiendo en sí mismo toda nuestra miseria y debilidad, para que el hombre siguiendo su ejemplo, despreciara pena y muerte por amor a la virtud.

Y como Cristo vino para ejemplo nuestro, san Agustín lo demuestra diciendo: los soberbios hijos de Adán buscaban riquezas, Cristo vino y eligió pobreza. Deseaban amor de mujer e hijos: Cristo eligió la virginidad. Los hombres huían de las injurias, y Cristo quiso sufrir muchas. Temían los hombres la muerte, especialmente la muerte vergonzosa: Cristo eligió muerte de Cruz. Y a todas las cosas que el hombre deseaba en general, y deseándolas pecaba, Cristo las rechazó; y rechazándolas mostraba que eran cosas viles; y todas las cosas que el hombre rechazaba y rechazándolas pecaba, Cristo las eligió para sí y mostró que eran buenas. Y puesto que Cristo era la sabiduría de Dios, no podía tener ignorancia respecto de las cosas buenas y de las malas.

Por lo tanto, nuestro pecado consiste en rechazar lo que Cristo eligió para sí, o en elegir aquello que Él rechazó. Por eso toda su vida en la tierra según la humanidad (que Él tomó), fue una enseñanza para nuestra vida.

Por lo tanto Dios, para rescatar, iluminar e inflamar al hombre, eligió el modo más eficaz y conveniente, es decir la muerte en la Cruz. Por eso decimos que Cristo crucificado fue escándalo para los Judíos y estulticia para los gentiles, pero para nosotros Cristianos, como dice san Pablo, debe ser virtud y sabiduría. Por eso dice el Apóstol que Cristo fue dado y enviado por Dios, para que Él sea nuestra justicia y nuestra paz, nuestra santidad y redención. Y de este modo se muestra la utilidad de la cruz, y la conveniencia de la encarnación y muerte de Cristo: no por necesidad (lo cual lo obligaría), sino para mostrarnos su ardiente caridad. Como dice san Anselmo, dichas razones no muestran que haya actuado así por necesidad sino solamente por caridad: y esto fue el modo más conveniente para atraer al hombre, ya que Dios tanto era Dios castigando como salvando.

CAPITULO 5

Debemos ser atraídos a amar a Cristo
de modos y grados semejantes.

La cuarta condición del amor de Cristo fue la de ser fuerte, perseverante e invencible. Por eso dice san Agustín: Cristo, por amor a nosotros, no temió a los Judíos armados, feroces e injustos, ni a los crueles ministros, ni la corona de espinas, ni la vergüenza de ser escupido y desnudado. No temió ni la amargura del brebaje, ni la burla, ni la cruz, ni la lanza, ni la condena ni la muerte injusta.

El amor del mundo se apaga o por la ingratitud del amado, o por mucha aflicción, daño o vergüenza de quien ama. Por eso vemos que si se ama o se sirve a alguien que no reconoce el servicio hecho a él, y se burlase, el hombre se turba y se escandaliza y se le despierta el odio contra aquél que antes había amado y amaba. Además, si sirviendo al amigo el hombre se encuentra en perjuicio o vergüenza, o en otro peligro, deja el hombre de servir y dice que no quiere tan alto costo por su amistad. Pero el amor de Cristo fue tan fuerte que no se rompió ni se apagó ni por su sufrimiento ni por nuestra ingratitud.

Y de esto dice san Bernardo: ¡Oh intercesor, oh cordero benigno, tu serás inmolado y crucificado por los hombres, que no se preocupan y que te han abandonado y dejado solo!. No te siguió Pedro, quien decía que estaba preparado para morir contigo; no te siguió Tomás que decía a los Apóstoles: vayamos y muramos con Él. Tu predilecto Juan huyó y dejó el manto (con que se cubría) por miedo. Todos huyeron, y Tú permaneciste solo, cordero entre lobos, inocente entre pecadores y enemigos mortales.

Grande fue la fortaleza de Cristo en el amor; puesto que sabía que Judas debía traicionarlo y lo hizo su apóstol, y lo alimentó y lo llamó su amigo, siendo que lo traicionó y vino con la multitud para capturarlo.

De esta venta que Judas hizo de Cristo, dice un santo: Consideremos por quién fue vendido, y por qué, y por cuánto, y cómo, y a quién fue vendido quien no tenía precio, aquél que no se puede vender ni tasar. El maestro fue vendido por el discípulo, el señor por el siervo, el padre por el hijo, por treinta denarios. ¡Cómo ha sido envilecido el que tanto vale! ¡Cómo ha sido envilecido el que tiene tanto amor por nosotros! ¡Cómo ha sido vendido a traición con el beso, bajo apariencia de amistad! ¡Ha sido vendido para rescatarnos de la muerte eterna, ha sido vendido por avaricia, ha sido vendido porque predicaba la justicia. Fue vendido el cordero a los lobos, el justo a los inicuos! ¡Qué mercaderes tan crueles! ¡Qué valiosa la mercancía! Grande fue el amor de Cristo y su fortaleza viéndose tratar así, y estar siempre ferviente al amar, devolviendo bien por mal.

Por eso, cuando llegó la multitud dijo: ¿qué buscáis vosotros? Buscamos a Jesús el Nazareno. Si me buscáis a mí, dejad a mis apóstoles. Y cuando los Apóstoles lo abandonaron, Cristo se preocupaba por cada uno de ellos.

De las otras vergüenzas, dolores y penas que deberían haber quebrado y apagado su amor, y de cómo en todo fue fuerte, hablaremos en su momento.

Acerca de la fortaleza del amor de Cristo dice san Bernardo: ¡Oh amor fuerte! Los Judíos gritan: ¡Crucificalo! ¡Crucificalo!; y Cristo grita: Padre, perdona.

De esta caridad tan fuerte se dice en el Cantar: Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad. Las muchas aguas son las grandes tribulaciones, que no pudieron apagar la caridad de Cristo; ya que en sus fatigas, vergüenzas y penas, por nuestra malicia y gran ingratitud no dejó de amarnos ni de morir por nosotros. Por lo tanto podemos decir que la caridad de Cristo fue alta y profunda, ancha y larga, como dice el Apóstol Pablo.

Tan alta fue, que ningún intelecto puede comprenderla. Por eso se llama “exceso y locura”, ya que cuando Cristo se transfiguró, dice el Evangelio que aparecieron Moisés

y Elías con Él, y hablaban del exceso que Él debía hacer en Jerusalén, es decir el excesivo amor que debía mostrar muriendo en la Cruz. Y es llamado exceso porque excede toda altura de intelecto angélico y humano.

Fue profunda, ya que Dios se humilló a tanta bajeza al tomar carne mísera y morir con tanta pena y vergüenza. Dice de esto san León Papa: Quedando a salvo lo propio de la divina y humana substancia, la majestad divina se humilla, la fortaleza se debilita y el inmortal se convirtió en hombre mortal, y fue hombre unido a Dios en una sola persona. Y si no fuese verdadero Dios no nos hubiera dado remedio, y si no fuese verdadero hombre no nos habría dado ejemplo.

De esta humildad dice san Pablo: Dios se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, y fue obediente hasta la muerte oprobiosa de la cruz. Por lo tanto es profunda por la profunda humildad. Maravillándose de ella dice san Agustín: Dios vino al hombre por caridad, es decir en la virgen María, y se hizo hombre. Y también san Bernardo dice: Cuanto más pequeño se hizo por humildad, tanto más grande se mostró en caridad, y cuanto por mí más vil se hizo, tanto más es amado por mí. Por eso grita y dice: ¡Oh humilde y sublime!; ¡oh altísimo y bajísimo!; ¡oh oprobio del mundo y gloria de los ángeles!. Ninguno más alto, y ninguno más despreciado y bajo. Humíllate y despréciate, oh hombre, a ejemplo de Cristo. El Señor del cielo, Rey de Reyes, fue vendido a muy vil precio a muy vil gente, crucificado como muy vil ladrón, y como loco, desnudado, despojado y escarnecido, y echado y menospreciado como inmundo y leproso. Y cuanto más vil te hagas por su amor, tanto más amado serás por Él.

Fue inmensa, para amar universalmente a todas las naciones y morir, cuanto en Él estuvo, por la redención de todos los hombres; aunque muchos por su propia culpa pierdan este bien eterno y se convierta para ellos en ruina. Fue inmensa, para amar a sus enemigos, y a aquellos que lo crucificaron, por los cuales rogó y lloró. Y en signo de inmensidad de amor quiso tener su costado abierto (por la lanza). Por eso dice san Bernardo: Por la herida y apertura del costado Cristo nos muestra su inmensa y gran caridad. Además por las manos perforadas nos muestra su gran generosidad. Y agrega san Bernardo: El clavo ha sido para mí llave para abrir y ver la generosidad de la caridad de Dios, que con todo su ser me ha rescatado totalmente.

La sangre de Cristo fue el precio (de nuestro rescate); por eso, para mostrar que pagaba este precio voluntariamente, quiso que se abriese la bolsa de su cuerpo por todos lados, donde ese precio estaba guardado. Por eso en el Salmo hablando con Dios Padre dijo: “Tú rompiste mi bolsa”, es decir el cuerpo, para que saliera abundantemente el precio de su sangre.

Y por eso dice san Bernardo: “Abundante y generoso es entregándose, pues ha dado su carne como alimento y su sangre como bebida, la vida como precio, las heridas como remedio, extendió sus brazos como refugio, la cruz como escudo, el corazón abierto en señal de amor, el agua para lavarnos, el sudor como medicina, los clavos y la corona de espinas como ornamento, las palabras como enseñanza, toda su vida y su muerte como ejemplo, las vestimentas a los que lo crucificaron, al discípulo la madre, al ladrón el paraíso, de modo que todo lo entregó y lo dio en abundancia”.

Fue dilatada desde el día que nació hasta la muerte, de modo que toda su vida fue cruz y fatiga. Fue dilatada por la perseverancia, puesto aunque muchos le dijeran:

“Desciende de la cruz”, no descendió, antes bien perseveró obrando nuestra salvación. Del largo sufrimiento de Cristo dice san Bernardo: “Miro y vuelvo a mirar, oh buen Jesús, tu vida, y siempre la encuentro en la cruz, para poder mostrar la caridad alta y profunda, larga y ancha”.

Sufrió una pena alta, es decir que sobrepasaba a todo otro dolor; profunda, respecto a la confusión y la vergüenza; larga y ancha, en cuanto al tiempo; ya que desde el día que nació hasta la muerte, estuvo en dolor y pena; en cuanto al modo, porque desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza fue atormentado, tal como dijo y profetizó el profeta Isaías.

CAPITULO 6

Debemos amar a Cristo,
como Él nos amó, y con gran amor.

Por lo tanto, conforme a lo que hemos dicho sobre el modo del amor de Cristo hacia nosotros, así debe ser nuestro amor a Él. Pero la primera perfección no la podemos tener, es decir amar a Dios gratuitamente y sin obligación, porque le estamos obligados por una deuda: por la bondad y el amor que nos ha mostrado.

La segunda perfección, es decir amar a Dios puramente, sin consideración de la propia utilidad, bien podemos alcanzarla, y por eso dice san Bernardo: “El amor puro no es mercenario, el amor puro no aumenta por una esperanza”. Y ciertamente así conviene: porque si el hombre mira el propio gozo o la propia utilidad, ya no responde al amor que se le ha dado, y no ama a Dios por su bondad, sino más bien como la meretriz para su propio gozo, o como el avaro por la ganancia, y como el hombre ama a los animales, pues no los ama por ellos sino por la utilidad que saca de ellos.

Por eso dice san Agustín, que quien sirve a Dios y pide algo distinto de Él no lo ama a Él, sino que ama lo que espera y le pide. Por eso los santos dicen que el amor tiene cuatro grados: el primer grado, como dice san Agustín, es el amor natural, por el cual por algún instinto de la naturaleza todo hombre bueno o malo ama a Dios, es decir ama la bienaventuranza, la cual no se encuentra sino en Dios. Y como dice Boecio: todos los hombres buscan la felicidad por un deseo natural; pero muchos yerran buscándola allí donde no está, es decir en las creaturas y no en el Creador.

El segundo grado del amor es cuando el hombre comienza a ver el camino de Dios, y a conocer su necesidad y a sentir la misericordia de Dios y su bondad y beneficios, y a amarlo en cuanto conoce que es útil y necesario. De esto dice el Salmista: “Te amaré, Señor mío, ya que Tú eres mi fortaleza, mi refugio y mi libertador”. Este amor es bueno en algo, porque ya empieza a verse que el hombre reconoce a Dios como benefactor, y pone en Él la esperanza; pero sin embargo no es perfecto, porque no piensa en Dios por pura caridad sino por su propia necesidad, y ama a Dios para sí mismo y no para Dios.

El tercer grado de amor es cuando el hombre ama a Dios encontrando en ello gozo y consuelo. Este amor es bueno en cuanto aparta al hombre de los consuelos del mundo, y lo hace gozar en Dios; pero no es fuerte y perseverante ya que, cesando el gozo y sobreviniendo alguna tribulación, se quebranta y no permanece firme. De este modo amaba san Pedro a Cristo antes de su pasión. Por eso cuando Cristo le dijo a él y a los otros: ¿queréis apartaros? Pedro respondió y dijo: “Señor, ¿adónde nos iríamos?. Tú tienes palabras de vida eterna”, pero no queremos irnos, tanto nos deleitan tus palabras. Y cuando Cristo se transfiguró y mostró su gloria, san Pedro tanto se embriagó de dulzura, que dijo: “Señor, qué bueno es estar aquí, levantemos aquí tres tabernáculos, uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías”. Y como dice el Evangelio, “No entendía lo que decía”. Tampoco cuando Cristo dijo: “Vayamos a Jerusalén”, temiendo san Pedro que Cristo fuera asesinado, por dulzura de amor le dijo: “¿Acaso no sabes tú, Señor, que hace pocos días los Judíos quisieron lapidarte?”. Y le aconsejaba que no fuese; y por esas palabras Cristo lo reprendió duramente.

Por lo dicho se muestra que san Pedro amaba a Cristo muy dulcemente. Pero luego, cuando llegó el tiempo de la pasión, y como si no recordara las palabras dichas, lo negó y juró que no lo conocía.

De semejante amor dice san Bernardo: “Sabido muchos que estás lleno de gozo, ¡oh buen Jesús!, quieren ir a Ti, y quieren seguirte en los gozos y las consolaciones, pero no te quieren seguir en las tribulaciones. Pero ciertamente que están engañados; ya que, como dice el apóstol Pablo: “Quien no participa de las tribulaciones, no será partícipe de las consolaciones”. Por eso quien quiera ver a Cristo bienaventurado en el cielo, que siga la huella de la humildad que Él dejó en este mundo”.

El cuarto grado de amor es perfecto; por lo tanto quien ama con amor puro y casto, buscando la gloria y el honor de Dios y no su propio mérito, éste ama por la bondad del mismo Dios y está contento de que Dios reciba honor de él, aún con daño propio. Por eso dice san Pablo: “Sea Cristo glorificado en mí, sea por muerte o por vida, que yo viva o muera, Dios tendrá honor”.

De esta perfección nos dio ejemplo Cristo cuando dijo: “Yo no busco mi gloria, sino la gloria de mi Padre, que me ha enviado”. Por eso cuando san Pedro trató de convencerlo de que no fuera a Jerusalén, para que no lo mataran, Jesús se mostró turbado y dijo: “¡Apártate Satanás! ¿No quieres que beba el cáliz que me dio mi Padre?”. Como diciendo: quiero obedecer y honrar a mi Padre Dios, aún con todo daño y muerte.

En este grado estaba Moisés cuando rogó a Dios y dijo: “Señor, o Tú perdonas al pueblo que ha pecado, o Tú me borras del libro de la vida en el cual me has inscripto”. Y decía esto porque no le parecía que Dios obtuviera más honor matando al pueblo que perdonándolo. Y esto se muestra por lo que decía: Señor, te ruego que no des motivo a los infieles para maldecir: pues dirán que por malicia y engaño Tú has conducido al pueblo al desierto para matarlo, y que la finalidad de conducirlo hacia la tierra prometida se demostraría que es falsa. Y aunque Dios le dijo: “Déjame matarlos: yo te haré Señor de un pueblo más grande”, no lo aceptó. Y dijo que no quería porque no miraba al honor propio, sino al honor de Dios. Y aunque Dios perdonó al pueblo por los ruegos de Moisés, éste, movido por el celo de Dios, recorrió el campamento con su

gente y mató a veintitrés mil de los que habían hecho adorar al becerro, tal como se lee en el Éxodo.

Y además cuando Dios le dijo que subiese al monte y mirase la tierra prometida, luego le dijo que quería que muriese allí y no entrase en ella, humildemente responde, no excusándose ni pidiendo más tiempo de vida, sino solamente se preocupó por el pueblo y dijo: “Señor, después de que me des muerte, complácete en cuidar al pueblo y de dotarlo de un pastor bueno y santo que los lleve a la tierra prometida, y que no quede tu pueblo sin pastor”. Y en esto se muestra que no se preocupaba de sí mismo, sino del honor de Dios y de la salvación del prójimo.

Por eso san Pablo decía a sus discípulos: “Para mí es mejor irme de esta vida, pero es necesario que yo me quede por vosotros”; y así, por caridad del prójimo y por el honor de Dios, aunque con pena para él, quería permanecer en la carne. Y también san Pablo cuando dijo: “Yo deseaba ser apartado de Dios para la salvación de los Judíos”; esto lo consideraba porque le parecía que Dios ganaría más y tendría más honor salvando muchas almas de Judíos, que la suya propia. Y por amor de Dios soportaría voluntariamente el infierno, para que Dios fuera honrado en la salvación de muchos prójimos.

Por este amor Ezequiel y Daniel y otros profetas, acompañaron al pueblo de Dios en cautiverio, cuando fueron apresados. Y aunque ellos no fueron apresados, fueron al cautiverio por propia voluntad, para confortar y reprender al pueblo, para que no se apartara de Dios y fuera constante en las tribulaciones para ejemplo de aquellos paganos con los cuales debían convivir.

De este amor dice san Bernardo: “¡Oh virtud de las virtudes, oh puro y eficaz afecto, por honor de Dios querer, con Pablo ser apartado de Dios, con Moisés borrado del libro de la vida, con Ezequiel entrar en prisión, con Job ser compañero de dragones; y hasta, si fuese posible, entrar en el infierno para mayor gloria de Dios. Y quien fuese al infierno con esta caridad, no sentiría ni castigo ni pena; ya que, como dice san Bernardo: “en el infierno no arde sino la mala voluntad”.

CAPITULO 7

Cómo podamos y debamos amar útilmente a Cristo,
siendo útiles al prójimo

En el tercer modo debemos amar a Dios útilmente; no porque podamos serle de utilidad a Él, sino por su amor y su mandamiento debemos ser útiles a nuestros prójimos. Por eso dice san Gregorio que ninguna cosa agrada tanto a Dios como el celo por las almas de sus prójimos. Y esto mostró Cristo preguntándole tres veces a san Pedro si lo amaba, y cada vez Pedro le respondió que sí; Cristo le dijo: “Pedro, si tú me amas apacienta mis ovejas”; como diciendo: Por el bien que me deseas, no es necesario que a mí me sirvas sino a mis fieles amigos, a los que tú pacerás y servirás, y así veré que me amas.

Y debemos saber que Cristo dijo tres veces “apacienta”, para dar a entender que debemos apacentar con doctrina a los fieles, unos a otros, con buenos ejemplos y en cuanto podamos, con ayudas temporales. Y en esas palabras se demuestra que Cristo considera hecho a su persona lo que de bueno y de malo hayamos hecho a sus fieles. Y esto lo mostró expresamente en el Evangelio, cuando dijo: “Lo que vosotros hagáis a uno de mis ministros, a mí me lo hacéis”. Y le dijo a san Pablo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Como diciendo: Yo considero que esta persecución que haces a mis fieles, como que a mí me la haces.

Por lo tanto el hombre debe amar a Cristo útilmente: no porque podamos hacerle algo de utilidad, sino para ser útiles a nuestros prójimos, en cuanto podamos, por su amor; y especialmente en aquellas utilidades que Cristo nos hizo a nosotros cuando vino a iluminar, inflamar y rescatar, como hemos dicho. Por eso debemos iluminar a nuestros prójimos, aconsejándolos; inflamar, confortándolos; rescatar liberándolos de toda servidumbre del pecado; y si fuese necesario dar la vida por ellos, como Cristo hizo por nosotros.

Sin embargo, según dicen san Juan Evangelista y san Agustín, en primer lugar la caridad nace de una buena inspiración; se nutre de santas meditaciones; alcanza su gloria y llega a ser perfecta por una permanente y buena costumbre y por las obras perfectas; y cuando es perfecta está preparada para morir por el prójimo. Sin embargo, hoy hay pocos que sean así perfectos, más bien, como dice san Bernardo, se considera óptimo al que no es demasiado malo. Y dice san Gregorio: “Quien no da al prójimo algo de sus propios bienes, ¿cómo dará la vida por él?”.

Pero debemos entender que la caridad debe ser ordenada, es decir que no nos hagamos a nosotros un mal de culpa (un pecado) para ayudar a otros en su mal de pena (un sufrimiento), o por ayudarlo en otras cosas. Y por eso dice san Bernardo, reprendiendo a algunos presuntuosos que disimulan y cubren su ambición bajo apariencia de caridad: “Oh tú, presuntuoso, que eres imperfecto y lleno de vanidad, que te ensalzas por una pequeña alabanza y te turbas por cualquier pequeña adversidad, ¿cómo presumes tomar el cuidado de otros, si no tienes cuidado de ti mismo?. Primero predícate a ti mismo, y después serás útil a los demás con tu prédica; porque dice la Escritura: “Quien es malvado consigo mismo, ¿cómo podría ser bueno con los demás?”.

Y dice san Gregorio que hay muchos ambiciosos, deseosos de prelacías (puestos jerárquicos), que para disimular el aguijón de la conciencia dicen: si fuese obispo haría muchos puentes y hospitales; y razonan dentro de sí mismos, y dicen que por honor de Dios y utilidad de la Iglesia aceptan las jerarquías. Y después que son hechos prelados, se olvidan de lo que antes pensaban religiosamente, y se convierten en perros y lobos hambrientos sobre el pueblo de Dios. Y por eso hoy se puede considerar santo al prelado que, suponiendo que no distribuya de sus bienes, no quita ni roba los bienes ajenos. Contra semejantes pastores dice Dios por medio del profeta: “Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos”, es decir que no se ocupan de ser útiles y apacentar a sus súbditos, sino que se ocupan de llenar la bolsa.

Por lo tanto, nuestra caridad debe ser útil al prójimo por amor de Dios; según el ejemplo que nos dio Cristo y dijo: “Yo soy el buen pastor, y entrego mi alma, es decir mi vida por mis ovejitas”.

Y san Pablo decía a sus discípulos: “Gustosamente daré lo que tengo, y hasta a mí mismo, por vuestra salvación”. También decía: “No busco vuestras cosas, sino a vosotros”, es decir vuestra fe, porque busco convertirlos a Dios. Y como ya se dijo antes, por celo de la salvación de los Judíos, deseaba ser apartado de Cristo; y por eso debemos ser útiles al prójimo con nuestro saber, querer y poder: es decir amándolo, aconsejándolo y ayudándolo, en cuanto podamos, para bien del alma y del cuerpo.

También debemos saber que estamos obligados a amar más nuestra alma que la de los otros, pero más el alma de los demás que nuestro propio cuerpo, y más el cuerpo de los otros que las cosas nuestras. Brevemente: según el orden de la caridad debemos amar al prójimo tanto cuanto es mejor y más útil a la Iglesia de Dios; y debemos amar más al buen extraño que al pariente malo. Y dice san Agustín: “Quien ama a los hombres debe amarlos o porque son buenos, o para que se hagan buenos”. Y dice también: “Quien no se ama a sí mismo ¿cómo puede amar al prójimo”, es decir según el amor de Dios?

Pero hoy ha llegado el tiempo del cual profetizó san Pablo diciendo: “Vendrán tiempos peligrosos, y los hombres serán amadores de sí mismos y no de Dios”. Por eso vemos que tanto se ama el hombre a sí mismo con desordenado amor, que para lograr utilidad para sí mismo querría ver peligrar el cielo y la tierra. Por lo tanto, como san Pablo dice: “Seamos auxiliares y colaboradores de Dios”, procurando la salvación y toda santa utilidad para nuestros prójimos. Y si bien puede realizarla sin nosotros, no es menos cierto que por su bondad, para darnos ocasión de merecer, nos manda y ruega que la procuremos junto con Él.

Por lo tanto, nadie se gloríe del bien que hace, ya que no es por necesidad propia que Dios busca nuestro servicio, sino para darnos materia para merecer, y darnos la gloria y dignidad de que seamos sus colaboradores. De esto dice san Juan Crisóstomo: “No hizo Dios al rico para utilidad del pobre, porque Él, si quería podía al instante enriquecerlo; sino que hizo al pobre para utilidad del rico, a fin de que haciendo a otro un poco de bien, se pudiera salvar por la obra de misericordia”. Y así podemos decir de los predicadores y de toda persona que hace algo útil para el prójimo, que pudiendo Dios hacerlo por sí mismo, se lo ha encomendado a ellos para hacerlos merecer.

CAPITULO 8

Cómo debemos amar a Cristo fuertemente.

En el cuarto modo, es decir amar fuertemente, podemos y debemos seguir a Cristo, de cuyo amor no debemos apartarnos ni por fatiga, ni por pena ni por muerte; ya que no es digno de tener tanto bien quien no lo ama con todo el corazón y con toda su potencia. De esta fortaleza nos da el ejemplo san Pablo, quien decía: “Estoy seguro de que ni

pena, ni muerte, ni hambre, ni sed, ni persecución, ni injurias, ni demonios, me podrán separar de la caridad de Dios, que está en Jesucristo”. También decía: “Cristo me ha amado y se entregó a sí mismo por mí”; y no soy ingrato ante tanta gracia. Como diciendo: amándome me ha atado de tal manera que estoy preparado a morir por Él como Él murió por mí. Y como veía a algunos muy débiles en esta caridad, los confortaba y les decía que se arraigaran y fundaran en la caridad, es decir que no se agitaran por cualquier viento.

A la fortaleza del amor pertenece el amar puramente, según se ha dicho antes: de modo que acordándonos de la pasión de Cristo, ni la prosperidad ni la adversidad puedan cambiar nuestro amor, ni desalentarnos. Por eso dice san Gregorio: “Si tuviésemos en la memoria la pasión de Cristo, nada sería tan duro que no nos pareciese llevadero; ni tan amargo que no nos pareciese dulce”. Y dice san Bernardo: “Estamos en esta vida como en un campo de batalla, en el cual nuestro capitán, Cristo, fue muerto para liberarnos. Por lo tanto, quien huye y no soporta los golpes y las heridas de buena gana, será un caballero sin gloria”. También dice: “¡Oh alma! ¿Qué cosa puede parecerte áspera o dura, si te acuerdas de las fatigas, necesidades, injurias, escupitajos, escarnios, burlas y muerte de Cristo?. Coherente y razonablemente debo dar mi vida por Él, que quiso dar la suya y sufrir tormentos amarguísimos para liberarme de la muerte eterna”. Por lo tanto, oh Jesús, es digno de muerte quien se resiste de ir a Ti.

Y encontramos que este amor a la cruz ocupa tan fuertemente el corazón de los perfectos, que todo lo tienen por nada, y están totalmente absortos en Cristo. Por eso dice san Pablo: “Aquellas cosas que antes me parecían una ganancia ahora, por amor a Cristo, me parecen pérdida; y todo lo considero estiércol para poder tener a Jesús”. Decía también: “Yo me gloríe en las tribulaciones por amor a Cristo”.

Y san Pablo estaba tan embriagado con la cruz, que estaba todo él transformado en ella. Por eso decía: “Estoy clavado en la cruz con Cristo”. Además decía: “Llevo los estigmas de Cristo en mi cuerpo”. Y en otro lugar dice: “Yo no creo saber otra cosa que Jesucristo crucificado; y rehuyo gloriarme sino en la cruz de mi señor Jesucristo: por quien el mundo me crucifica, y yo a él”, es decir que el mundo me desprecia y yo a él. Y esta es la gran perfección. Dice san Gregorio: “Cuando el hombre tiene desagrado por el mundo, él debe desagradar al mundo. Pero hay algunos menos perfectos que, a pesar de que no aman al mundo, sin embargo están contentos de que el mundo los tenga en buena opinión y reverencia. Es sin embargo mucha mayor perfección no querer ser amado por el mundo, que no amarlo”.

De la caridad perfecta dice san Ambrosio: “El alma que es esposa, gustosamente se une con el esposo en el lecho de la cruz; y nada valora como más glorioso que llevar los oprobios de Cristo, según nos conforta san Pablo”. Pero son tan grandes nuestra ingratitud y vileza, que de Cristo no queremos sino recibir honor y dignidades jerárquicas sin fatiga alguna. Por eso dice un santo padre en las “Colaciones” (de san Juan Casiano): “Hay muchos hombres tibios que quieren ser pacientes, pero sin penas; quieren ser humildes, pero sin ninguna injuria; quieren ser puros, pero sin abstinencia; quieren defender la verdad, pero sin desagradar a nadie; quieren el paraíso, pero sin perder ningún consuelo del mundo. Pero se engañan, porque Cristo dice en el Evangelio: El reino del cielo se conquista por la fuerza; y lo ganan aquellos que son violentos porque hacen violencia a sus malos deseos y a su propia pereza”. Por lo tanto no se puede alcanzar ni por la ociosidad ni por dormir, como algunos creen.

La caridad, dice san Gregorio, jamás está ociosa; antes bien obra grandes cosas y por eso cuando el hombre no hace obras, es signo de que no está en caridad. Y Salomón dice en el “Cantar” que: “el amor es fuerte como la muerte”, que todo lo vence. Por lo tanto es por la fuerza del amor que conviene entrar en el cielo, y no por la ociosidad ni por los consuelos humanos. Como dice san Agustín: “Es imposible que el hombre tenga el consuelo de este mundo y del otro”. Y por eso dice el Salmista: “Rechacé los consuelos del mundo, y recordé a Dios, y encontré gozo”. Y san Agustín dice: “Cristo dice y grita: Yo tengo mercadería para vender. Y como el hombre le preguntara: ¿qué mercadería es esta?, Cristo le responde: el reino del cielo”. Y como si el hombre dijese: ¿cómo se vende? y Él responde: Por pobreza el reino, por vileza el honor, por pena el gozo, por fatiga el reposo, por muerte la vida. Por lo tanto nos conviene renunciar a todos los goces del mundo, y soportar suavemente toda adversidad.

CAPÍTULO 9

Cómo nuestra caridad debe ser alta, profunda, larga y ancha

Podemos decir que nuestra caridad, a semejanza y ejemplo de la caridad de Cristo, debe ser alta, profunda, larga y ancha. Debe ser alta, es decir en grado elevado y perfecto. Como dice san Agustín: “La caridad crece y llega a ser perfecta. Y cuando es perfecta, grita con san Pablo y dice: Deseo ser desatado del cuerpo, y estar con Cristo. Debe ser alta por el alto deseo de Cristo, quien es todo el bien que tenemos, ya que según la sentencia de Cristo: Allí debe estar tu corazón, donde está tu tesoro. Y porque Cristo es nuestro tesoro, el corazón y nuestra mente deben estar por una continua meditación y amor, con Él en lo alto”. Y para que el corazón de los discípulos se elevase a lo alto para pensar en Cristo y en su gloria, Cristo quiso subir al cielo visiblemente ante todos sus apóstoles.

La altura del corazón significa tener desprecio por todas las cosas de aquí abajo, prósperas y adversas; y por el deseo debe estar tan atraído hacia lo alto, que aquí abajo el hombre esté como sin sentido. Y por este afecto muchos son arrebatados y pierden los sentidos corporales. A esta altura invitaba san Pablo y decía: “Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba y gozad allí, y no en la tierra”. Y san León Papa, hablando de la ascensión de Cristo dice: “Levantemos luego nuestra cabeza y alegrémonos con espiritual alegría; y elevemos los ojos de nuestro intelecto y de nuestro deseo hacia aquella altura, donde Cristo ha subido. Y puesto que estamos llamados a las cosas eternas de arriba, no nos fijemos en las cosas corruptibles de este valle tenebroso, en el cual si alguna prosperidad o gozo nos adula y nos atrae, no hay que abrazarla sino hacerla a un lado fuertemente por medio de un santo deseo”. De estos que tienen el corazón tan alto suele decirse que tienen la muerte como deseo y la vida como paciencia.

Además, la altura del corazón incluye ser magnánimo. La magnanimidad consiste en actuar con liberalidad. Y por eso dice Salomón en el “Cantar”: “Si el hombre magnánimo diese todas sus cosas por amor, le parecería no haber dado nada”. Y así podemos decir que el hombre que está en el amor de Dios y es magnánimo, desprecia

todas las cosas por amor de Dios. También le corresponde al magnánimo por fortaleza de amor, soportar fuertemente cosas terribles, realizar con facilidad tareas que lo perjudican, y estar siempre, como el fuego, fervoroso y hacia alto. Todo lo contrario de los hombres que tienen el corazón bajo y vil: que tienen miedo de la sombra y cualquier pequeña cosa les parece grande y se cansan enseguida, y por un pequeño bien les parece que son perfectos. Pero lo contrario dice el Salmista. Por eso, después de haber hablado tanto sobre sus perfecciones dijo: “Y sin embargo me parece que recién comienzo”. Por tanto, ésta es la altura de corazón, cuando el hombre por alto amor y gran deseo tiene en desprecio al mundo, y jamás se harta de obrar bien, y no se cansa ni siente fatiga, y todo su modo de vida (conversatio) está, por santo deseo, en el cielo (Filip. 3, 20).

Y puesto que Cristo es forma, ejemplo y causa de toda nuestra perfección, san Bernardo pone los grados de nuestra perfección de este modo diciendo: “Hay algunos para quienes ha nacido Cristo: se trata de aquellos que comienzan a darle forma a su vida y a dirigirla según la humildad, pobreza y mansedumbre de Cristo. Hay algunos para quienes Cristo ha crecido y se ha hecho hombre perfecto: y estos son los que, ya ejercitados en la discreción, reciben luz y fortaleza en sus obras. Hay otros para los cuales Cristo ha muerto, y unidos por amor a Cristo, sienten por compasión sus dolores y, como dice san Pablo, están clavados con Cristo en la cruz. Estos tales son los que están preparados, a semejanza de Cristo, para morir por el prójimo, rogar por los enemigos y, resumiendo, viven en Cristo y están preparados para morir por Cristo. Hay otros para quienes Cristo ya ha resucitado, y que de Él reciben nueva paz y nuevo consuelo, nueva alegría y nuevos dones: como recibieron los apóstoles, después que hubieron reconocido y encontrado a Cristo resucitado. Hay otros para quienes Cristo ya ha subido al cielo, y han subido con Él por medio del deseo, y tan unidos están con Él por amor, que no pueden tener preocupación ninguna ni de sí mismos ni de ninguna cosa mundana; y están totalmente absortos en aquella altura, donde está su amado Cristo. Hay otros a quienes Cristo les ha enviado el Espíritu Santo y están totalmente incendiados de amor, totalmente llenos de sabiduría y perfección para hacer milagros y convertir a mucha gente”. En conclusión: por estos grados debemos subir y tener caridad alta y perfecta.

Debe ser profunda por profunda humildad de conformarse por amor a los oprobios y a las miserias de Cristo. Por eso dice san Bernardo: “No conviene que bajo el árbol que produce espinas haya algún miembro delicado”: es decir que bajo Cristo, que es nuestra cabeza torturada, no conviene que ningún fiel tenga consuelo. Y continúa diciendo: “¡Oh hombre soberbio, que buscas alojamiento en el palacio real, y Cristo tu Rey no tuvo lugar y fue puesto en el pesebre. Tú buscas compañía para estar entre los hombres honorables, y Cristo fue puesto en medio del buey y del asno. Tú quieres sirvientes, y Cristo no tuvo ninguno. Tú te vistes con telas preciosas y purpuradas, y Cristo fue envuelto en muy viles pañales. Tú abundas en riquezas, y Cristo estuvo lleno de pobreza. Tú ríes, y Cristo llora”. Y por eso los perfectos, queriendo ponerse en el lugar de Cristo, en cuanto pueden, se esfuerzan para humillarse, huyendo de todo honor y abrazando toda oprobio.

Y no hay duda de que si el perfecto pudiese librarse del infierno y estar en el paraíso gozando el mundo, considerando la pasión de Cristo, antes bien querría, por su amor, estar con Él en la cruz. Y quien por este afecto deja el mundo y soporta la tribulación, es perfecto hijo y hermano de Cristo. Pero quien esto hace por temor del infierno o por

deseo del paraíso, es siervo y mercenario: ya que no mira sino a su propia utilidad, suponiendo que haga el bien.

Debe ser amplia por amor universal a enemigos y amigos, como la madre a su hijo; y en general a toda persona, procurando la salvación de todos con gran corazón, soportando todos los defectos de los otros y teniendo compasión de las miserias del prójimo y alegría por sus bienes. Esta es la caridad que mostró san Pablo cuando decía: “Soy débil con los débiles, y me indigno grandemente cuando se escandaliza al prójimo”.

De esta caridad dice san Bernardo: “Buena madre es la caridad que nutriendo a los enfermos, es decir los imperfectos, o aunque ejercita a los perfectos, o alienta a los pusilánimes, o reprende a los revoltosos, ama a todos como a hijos. Cuando te reprende es humilde, cuando te alienta no te engaña: es piadosamente cruel y humildemente suele indignarse”. Y con estas palabras San Bernardo quiere decir que el hombre que tiene esta caridad, con todo el corazón y con buena intención procura la salvación de todos, siempre como una madre: o alentando o amenazando, y de cualquier otro modo según sea necesario. Y esta bienaventuranza del corazón consiste principalmente en recibir y socorrer a toda persona con dulzura, ya que lo que es amplio recibe muchas cosas y cómodamente; pero lo que es estrecho recibe muy poco y penosamente.

Así hay muchos de un corazón tan estrecho que casi nunca hay en su corazón solicitud ni celo sino de sí mismos y de sus asuntos, y no saben recibir ni soportar ningún defecto de los otros. Y si socorren a alguno o sirven a otros, lo hacen con poco corazón y con murmuración, y por eso mismo poco merecen. Y por eso quien fuese sabio se preocuparía mucho por tener esta caridad, la cual nos hace partícipes de todo bien. Por eso dice san Agustín: “¿Quieres tener parte, oh hombre, de todo bien? Gózate y conténtate y alégrate de todo bien de los otros, y ganarás mérito. Y lo mismo respecto del mal. Ten compasión y dolor de todo mal y de todo defecto, y ganarás según la caridad que tengas”. Y dice también: “Mira pues, oh hombre, qué gran bien es la caridad, pues teniéndola el hombre tiene todo bien, y sin nuestra fatiga hace nuestros los bienes de los otros”.

Creo que esto le sucede hoy a mucha gente: que tanto reina la envidia, porque el hombre se duele de la fama y de la gloria y de las utilidades de los otros, y considera los méritos de los otros como perjuicio propio, y que consideran los defectos de los otros como una perfección propia. Y tienen envidia de la virtud de los otros.

De esto tenemos ejemplo en el Éxodo, donde se dice que estando alguien profetizando en el campamento de Moisés en el desierto... se acercó a Moisés un discípulo suyo para denunciarlo con murmuración, pidiendo que lo prohibiese; porque a él le parecía que disminuía el honor de Moisés si surgieran muchos profetas. Entonces Moisés que era amplio en caridad, respondió al discípulo y dijo: “Gran beneficio me parecería que todo hombre profetizara, y Dios le diera su espíritu”. En esto mostró que amaba el bien del prójimo como el suyo propio.

Igualmente los discípulos de San Juan Bautista tenían envidia de Cristo y decían a San Juan: “El que tú has alabado bautiza y todos los hombres van con Él y tiene más discípulos que tú”. Como diciendo: Molesta el hecho de que este Cristo te quite la gente y la fama. Pero San Juan con la caridad perfecta, ciertamente les respondió y los

reprendió y se humilló diciendo que él debía disminuir y Cristo crecer; y mandó a los discípulos con Cristo para que viesen sus virtudes y sus maravillas, y amasen más a Cristo que a él.

Hoy no se procede así: porque cada uno quiere ser el más alabado y estimado. Y todo esto procede de un corazón estrecho, que no da cabida al prójimo por amor.

Además, la caridad debe ser larga por la perseverancia, de modo que estemos firmes ante todo viento y contra toda tribulación. Y esto es contra los que no aman a Dios sino cuando son tentados o atribulados; y no sirven al prójimo sino cuando son elogiados y recompensados. Pero si lo ven ingrato, o encuentran alguna dificultad, no perseveran.

De las características de la caridad que hemos explicado, da ejemplo el apóstol Pablo, ya que muestra la altura de la caridad cuando dice: “Nuestro modo de vida está en el cielo”. Y además cuando dice: “no contemplamos más que las cosas invisibles y eternas”. Y cuando por gran magnanimidad se exponía a todos los peligros, y despreciaba todo como estiércol, y se gloriaba en las tribulaciones. Profundidad de amor mostró cuando se humillaba a soportar los oprobios, como hizo Cristo. Decía también el Apóstol: “Nosotros somos considerados como basura e inmundicia del mundo”. Y decía: “Yo no soy digno de ser llamado Apóstol de Dios, porque yo perseguí a la Iglesia de Dios”. Y también se llamaba a sí mismo: abortivo, el menor. Y mostraba la altura de su caridad cuando decía que sentía las tribulaciones de todo hombre por compasión, y se alegraba de todo bien. Por eso a algunos de sus discípulos perfectos les dijo: “Vosotros sois, amadísimos hermanos míos, mi gozo y mi corona”; y esta es mi alegría, que vosotros seáis perfectos y perseverantes en Dios. Largueza de caridad mostró en la perseverancia de la caridad; de la cual no se apartó ni por injuria, ni por pena, ni por ingratitud de sus discípulos, que lo abandonaron.

CAPITULO 10

Sobre la excelencia y perfección de la Caridad.

Por lo tanto, he aquí cómo Cristo nos ha enseñado a amar, y cómo quiere que se ejerza nuestra caridad. Y por reverencia a tan gran maestro debemos esforzarnos por aprenderla, especialmente porque la caridad es signo discriminativo, y hace conocer quién es discípulo de Cristo y quién no. Por eso dijo Cristo: “Los hombres no conocerán si vosotros sois mis discípulos” por hacer milagros, ni por la mucha ciencia para predicar, ni por tener una gran tonsura, ni gran barba, sino solamente “si mutuamente tenéis caridad”. Y san Gregorio dice: “El enemigo no teme nuestra abstinencia, ya que él no come ni duerme; no teme nuestra castidad, ya que él no es lujurioso; no teme nuestra ciencia, ya que él sabe más que nosotros; pero teme mucho la caridad y la unidad de amor que tengamos en la tierra, ya que él la perdió en el cielo”. Y dice también: “No se ocupa el antiguo enemigo de hacernos perder nuestras cosas, ni de hacernos maldades, sino por provocarnos al odio y que perdamos la caridad”.

La caridad mantiene al hombre en la alegría, en servicio y sin escándalo. La caridad está llena de alegría y de todo santo gozo. De modo que el hombre que esté unido a Dios por la caridad, está contento con todo lo que Dios hace y permite; y jamás se escandaliza, y no cae en ira ni en tristeza, ni en ninguna mala concupiscencia, ni en temor alguno: ya que “la perfecta caridad expulsa el temor”, como dice san Juan en su epístola. La mente queda purificada de todo mal y llena de alegría y de seguridad, y siente en esta vida como una abundancia de bienaventuranza. Y por eso, según aquella palabra de san Juan que dice: “Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios y Dios está en él”, san Bernardo dice: “Dios es caridad. ¿Y qué cosa es más preciosa que estar en caridad? ¿Qué lugar es más seguro y deleitable que cuando nuestro Señor Dios está en él?”. Como diciendo: la caridad es la cosa más rica, más preciosa, más segura y más deleitable que se encuentre. Y san Agustín dice que el amor de Dios y del prójimo es la virtud propia y especial de los elegidos: ya que todas las otras virtudes pueden ser comunes a buenos y malos.

Y por eso san Pablo, después que hubo enumerado muchos otros dones de la Iglesia, dijo que la caridad era el camino más excelente. Dice también que quien tuviese una lengua angélica y la plenitud de la fe, y diese todas sus cosas a los pobres sin caridad, de nada le valdría. Por eso dice san Agustín: “¡Oh hombre, mira todos los dones de la Iglesia, y ninguno encontrarás tan excelente como la caridad”. Y esto es verdad: ya que según la caridad se mide el mérito y el obrar del hombre. Y esto lo hizo Dios para que ninguno pudiese excusarse: ya que si nuestro mérito estuviera en el saber, o en dar limosna, o en las fatigas, o en cualquier otra cosa, entonces no podrían merecer los simples, los pobres ni los enfermos, que no saben ni pueden obrar. Por lo tanto, Dios quiere que el mérito esté en amar, para que todos puedan hacerlo en cualquier lugar y en cualquier situación.

Este mandamiento es breve, claro, alegre y útil, según dice san Agustín. Es breve para que nadie diga: no tengo tiempo para leerlo; es claro para que ninguno diga: “No lo puedo entender”; es alegre y útil, de modo que el hombre sea atraído por el gozo a cumplirlo; y que no pueda decir: por pena dejé de amar. Y así amar es de tanto deleite y de tan gran fuerza, que ninguna cosa es tan terrible y áspera que el amor no la haga alegre; y ninguna cosa es tan dura ni de tanto peso, que el amor no la sobrelleve suavemente. Por eso dice Hugo de San Víctor que ninguna cadena de hierro hubiera podido tener a Cristo atado y clavado, excepto la caridad, “la cual es vínculo de perfección” según lo que dice san Pablo. “La caridad es vínculo, ya que ata y une al hombre con Dios”.

La caridad es la vestimenta nupcial que nos conviene tener, si no queremos ser expulsados con vergüenza de (la fiesta) de bodas y de la cena de la vida eterna, a la cual estamos invitados. Para hacer esta vestimenta Cristo nos dio la lana cuando fue tomado preso y despojado. La caridad también es una “palabra abreviada” (una síntesis), ya que contiene la ley y los profetas. Como dice san Pablo, Cristo nos la muestra sobre la cruz escrita con toda nitidez, para que todo hombre deba verla.

Y por eso dice san Agustín: Si tú estás ocupado y no puedes descansar (vacare) y ocuparte en leer la Escritura, y muchos sermones, dedícate a la caridad de la cual penden todas las cosas. Por lo tanto después que este maestro subió a la cátedra de la cruz para enseñarnos esta caridad tan útil y necesaria, tan bella y gozosa y llena de toda suavidad, debemos estar solícitos para aprenderla y cumplirla; de modo que con esta

alegría temporal que nos da la caridad, vayamos a aquella perfecta gloria y alegría sempiternas. Por eso dijo san Gregorio que si el alma en esta vida no arde en el horno de la caridad, no brillará en el esplendor de aquella belleza eterna.

CAPITULO 11

Cómo la Cruz atrae y ordena nuestro odio.

Después de que el amor está ordenado y atrae para amar a Cristo crucificado, consecuentemente se ordena el odio para odiarse a sí mismo y despreciarse. Ya que, conocida la bondad de Dios por medio de la cruz, comienza el hombre a conocerse a sí mismo, y cómo su malicia fue causa de la cruz de Cristo, y cómo antes se amaba a sí mismo odiando todas las cosas por medio de las cuales el hombre se une con Dios, (porque como dice san Bernardo, el hombre hubiese querido que Dios no supiera, no quisiera ni pudiera castigar sus pecados, y en toda tribulación murmuraba contra Dios); y así, ya que el hombre se volvió contra sí mismo, y tiene odio contra sí mismo, está contento de todas sus tribulaciones por amor a la justicia de Dios, y está contento de que Dios quiera, pueda y conozca sus pecados. Y comienza a juzgarse a sí mismo, haciendo áspera y dura penitencia y odiando ofender al Dios altísimo.

Por eso dice san Ambrosio que no se hace perfecta penitencia sino en el odio al pecado y en el amor de Dios; demostrando en esto que la penitencia hecha por temor no es perfecta. Y por eso dice san Agustín: “En vano se considera vencedor del pecado quien por temor no peca”. Como diciendo: Aunque por fuera no realice el mal, por la mala voluntad que reina dentro, seguiría realizándolo si no temiese la pena.

Hablando de esta materia san Agustín dice: “Dos amores han construido dos ciudades: la ciudad de Jerusalén, es decir la vida eterna, realiza el amor de Dios con odio y desprecio de sí mismo; la ciudad de Babilonia, es decir el infierno, realiza el amor propio con desprecio y odio de nuestro Señor Dios”. Por lo tanto, después que el hombre está transformado totalmente en el altísimo Dios por medio del amor, edifica esta ciudad de Jerusalén amando a Dios con odio de sí mismo, y odiando no las tribulaciones sino la culpa y la causa de la culpa. Y por esta verdadera y perfecta contrición, llora la ofensa a Dios y no el daño ni la propia pena. Antes bien está contento con la pena, odiando y abominando la culpa. Como dice David en el Salmo, después que hubo comenzado a reconocer su culpa: “Tuve odio y abominación por la iniquidad, y amor por tu ley”. Y dice luego: “Estoy preparado para toda flagelo, y el dolor de mi culpa está siempre ante mí”. Y en otro pasaje dice: “Tengo odio por la iniquidad, y a todos aquellos que te odian les tengo un odio perfecto”.

Perfecto odio es, dice san Gregorio, tener odio por la mala obra del hombre, y amar la naturaleza (que es buena) y la imagen de Dios en el hombre, y después esforzarse en purificarla del pecado. Y dice que perfecto odio es odiarse a sí mismo tal como estuvo en la malicia, y amarse a sí mismo tal como estuvo en la bondad. Por lo tanto, del amor ordenado nace el odio ordenado, es decir que por amor a Cristo crucificado odiar la culpa y combatirla, y castigarla en sí mismo y en los otros, si tienes que hacerlo por

oficio propio. Por eso dice san Agustín que la penitencia es una venganza del ánimo contra sí mismo, que quiere vengar la ofensa a Dios, por la cual se duele.

Lo contrario corresponde a los hombres con mala predisposición, que tienen odio a la pena; y peor aún, que tienen odio a Dios y a todo lo que es contrario a su malicia, y aman la culpa y a sí mismos con desprecio de Dios. Pero, como dice el salmista: “Quien ama la iniquidad tiene odio a su propia alma”, porque si él no hace juicio de sí mismo en esta vida, será juzgado sin misericordia en la otra. Por eso dice san Pablo: “Si nosotros mismos nos juzgáramos, no seremos juzgados por Dios”.

Y por eso dice Agustín: “Que suba el hombre al estrado de su mente, y haga un juicio dentro de sí. Que la conciencia acuse, que la memoria dé testimonio, que el miedo alegue si él es malhechor, que la razón dicte sentencia, y que el dolor lo ejecute y hiera, para que salga sangre de la herida por las lágrimas del alma contrita”. Por lo tanto, el odio de sí mismo, que nace del amor de Dios, hace hacer al hombre perfecta penitencia. Y porque en la cruz está el remedio contra el pecado, por eso conozca el hombre la gravedad de su pecado y lo muy peligroso que es; y comience a dolerse y a huir de todo consuelo.

CAPITULO 12

Acerca de los siete grados del odio de sí mismo,
y sobre la humildad.

Puesto que el amor y el odio de sí mismo son cosas muy contrarias, como si fueran dos extremos opuestos, es decir de bondad y de malicia, no se puede llegar al extremo del odio sino a través de algún paso intermedio. Y desde el amor propio (que es el desprecio total de Dios) no se puede llegar al desprecio y odio perfectos de sí mismo por amor a Dios, sino por una perfecta oposición. Por eso san Agustín considera que es no poca estulticia ser creatura racional y no llegar al extremo perfecto, que consiste en el odio a sí mismo: ya que quien no llega, obra contra el deseo natural y contra el orden del amor.

Y que esto sea así, se manifiesta por la sentencia del Filósofo (Aristóteles), que dice que la condición de la naturaleza es huir de las cosas que le son contrarias e ir detrás de las cosas concordantes a ella; y realiza lo opuesto quien prefiere el amor propio antes que el odio a sí mismo, y coloca el amor a Dios detrás del amor propio. Por eso, por el desordenado amor humano pierde el amor divino y la propia utilidad, y obtiene las cosas contrarias a la naturaleza.

Por lo tanto, no es poco el cuidado que debe tener la creatura en seguir este camino y este modo: es decir odiarse a sí misma, y no sólo a sí misma sino también a toda otra creatura mortal, para conseguir el bien eterno, porque este modo es poderosísimo y necesario. Como dice san Mateo en la persona de Cristo: “Quien no renuncie a la propia voluntad”, que no es otra cosa que el odio de sí mismo, “y a todas las otras cosas terrenales, no es digno de mí”. Por lo tanto, si Dios nos ha amado y nos ama

infinitamente, como dice san Pablo: “Por la eminente caridad con la cual Dios ha amado y ama a la creatura racional, mandó a su Hijo único a este mundo, nacido como hombre, circuncidado como hombre, fue atormentado y muerto como hombre, soportando muchas otras miserias que no eran acordes con su divinidad, sólo por el inmenso amor como el que ha tenido por nosotros”; debemos también nosotros esforzarnos por llegar al perfecto amor de Él, por los grados o escalones que diremos, como dice san Anselmo.

El primer grado se da cuando el hombre comienza a conocer sus defectos y pecados, y las injurias hechas a Dios su creador; y ya no se considera como antes creía que era, y por esto refrena un poco la presunción y altivez que tenía, cuando le parecía ser tan grande y altivo y estaba ciego respecto de sí mismo; y se da cuenta que Dios le concedió la gracia aguardándolo con paciencia y soportándolo por las tantas ofensas hechas a Él.

El segundo grado es cuando, conociéndose, comienza un poco a dolerse de sí y a desagradarse de sí y a ser menos blando consigo mismo, como con atrición (dolor de los pecados por amor a Dios), suponiendo que no tenga contrición (dolor de los pecados por temor al castigo).

El tercer grado es cuando, por gran contrición, crece el dolor y el disgusto contra sí mismo, y está contrito; y se disgusta en tanto que comienza a confesar y a descubrir el pecado que antes solía defender, excusar y encubrir; pero sin embargo no querría ser conocido ni reputado tan malvado como lo es, y como ha confesado.

El cuarto grado es cuando el odio crece tanto, que agrava su defecto confesándolo, y hasta quiere agrandararlo tanto como para que el sacerdote tenga una mala opinión de él.

El quinto grado es cuando el odio contra sí mismo crece tanto que estaría contento y, en cuanto pudiera suceder sin escándalo, querría que todo el mundo lo conociese y lo considerase vil.

El sexto grado es cuando el hombre, reconociendo su pecado, considera justa toda tribulación que Dios le manda y tiene paciencia, y comienza a castigar su defecto huyendo de todo goce y afligiéndose con todo tipo de penitencia.

El séptimo grado es cuando ha llegado a tanto desprecio de sí mismo y amor de Dios, que no solamente conoce, confiesa y castiga su pecado, sino también se goza y se alegra en toda tribulación, injuria y vileza por amor a la justicia de Dios, por consideración a la pasión de Cristo y por desprecio de sí mismo.

En el primer grado estaba el hijo pródigo del cual habla el Evangelio, cuando volvió en sí y comenzó a reflexionar sobre su estado, y a considerarse indigno de ser llamado hijo. Y san Pedro, cuando le dijo a Cristo que le había hecho un gran milagro haciéndole pescar muchos peces: “Señor, apártate de mí porque yo soy un hombre pecador”. Aún no era apto para seguir a Cristo, pero lleno de estupor por la excelencia del milagro, y conociendo la santidad de Cristo, comenzó a considerarse indigno de estar con Él. En este grado están muchos laicos que, reconociendo estar enredados en las miserias del mundo, o atrapados en algún odio, no se animan a comulgar; y supongamos que no estén dispuestos a hacer penitencia, sin embargo se reconocen y se recomiendan a las personas santas y se consideran indignos de su compañía. Al

contrario, están aquellos soberbios que están tan ciegos y presuntuosos, que no tienen reverencia por Dios, ni por los santos, ni por los hombres buenos. Y aunque se sienten inmundos, presumen de comulgar, y se consideran dignos de gran honor y fama.

Al segundo grado y al tercero había subido el publicano cuando ya reconociéndose (pecador), permanecía lejos y no levantaba los ojos al cielo, y confesaba humildemente su pecado a Dios y pedía misericordia; y la Magdalena cuando, con gran llanto, se arrojó a los pies de Cristo.

En el cuarto grado estaba el profeta David cuando, según se muestra en el “Miserere”, muchas veces confiesa, recapitula y agrava su pecado. Y el hijo pródigo cuando retornó al padre y dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti, y no soy digno de ser tu hijo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Además este grado se muestra en la palabra que Eliú dijo a Job: “Si tú fueses humilde, dirías: Yo he pecado y verdaderamente he obrado mal, y no padezco tanto mal cuanto correspondería”. Muchos hacen lo contrario, pues siempre se excusan y aligeran sus pecados. De estos tales habla san Bernardo diciendo: “El soberbio, cuando es acusado de algún pecado, lo niega o bien dice: Sí, lo he cometido, pero no fue un mal tan grande y además no tuve demasiada mala intención, y fui inducido por otro, y busca muchas otras excusas semejantes para esconder y alivianar su defecto”. En este grado estaba perfectamente san Pablo cuando, públicamente escribía sus defectos diciendo que había perseguido a la Iglesia de Dios y que había sido infiel, para demostrar que era el mayor pecador del mundo. Por eso decía: “Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, y entre ellos yo soy el mayor”.

El quinto y el sexto grado los vemos en David, cuando huyendo de Absalón, su hijo, que lo había expulsado del reino, se encontró con un siervo suyo, el cual comenzó a proferirle insultos, diciendo que Dios lo había expulsado por sus pecados, y le arrojaba piedras y lo maldecía, increpándolo con muchos oprobios. Y queriendo dos soldados de su servicio que lo acompañaban tomar venganza, los reprendió diciéndoles: “Dejad que me maldiga y me injurie como Dios lo permite y manda a causa de mi pecado, que quizás así Dios se mueva a piedad y me perdone”. Y considerando su pecado, mansamente soportaba las injurias y permitía ser insultado con infamias y otras villanías. Además decía: “Estoy preparado para todo flagelo y dolor, y siempre tengo delante de mis ojos mis pecados”.

El séptimo grado lo demostró san Pablo cuando dijo: “Me glorío en las tribulaciones”. De esta tal perfección dice Isaías, profetizando sobre Cristo y sobre los perfectos que lo seguían: “Él ofrecerá su mejilla a quien lo quiera golpear, y se saciará y se gozará en los oprobios”. A esta tal perfección llega el hombre especialmente contemplando la cruz (y se da cuenta que él mismo es causa de ella) y por el ejemplo de Cristo, al cual ve con gran fervor de amor subido a la cruz para nuestra salvación.

En esta perfección estaba un hombre llamado Constancio, de quien dice San Gregorio que, siendo muy famoso por su santidad y recibiendo grandes honores, se acercó a él un hombre rústico para verlo, y viéndolo hombre tan despreciable y mal vestido, se burló de él diciendo: Yo creía que fuese un hombre de bien, y de buena apariencia, pero me parece que no tiene ni figura ni semejanza de hombre. Entonces Constancio, oyendo esto, con gran alegría corrió a abrazarlo y dijo: “Sólo tú, hermano mío, me has conocido; porque todos los otros son ciegos de mente”; y le rindió

grandísimos honores, habiendo recibido de él deshonor. Por eso dice san Gregorio, narrando este hecho, que así como los soberbios se gozan de los honores, así los humildes de las vergüenzas, contentándose de que todos los hombres los consideren malvados y viles. Y quien está en esta perfección, agradece a Dios por las tribulaciones, y tiene compasión del pecado de los que lo atribulan, y ruega a Dios por ellos, y les devuelve bien por mal, conforme al ejemplo que tenemos de Cristo, de san Pablo, y de muchos otros santos.

Por consiguiente el primer grado es conocerse; el segundo dolerse; el tercero confesarse; el cuarto cargarse el pecado con toda sus circunstancias, diciendo cómo, cuando, cuántas veces y con cuánta malicia y escándalo, y con cuánta compañía, y con quién, y cualquier otra circunstancia que pudiera agravar el pecado. El quinto es no preocuparse por ser conocido, y difamarse a sí mismo; el sexto es tener paciencia en las tribulaciones; y el séptimo es alegrarse con amor.

CAPITULO 13

La semejanza entre los grados enumerados,
y la escala que vio Jacob en su visión.

Podemos pues mostrar estos grados por tal semejanza. Supongamos que alguien ame a otro de buen corazón, y después llegue a ser su enemigo. Antes de que él pueda tener un odio total, pasa por los siguientes grados: ya que cuando el fuego del amor es grande, no se puede extinguir inmediatamente, sino que comienza a disminuir y luego se apaga. Primero comienza a conocer y considerar los defectos del amigo, los cuales antes (a causa del gran amor) no conocía ni consideraba, y comienza a cambiar de opinión y a enfriar el amor. En segundo lugar comienza a disgustarle, y producirle aborrecimiento y rencor, pero no se nota. En tercer lugar crece el disgusto y se convierte en odio, y comienza a hablar mal de él y a murmurar, pero no públicamente. En cuarto lugar lo hace abiertamente y difunde sus defectos, y se lamenta de lo que antes elogiaba.

Sin embargo, por estos cuatro grados no se extingue del todo el amor; porque vemos que muchas veces el padre se lamenta del hijo hablando mal, y se disgusta, pero por una cierta ternura del amor no querría ofenderlo. En el quinto grado ya no se cuida demasiado, pero no querría vengarse. En el sexto, soporta con gran paciencia y sin ninguna ternura todos sus males. Y ya en el séptimo crece tanto el odio, que se alegra por todas sus tribulaciones, lo persigue y lo trata como enemigo.

Y así, ya que el amor propio y de sí mismo es mucho más fuerte y mayor que el amor por un amigo y por el hijo, no se puede extinguir inmediatamente, sino que el hombre, por los grados descritos, llega al perfecto odio de sí mismo. Por eso dice san Gregorio que nadie llega inmediatamente a la cima, sino que comienza poco a poco, y crece hacia la perfección. Y dice san Bernardo: “No quiero repentinamente llegar a ser perfecto, sino de grado en grado y de virtud en virtud, como dice el Salmista”.

Y podemos decir que esta es la escala que vio Jacob en una visión, que tenía su base en la tierra y el extremo superior en el cielo, y Dios estaba allí arriba apoyado en ella, y los ángeles ascendían por esta escala. Los pies de esta escala están en la tierra para significar que en el principio, es decir en el primer grado, el hombre es aún terrenal. Pero el extremo superior entra en el cielo, y Dios se apoya en ella para significar que quien alcanza este grado es como totalmente celestial, y está junto y unido a Dios. Pero jamás el hombre se une a Dios, si antes no se odia a sí mismo y no se ha despojado de todo afecto mundano. Por eso Dios dice en el Evangelio: “Quien no odia al padre, a la madre, a los hijos, y a sí mismo, no es digno de mí”. Y “quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame”. Y este odio debe ser perfecto: como de él hemos dicho, es decir que se trata de amar a todo hombre por amor de Dios, y odiar los defectos en sí mismo y en toda otra persona.

Además por dicha escala subían y bajaban los ángeles para significar que por esta escala no van sino los hombres perfectos y los ángeles. Y cuando Jacob se despertó dijo: “¡Qué terrible es este lugar!. Esta es escala de Dios y puerta del cielo”. Ya que aquellos que han llegado a este estado de subir por esta escala, están ya en la casa de Dios y en la puerta del cielo en perfecta confianza y esperanza.

Y aquí se muestra que quien quiere entrar en el cielo, le conviene ir por esta escala, porque al cielo no se puede entrar por otro camino que no sea por el amor perfecto de Dios y el odio de sí mismo. Este es el camino del cual dice Cristo: “Es muy estrecho el camino que conduce a la vida eterna, y pocos son los que van por él” ya que son pocos los que llegan a esta perfección. Por eso vemos que muchos se muestran espirituales por la abstinencia, por la conducta exterior, y por una vestimenta de pobreza; pero tanto se aman a sí mismos que no quieren padecer ninguna contrariedad, sino que quieren vivir según su propia voluntad, y son vanagloriosos pues buscan ser amados y alabados. Estos no entran en el cielo por la puerta estrecha.

Y como dice san Agustín: “Esta es la mayor perfección que pueda haber”. Por eso dice de sí mismo que encontraba en él disgusto por los goces del mundo, las riquezas, los consuelos de hijos y de mujer. Pero cuando se examinaba a sí mismo sobre si gozaba al ser alabado, amado y bien considerado, dice que entonces sí que claudicaba y le parecía que no hubiese llegado a la perfección de no querer ser amado. Por eso, como ya se dijo, es mucho mayor perfección no querer ser amado que amar. Y sin embargo cada uno debe preocuparse por llegar a este grado, para que nuestras fatigas y las otras buenas obras nuestras no se pierdan: porque como ya se dijo, éste es el camino, la escala y la puerta por la cual debemos entrar en el reino del cielo.

CAPITULO 14

Cómo por la Cruz se conoce el pecado, y cuánto lo odia Dios,
y cuánto se debe llorar por los muchos males que de él se derivan.

Del amor ordenado a la cruz nace el ordenado dolor y el odio al pecado. Porque el hombre que ama a Cristo ya no se duele por el sufrimiento propio, sino que llora por la

ofensa a Cristo y a su cruz. Y se duele tanto, que siente en sí el sufrimiento de Cristo; y por compasión llora su pecado con más amargura y dolor que por cualquier otra cosa. Y esto es necesario puesto que el pecado es peor, más peligroso y dañino que cualquier otra cosa; tanto porque fue causa de la muerte de Cristo, como porque enferma el alma, quitándole la similitud con Dios.

Y por eso decía el profeta Jeremías al alma pecadora: “Llora, oh alma, como madre que llora la muerte de su hijo, y llora amargamente”. Esta semejanza utiliza el profeta, porque el dolor de la madre cuando pierde a su hijo unigénito supera cualquier otro dolor temporal. Y por eso tanto mayor debe ser el dolor por el pecado, cuanto es mayor el daño de perder a Dios y el alma. Por eso dice san Agustín: “Tú no tienes en ti, oh cristiano, piedad ordenada, ya que lloras por el cuerpo del cual ha partido el alma, y no lloras por el alma que ha perdido a Dios, y perdiendo a Dios pierde todo bien”. Por eso dice: “Dios es un bien tan grande, que quien lo pierde no puede tener ningún bien”.

Y para que podamos odiar y llorar el pecado y dolernos de él, debemos saber que el pecado disgusta mucho a Dios; y esto podemos verlo en que aquello que Él más odia, es decir el demonio, no lo odia sino por el pecado; y no tiene algún amigo tan querido que no lo castigue si encuentra en él la mancha del pecado. Pero este odio se muestra principalmente en la cruz, en la cual para poder crucificar al pecado Dios hizo crucificar a su propio Hijo inocente. Por eso dice san Pablo que “el decreto de la sentencia (es decir la deuda del hombre que estaba sujeto al diablo y a la muerte por el pecado) Cristo lo clavó en la cruz y lo rompió”. Y en signo de esto quiso que su cuerpo fuese totalmente despedazado.

Supongamos esta semejanza. Alguien tiene un enemigo, y tanto odio le tiene que querría también matarlo, y aún a su propio hijo con él. Muy grande sería este odio. Lo mismo hizo Dios para crucificar el pecado: hizo crucificar a Cristo. Y dice san Juan que Él “nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre”. Y así tiene un gran odio por esa mancha: tan caro le costó lavarla y quitarla. Además en esto se muestra este gran odio, puesto que tanto nos ama Dios que para rescatarnos tomó carne humana, hasta morir; sin embargo, si a alguno encontrara nada menos que con un solo pecado mortal, lo condenará eternamente con los demonios, y jamás tendrá piedad de él.

Además, el pecado agrada mucho al diablo, y eso es signo de que el pecado es muy malo, puesto que al demonio no le puede agradar ningún bien. Y que el pecado le agrade mucho al demonio se muestra por su efecto, ya que nos tienta continuamente. Por eso dice san Gregorio: “El diablo tienta asiduamente, para vencer al menos por cansancio”. Y san Pedro, para reafirmar lo que hemos dicho, nos advierte diciendo: “Hermanos míos, sed sobrios y vigilad, porque el diablo, ronda como el león que ruge buscando cómo pueda devorarnos”. Porque el diablo nos tiene envidia, y no querría que nosotros tengamos aquél bien que él perdió. Por eso continuamente, con toda sutileza, nos tienta para hacernos caer en el pecado. Como dice san Bernardo: “A los que ve fervientes en el buen obrar, no pudiéndolos inducir al mal, los engaña, poniéndoles delante un bien pequeño para hacerles perder uno grande”. A veces los lleva a realizar tantas obras que se cansan, y luego se echan atrás. Y esto es el más sutil engaño que él pueda hacer.

Además, hay que odiarlo mucho ya que daña mucho al hombre. Y para que veamos esto, pensemos en todas aquellas cosas temporales que el hombre considera dañinas:

pobreza, prisión, pérdida de amigos, guerra, deshonor y muerte. A estos daños pueden reducirse todos los demás. El pecado produce espiritualmente todos estos daños.

En primer lugar lo hace pobre, ya que el hombre que no tiene dominio de sí mismo, cuando peca mortalmente, pierde todo su mérito y todo lo que ha ganado, y es despojado de todo bien y de toda virtud; y en este estado no puede ganar, ni hacer algo de mérito ni que agrade a Dios.

Además, el pecado hace al hombre espiritualmente enfermo y débil; porque como el enfermo está débil y en peligro de muerte, está fastidiado consigo mismo y ha perdido el gusto, ya que las buenas cosas le parecen malas: así el hombre que está en la enfermedad del pecado es débil para todo bien. Por eso vemos que muchos pecadores, que son fuertes para el mundo, capaces de combatir tanto en mar como en tierra, y soportar hambre y sed, no son fuertes ante Dios para decir aunque sea tres “pater noster”, ni para ayunar siquiera un día. Además, el pecador está en continuo peligro de caer en el infierno, y en esta vida misma el pecador está en sufrimiento y tedio de sí mismo, ya que no se contenta, ni él mismo sabe lo que quiere. Por eso dice san Agustín: “Señor, Tú has mandado que toda alma desordenada sea el castigo de sí misma”. Además el pecador pierde el gusto y el apetito, porque ninguna cosa útil le parece buena, deseando las cosas contrarias y pareciéndole amar las cosas dulces: porque al hombre pecador todas las cosas espirituales le dan fastidio, y las cosas amargas y contrarias del mundo le parecen buenas y las desea. Contra estos tales dice Isaías: “¡Ay de vosotros, que llamáis bien al mal y mal al bien, y llamáis luz a las tinieblas y a las tinieblas llamáis luz!”.

El tercer mal que hace el pecado es que pone al hombre en la prisión y en la servidumbre del diablo. Por eso dice Cristo: “Quien realiza el pecado es siervo del pecado”; y como prisionero, no puede salir del pecado sino por especial gracia de Dios. Por eso dice el Salmista: “Los lazos del pecado me han atado”. Y agradece a Dios diciendo: “Señor mío, Tú has desatado y roto mis ataduras”.

Además, el pecado quita los amigos: ya que el hombre que cae en el pecado pierde la participación en el mérito de todos los fieles y su amistad; como miembro podrido está cortado y apartado del cuerpo de la Iglesia. Pero el hombre que está en gracia, participa de todo el bien de los fieles. Por eso decía el salmista: “Señor, te agradezco porque participo del bien de todos aquellos que observan tus mandamientos”.

Además, el pecado pone al hombre en grave y peligrosa guerra. Por eso dice Job: “Quien resiste a Dios, ¿dónde encuentra paz?”. Como diciendo: en ninguna parte. Y la Escritura dice que el hombre impío no tiene paz. Y esto es verdad: ya que el desorden del pecado, la soberbia y la ira, mantienen al hombre en continua tempestad. Por eso, si los amigos de Dios no tuviesen otra cosa, tienen en este mundo algo mejor que los pecadores, ya que tienen paz y reposo, están contentos y siempre alaban a Dios.

Además, el pecado deshonra al hombre ya que lo envilece, quitándole la semejanza con Dios y dándole la de los animales. De esto habla el Salmista: “Estando el hombre en su honor, no lo entiende y es comparado y asimilado a los jumentos necios”. Y por eso, por medio del profeta Dios le dice al alma pecadora: “Fíjate, pecadora, cómo te has hecho vil cayendo una y otra vez en los pecados”. El pecado hace al alma vil ya que le quita su dignidad, es decir, de ser esposa de Dios la hace ser adúltera y sierva del diablo,

y le quita la libertad del arbitrio constriñéndola a hacer el mal. Además, por el pecado el hombre pierde la sabiduría. Por eso dice Job que la sabiduría no se encuentra en la tierra, es decir, en la mente de los que viven delicadamente en los deleites del mundo. Y en el libro de la sabiduría dice: “La sabiduría de Dios no entra en un cuerpo sujeto al pecado”.

Además, el pecado le quita al alma el consuelo de Dios. Por eso dice san Bernardo: “El consuelo de Dios es muy frágil y delicado y no le es dado a los que buscan el consuelo del mundo”. Y como dice san Agustín: “Es imposible que el hombre tenga consuelo en esta vida y en la otra, y conviene que quien quiera uno, pierda el otro”.

En conclusión: el pecado quita al hombre la luz de la gracia en esta vida y luego la de la gloria, y le da muerte eterna. Que el pecado le quite la luz, lo dice Dios por medio del profeta Isaías: “La malicia ha enceguecido a los pecadores”. Y por ello la Escritura en muchos pasajes llama ciegos y necios a los pecadores; ya que así como el hombre es considerado zonzo por el mundo si cambiase unas monedas por dinero, y eligiese antes un montón de estiércol que uno de oro, así entonces es zonzo ante Dios el que cambia a Dios por cosas de menor valor, y elige antes el estiércol de los bienes del mundo que el tesoro de Dios.

En resumen: solamente el pecado es mal, ya que ninguna cosa es mala para el hombre sino el pecado. Por eso dice san Pablo: “Para quien ama a Dios, todas las cosas se le vuelven un bien”, por más contrarias y malas que le parezcan. Y así, como dice Salomón: “Para el hombre necio, es decir pecador, todo le es contrariedad”. Y tan maldita cosa es el pecado, que ninguna cosa es tan buena que al pecador no le parezca mala. Por eso el cuerpo de Cristo, y todo sacramento por el cual se da la gracia a los buenos, para los malvados se convierte en veneno y muerte espiritual.

Por consiguiente, mucho se debe odiar y huir y llorar por el pecado cometido: puesto que todos los males enumerados, (el pecado) se los hace uno por uno a los que lo poseen. Y generalmente todos los juicios, peligros, muerte, pestes y hambre vienen por el pecado. Por eso, si el hombre odia a alguien que haya matado a su hermano, mucho más debe odiar al pecado, el cual es causa de toda muerte temporal y eterna, (como si fuera el asesino) de todos nuestros amigos y parientes.

CAPITULO 15

Cómo debemos dolernos del pecado
más por la pasión de Cristo que por nuestros propios sufrimientos,
teniendo en cuenta principalmente sus privaciones

Pero ya que nosotros somos dignos de mal, y con justicia recibimos todos los castigos que hemos dicho debido al pecado que hemos cometido y cometemos todos los días, debemos dolernos no tanto de nuestros males sino de la pasión de Cristo, quien fue totalmente inocente y sin pecado, y recibió injusta pena y muerte por nuestros pecados. Por lo tanto más debiéramos dolernos de sus penas que de las nuestras, porque las suyas

fueron injustas y las nuestras son justas. Y por eso san Bernardo, teniendo compasión de Cristo, decía: “¡Oh amadísimo joven! ¿qué has hecho Tú para sufrir tan crueles penas y muerte cruel?. Yo soy la causa de tu dolor; yo soy el ladrón, y Tú estás clavado en la cruz. Yo soy el deudor y Tú padeces el castigo, y pagas la deuda de mis iniquidades”.

Por lo tanto, mucho debemos movernos a compasión, considerando que Él murió justo e inocente por nosotros injustos y pecadores. Esto nos trae a memoria el Salmo diciendo: “Yo pago lo que no he robado”. Y por medio del profeta Isaías dice Dios Padre: “Yo lo he golpeado por el pecado de mi pueblo”. Por lo tanto, si tenemos corazón noble no nos debemos preocupar de nuestras penas, ya que somos dignos (de ellas), sino que debemos tener compasión por Aquél que murió para pagar nuestra culpa. Y para que podamos aquí meditar mejor y más ordenadamente y con gran compasión sus penas, podemos distinguirlas en siete especies, es decir: necesidades, tentaciones, lágrimas, persecuciones, oprobios, burlas irónicas y dolores.

Por lo tanto, veremos primero cómo Cristo tuvo necesidad de todas aquellas cosas que nosotros principalmente deseamos poseer en abundancia, es decir de albergue, vestimentas, de comer y de beber. Tuvo necesidad de albergue y de un lugar donde reposar, naciendo, viviendo y muriendo. Naciendo no tuvo lugar en una gruta, que era como un establo, sino que más bien fue puesto en el pesebre (el comedero), entre el buey y el asno. ¡Oh desmesura de amor! El que había hecho el cielo y la tierra y que era Señor de todo, por amor a nosotros vino a tanta miseria, que no tuvo lugar sino entre los animales. Por lo tanto fue puesto en el pesebre (el comedero), como alimento del asno y del buey para demostrar que venía para alimento del hombre, que se había convertido por la lascivia en buey, y en asno por la estulticia (el pecado contra la sabiduría).

Viviendo no tuvo casa ni refugio propio, ni posesión ninguna. Por eso dijo Él: “Los pájaros y los animales tienen nido y cuevas donde se refugian; el Hijo de la Virgen no tiene lugar dónde reclinar la cabeza”. Muriendo tuvo una cama tan estrecha, que no podía apoyar la cabeza; y porque el madero de la cruz era tan estrecho, que ambos pies fueron clavados el uno sobre el otro, pues los dos no hubieran podido ser clavados por separado. Naciendo tuvo también necesidad de vestimentas, ya que cuando nació la virgen María estaba en camino, y era tan pobre y tan mal vestida que no tenía con qué envolverlo. Pero como dice san Bernardo: “La Virgen se quitó una humilde pañoleta o algo semejante, y lo envolvió”.

Viviendo tuvo necesidades: puesto que Él fuese de un lugar a otro predicando por el mundo, tanto en verano como en invierno, bajo las lluvias y el viento, hay que suponer que muy a menudo se mojaba y sudaba, y por eso habría tenido necesidad de cambiarse, pero Él no llevaba vestimentas secas ni tenía burro que cargara tantos enseres, como hoy hacen los que quieren ser considerados sus siervos. Al morir fue despojado de las pocas vestimentas que tenía, y quedó desnudo, y esto le fue hecho para que pasara vergüenza, y para que sufriera el frío; ya que según lo que dice el Evangelio, a causa del frío los ministros del Pontífice estaban junto al fuego, y san Pedro fue a calentarse.

Necesidad de beber y de comer se ve que tuvo muchas veces. Por eso san Juan relata en el Evangelio de la Samaritana que Jesús, fatigado por el camino, se sentó y descansó junto a la fuente, y teniendo sed pidió de beber a la Samaritana que venía a buscar agua en aquella fuente, y los discípulos habían ido a la ciudad para comprar el pan. Ved entonces que quien da de comer a los pájaros padeció hambre y sed; y no espera ni vino

dulce ni corderos, sino pan y agua, puesto que como aquel pozo estaba fuera de la ciudad, los discípulos no fueron para comprar abundante comida, sino para traer el pan y comer junto a la fuente.

Pero consideremos aquí la inestimable caridad de Cristo, que teniendo hambre y sed, y estando cansado, se preocupó tanto por convertir a aquella Samaritana que dejó de lado el comer y el beber y todo lo demás. Por eso cuando los discípulos retornaron le dijeron: “Maestro, come”. Y Él les respondió: “Tengo para comer otro alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que me ha enviado, y cumplir su obra”; como diciendo: tengo más hambre de convertir a las naciones, según me lo ordena Dios Padre, que de comer pan o beber; y me deleito más en esto. Pero nosotros hemos puesto toda nuestra preocupación en comer y beber, y especialmente cuando tenemos hambre y sed, y estamos llenos de acedia (pereza espiritual) e impaciencia, y no estamos preparados para servir a Dios ni a los hombres, y todo nos parece difícil.

Su hambre se demuestra también cuando ayunó durante cuarenta días y luego, como dice el Evangelio, tuvo hambre. También el Domingo de Ramos, cuando fue recibido con tantos honores como cuentan los Evangelistas, hacia el final de la tarde miraba a las personas que allí estaban, como pidiendo con vergüenza de cenar, y no encontraba quién le diese cena ni alojamiento. Por eso dice la Glosa: “Era tan pobre, y tan poco complaciente y adulador, que en ciudad tan grande no encontraba quién lo recibiera; y después del atardecer regresó a Betania”. Por eso debemos creer que en toda su vida muchas veces padeció grandes necesidades; ya que, como dice el Evangelio, cuando los discípulos atravesaban los sembrados desgranaban las espigas y por hambre comían los granos.

Pero lo que especialmente debe movernos a tener compasión es la sed que padeció Cristo en la Cruz; ya que estando tan fatigado por las angustias, las vigiliadas y por haber perdido sangre, pidió de beber y no le dieron; y al contrario, por despreciarlo más le dieron vinagre mezclado con hiel. Ciertamente jamás hubo ladrón alguno tan odiado, que yendo a la justicia y pidiendo de beber no le dieran; y a Cristo inocente le fue negado.

Ciertamente si meditásemos estas necesidades, no seremos ya tan ambiciosos de grandes palacios, ni estaríamos buscando preciosas vestimentas, ni seríamos golosos de tanta variedad de comidas, ni de todos los consuelos del cuerpo. Y debemos tener por cierto que quien aquí abajo no lo acompaña en su pobreza, teniendo por Él al menos compasión, no gustará de su gracia y su riqueza en la vida eterna.

CAPITULO 16

Sobre las tentaciones y las lágrimas de Cristo.

En segundo lugar debemos considerar las tentaciones de Cristo: ya que, como dice san Pablo, no tenemos otro pontífice que pueda tener compasión de nuestras

tentaciones, tentado en todo para ejemplo nuestro, sin pecado. Por eso debemos saber que Cristo fue tentado por el diablo y por los hombres del mundo. En el desierto fue tentado por el diablo, y primero de gula cuando él le dijo: “Si Tú eres el hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. Fue tentado de soberbia y de avaricia, como que le mostró todos los reinos del mundo y dijo: “Te daré todos estos reinos si me adoras”. Fue tentado de vanagloria, cuando fue conducido hasta el pináculo del templo y le dijo: “Si Tú eres el hijo de Dios, arrójate abajo, y no podrás hacerTe daño; porque de Ti está escrito en el Salmo que los ángeles te recibirán por mandato de Dios, para que no Te hagas daño”.

Cristo venció la primera tentación respondiendo: “No solamente de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios”. Y en esto muestra que, como el pan es alimento del cuerpo, así la palabra de Dios es alimento del alma. Y nos dio esta enseñanza, que cuando seamos tentados de gula o de otro placer corporal, debemos recurrir al alimento espiritual, es decir a la oración y a las otras buenas obras, y encontraremos más saciedad que en aquello en lo cual somos tentados. Y de esto dio ejemplo Cristo no solamente aquí, sino también, como ya se ha dicho, cuando respondió a los discípulos que lo invitaban a comer, cuando hablaba con la Samaritana: “Yo tengo para comer otro alimento, y mi alimento es hacer la voluntad de Dios”; como diciendo: tanto me regocijo de observar los mandamientos de Dios y cumplirlos, convirtiendo a esta Samaritana y a la otra gente, que no me preocupo por comer.

Y aquí se muestra que la palabra de Dios está para nutrir el alma y para regocijarla. Por eso dice san Jerónimo a uno de sus discípulos: “Ama la ciencia de las Escrituras y no amarás los vicios de la carne”. Y Moisés, recibiendo la ley de Dios sobre el monte, estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin comer. Y muchos otros santos Padres en el desierto, apacentados con la oración y las consolaciones de nuestro altísimo Señor Dios, estuvieron muchos días sin comer. Por lo tanto, Cristo quiere decir que quien se alegrase de oír los mandamientos de Dios y observarlos, recibiría visión (una mirada contemplativa) y consolación, por la cual tendría en desprecio todo alimento y consolación corporal.

En respuesta a la segunda tentación dijo: “Apártate Satanás: está escrito que se debe adorar sólo a Dios y servirlo a Él”. Y aquí da ejemplo de no adorar al diablo ni al hombre, ni a ninguna otra creatura por apetito y deseo de alguna riqueza o señorío que el hombre pueda tener. Pero hoy, como dice san Agustín, muchos honores que sólo a Dios corresponden, están usurpados y rendidos a los hombres, o por miedo, o por desordenada adulación de querer agradar a los poderosos, y por desordenada soberbia los poderosos que reinan reciben estos honores, de los cuales deberían huir. Ningún hombre bueno busca ser adorado. Por eso el ángel no quiere ser adorado por san Juan; pero el diablo, y quien a él sigue, busca ser adorado y honorificado.

A la tercera tentación respondió: “Está escrito que no se debe tentar a Dios”. Como diciendo: puesto que puedo descender por la escalera, si yo me arrojara abajo sería como tentar a Dios, lo cual está prohibido. Y en esto da enseñanza de que jamás, sin estricta necesidad, hacer ostentación con algún milagro o por nuestra perfección. Por eso, según lo que se dice en las “Colaciones de los padres”: “Jamás nadie ha demostrado ser un hombre santo, si se regocija en hacerse ver, mostrando que hace milagros”. Y san Gregorio dice que los milagros no hacen santo al hombre, y que es mucho mejor buscar una vida buena que hacer milagros; ya que Dios permite hacer milagros a hombres

malvados, pero no puede hacer santa una vida sino quien es amigo de Dios. Por lo tanto Cristo quiere decir: Puesto que puedo descender por la escalera, no debo dar prueba de mí tirándome abajo, y tentar a Dios.

Por lo tanto, he aquí que Cristo fue tentado para ejemplo nuestro y para vencer al diablo, en aquellos tres vicios con cuales había vencido al primer hombre: de gula, de soberbia y de vanagloria. Ya que, como hemos dicho antes en el capítulo cuarto, convenía para la perfecta satisfacción que así el hombre venciendo al diablo honrase a Dios, así como siendo vencido lo había avergonzado. Y por eso Cristo, nuestro héroe y capitán, venció al enemigo por nosotros y rindió honor a Dios, y dio el ejemplo para vencer toda tentación por amor a la justicia y a la perfecta virtud, no por miedo al infierno ni por la esperanza del paraíso. Por eso Cristo nunca respondió: no quiero hacer lo que me dices porque tenga miedo a Dios, ni porque desee el paraíso; sino que siempre decía: “Está escrito”. Como diciendo: conviene que observe lo que está escrito y mandado por Dios, y por eso no acepto tu tentación por otro miedo ni por otra retribución.

De allí procede que los hombres imperfectos deban y puedan meditar sobre las penas del infierno y la gloria del paraíso, para poder vencer las tentaciones; pero los hombres perfectos y verdaderos hijos de Dios deben vencer toda tentación solamente por amor a la justicia y por apego a la virtud, y no por otra consideración. Por eso dice Isaac que los vicios y las tentaciones se deben vencer por amor a la virtud y no por oposición (o sea combatiendo contra las tentaciones por miedo al infierno), sino firmemente y con alegría por amor a la virtud.

Además debemos considerar que el diablo no tentó a Cristo sino con los vicios principales; ya que sabía que si hubiera caído en ellos, habría caído en todos los demás vicios, al igual que el hombre. Pero habiendo vencido en los principales, se dio cuenta de que no lo vencería en los (vicios) menores: porque de aquellos vicios (la soberbia, la gula, la avaricia y la vanagloria) proceden todos los otros.

Fue tentado por los hombres en cuanto a la sabiduría, la bondad y el poder. Fue tentado en cuanto a la sabiduría, cuando por engaño le proponían muchas cuestiones para atraparle en el hablar, llamándolo maestro veraz, y preguntándole si era lícito o no pagar el tributo al César. Y pensaban: Si dice que sí diremos que procede contra la ley, ya que nosotros somos el pueblo de Dios, y debemos estar exentos del pago a extranjeros; y si dice que no lo acusaremos ante el emperador, porque predica que no se le pague el tributo. Pero Cristo, escrutador de corazones, conoció su malicia, y respondió de tal modo que no supieron qué decir, y dijo: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. De manera que no habló ni contra Dios ni contra el César. También fue tentado en su sabiduría cuando, como dicen los Evangelios, un sabio de la ley se levantó y le preguntó cuál era el mandamiento mayor. Y Cristo le respondió que era el mandamiento de la caridad. Y en muchos otros pasajes fue tentado y provocado a hablar para poder atraparle en alguna palabra equivocada. Pero Cristo respondió a todos humilde y sabiamente, como se ve en los santos Evangelios.

Fue tentado en la bondad y en la misericordia, cuando lo llevaron ante la adúltera y le preguntaron qué le parecía a Él, y si debían lapidarla o no, según el mandamiento de la ley. Y pensaban: si dice que sea lapidada, diremos que Él actúa contra la misericordia que Él mismo predica; si dice que no, diremos que predica contra Moisés y contra la

Ley, y lo acusaremos. Y Cristo respondió sabiamente y dijo: “Aquél de vosotros que esté sin pecado, comience a lapidarla”. Entonces los Fariseos, totalmente confundidos por acción de Dios, porque eran pecadores, huyeron; y no pudieron acusar a Cristo de que la hubiese juzgado contra la misericordia, ni de que la hubiese absuelto contra la ley. Y nos dio ejemplo de que ningún pecador debe presumir de juzgar ni de condenar a otro pecador.

Fue tentado en su potestad cuando, tentándolo, algunos pecadores le pidieron que hiciese venir algún signo del cielo; y Cristo no lo hizo, para dar ejemplo de que no se debe hacer ostentación de acciones prodigiosas, especialmente a petición de hombres indignos y tentadores.

Muchas otras cosas se podrían decir de las tentaciones de Cristo, tanto respecto a los tentadores cuanto a las respuestas, y cómo observaban sus obras y sus palabras para acusarlo; y que yo dejo de lado para no ser demasiado detallista. Pero basta con esto: que Cristo quiso ser tentado por el diablo y por los hombres para nuestro ejemplo, como ya se dijo; y cómo en sus respuestas da una gran y útil doctrina y ejemplo. Por eso dice san Gregorio que “así como por su muerte convino que venciese nuestra muerte, del mismo modo por sus tentaciones venciese nuestras tentaciones y nos enseñase a responder a nuestras tentaciones”.

Y cuán penoso sea ser tentado, no lo sabe sino quien lo padece. Y esto es lo que muestra san Pablo cuando, narrando las diversas pasiones y tribulaciones de Cristo y de los santos, entre otras cosas dice que “fueron tentados, cortados y muertos a cuchillo” para mostrar que la tentación es un gran martirio. Y vemos que los hombres de gran notoriedad y saber, presumen mucho de que reciben un gran desprecio al ser tentados con palabras, preguntas dolosas y de doble sentido. Y Muchos, habiendo sufrido muchas tribulaciones y habiendo hecho grandes cosas por Dios, se abaten y desalientan ante las tentaciones. Por eso dice la Escritura que “es bienaventurado aquél que sufrirá las tentaciones, ya que después que sea probado, recibirá la corona de vida”. Por eso advierte el Eclesiástico de que estemos preparados a recibirlas. Y san Agustín dice: “Yo os advierto que nadie puede vivir sin tentaciones en esta vida presente”. Por eso si una termina, espera la siguiente, tal como el ejemplo que da Cristo.

En tercer lugar debemos considerar el llanto de Cristo, para que tengamos compasión de Él, y refrenemos la desordenada alegría. Por eso dice san Bernardo: “Si Cristo lloró por compasión de nosotros, ¿cómo puede ser que nosotros riamos, siendo que estamos en tantos males?”. Como diciendo: ¡No!. Por eso muchas veces encontramos a Cristo llorando, pero jamás encontramos que riese.

Y debemos saber que Cristo lloró cuatro veces. La primera cuando nació. Por eso se dice en el libro de la Sabiduría: “La primera palabra comenzó como los otros, es decir, con llanto”; y entonces lloró la miseria de esta vida, en la cual entraba. La segunda vez lloró sobre la ciudad de Jerusalén por compasión, considerando la destrucción y el peligro que iba a sobrevenirle por su pecado. La tercera vez lloró resucitando a Lázaro por compasión de sus hermanas, a las que veía atribuladas; considerando el juicio de la muerte, el cual vino por el pecado, y considerando que Él resucitaba a Lázaro a esta vida miserable llena de peligros, arrancándolo de un lugar de reposo. La cuarta vez lloró, como dice san Pablo, en la cruz por nuestros pecados, y los de todo el género humano, “rogando al Padre en voz alta y con lágrimas” para que, por mérito de su

pasión, perdonase al género humano, e hiciese la paz con los hombres: “Y fue escuchado”. ¡Bendito sea Dios!

Por consiguiente, vemos en la pasión de Cristo en cuanto a sus privaciones, tentaciones y llanto, que todo esto lo soportó para nuestro ejemplo.

CAPITULO 17

Sobre las persecuciones que padeció Cristo.

En cuarto lugar debemos considerar las persecuciones de Cristo, y debemos saber que Cristo fue perseguido en palabras, y hechos y en la persona. En las palabras sufrió persecución cuando, como ya se dijo, muchas veces lo tentaron de palabra para hacerlo caer en alguna palabra, por la cual pudieran acusarlo, y falseaban todas sus respuestas diciendo: “Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero”, y censuraban su predicación.

Por los hechos sufrió persecuciones; ya que no solamente censuraban sus obras, y especialmente cuando las hacía en día sábado, diciendo: “Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado”; y lo censuraban porque Él permitía que sus discípulos no ayunaran, como Él, y no se lavaban las manos cuando iban a comer; y que no observaban las otras usanzas antiguas, y porque comían los granos de las espigas. Y en todas estas cosas querían mostrar que Cristo tuviese culpa, y que no enseñaba bien a sus discípulos. También le criticaron que comía y bebía con pecadores. Supongamos que Cristo respondiese sabiamente a estas cosas y que legítimamente se excusase: no se contentarían con esto, sino que querían sujetar sus obras a la ley. Y falseaban todos sus actos, por santos que fuesen: lo cual es muy doloroso. Por eso a nosotros no nos gusta ser criticados, no solamente cuando obramos bien sino también cuando obramos mal, antes bien queremos ser alabados y justificados.

Además muchas veces sufrió persecuciones en su propia persona. Por eso Herodes buscó matarlo cuando era pequeño, y fue necesario que la Virgen y José huyeran a Egipto con Él, con mucha fatiga y pobreza. Luego, cuando comenzó a predicar, los Judíos lo llevaron a un monte, sobre el cual estaba puesta su ciudad, para despeñarlo; y los Fariseos muchas veces tomaron piedras para lapidarlo. Pero Cristo se escondió, porque aún no había llegado la hora de la pasión.

¡Oh cosa admirable: que el Señor del cielo y de la tierra no pudiera mostrarse en público y tuviera que andar a escondidas, como bandido y ladrón!. Por eso dice san Juan que los pontífices y fariseos habían ordenado que no solamente Cristo, sino también quien confesase que (Jesús) fuese el Cristo (el Mesías), fuese excomulgado y echado fuera de la Sinagoga. Y era tan grave para ellos, que no podían soportar oírlo ni recordarlo. Por lo tanto, gran dolor debió ser para Cristo verse excomulgado y que nadie se atreviera a reconocerlo, y ver que todo el día conspiraban contra Él, y ser amenazado, y censurado y escarnecido a causa de todas sus obras, y ser considerado un loco.

Por eso dice san Marcos que, habiendo realizado Cristo ciertos milagros, y predicando con fervor cosas elevadas, algunos de sus parientes intentaron atarlo, y decían que había enloquecido.

Si pensásemos en esto, no nos preocuparíamos por querer los placeres del mundo, y todo lo soportaríamos en paz: las burlas y las persecuciones. A esto nos exhorta san Pablo diciendo: “Meditad en Aquél que soporta tan grandes contradicciones y persecuciones, para que no os sea fatigoso el soportarlas, y os desaniméis en las tribulaciones”.

Y por último, fue apresado a traición, vendido y condenado injustamente con falsos testigos, flagelado, crucificado y muerto, como más adelante veremos. He aquí, entonces, las persecuciones de Cristo, tanto en su palabra como en su propia persona; Él las soportó para nuestro ejemplo.

CAPITULO 18

Sobre los oprobios de Cristo.

En quinto lugar debemos considerar los oprobios de Cristo, y las afrentas que recibió de palabra y de obra, y las desmentidas, y las palabras injuriosas que le dijeron. Y debemos saber que Cristo recibió y oyó afrentas y oprobios en cuanto a la dignidad, potestad y las verdades que predicaba, y en cuanto a su santidad y bondad; ya que los Judíos lo injuriaron en estas cuatro cosas. Contra la dignidad decían: “¿acaso no sabemos que este es hijo de un artesano, y de una mujer que se llama María”, que es una mujercita? ¿Acaso no conocemos a sus parientes?. Y de ese modo lo consideraban despreciable. Y aunque fuese Hijo de Dios según la divinidad, y de estirpe real según la humanidad, sólo porque José era pobre y trabajaba no lo consideraban noble. Y aquí se muestra el error del mundo, porque no es considerado noble sino aquél que no hace ninguna otra cosa que divertirse, o criar perros y halcones.

Hablaron contra su potestad cuando obraba y cuando padecía en la cruz. Cuando obraba, decían que obraba expulsando los demonios por virtud del diablo. Y cuando tentándolo pedían un signo del cielo, se lo pedían como diciendo: “Tú no puedes hacer el signo que te pedimos”. Y cuando lloró por Lázaro, había algunos que se burlaban diciéndole: “¿Acaso este, que iluminó al ciego de nacimiento, no podía hacer que Lázaro no muriera?”. Como diciendo: esto no lo puede hacer. Y cuando padecía en la Cruz se burlaban de Él, y moviendo la cabeza decían: “Si es el Hijo de Dios, que descienda de la cruz y le creeremos”. Como diciendo: parece que no puede descender. Por eso decían para escarnecerlo: “Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo”. También decían insultándolo: “Este es el que decía que podía destruir y deshacer el templo de Dios, y reconstruirlo en tres días”.

Y estos improperios le decían los sacerdotes, los escribas y la gente que pasaba; y para mayor desprecio suyo el ladrón que estaba crucificado a su izquierda le dijo: “Si Tú eres el Hijo de Dios, descende de la cruz, sálvate y sálvanos a nosotros”.

Contra la verdad le oponían muchas falsedades, diciendo que Él blasfemaba contra Dios; y lo reprendían porque Él decía que era Hijo de Dios; despreciaban su doctrina y, acusándolo, decían a Pilatos: “Este es un seductor, ha alterado e incitado al pueblo, y predica contra Moisés y contra la ley”; y es un falsario. Y decían: “Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero” y lo desmentían.

Contra la bondad, decían que era un malhechor. Por eso cuando Pilatos les preguntaba qué culpa había cometido, respondieron: “Si este no fuera un malhechor no te lo habríamos entregado en tus manos”. Y cuando el ciego de nacimiento, que fue iluminado, defendía a Jesús ante los Fariseos, le dijeron: “Da gloria a Dios, porque sabemos con certeza que este es un hombre pecador”. Y decían de Él que era un bebedor de vino y amigo de publicanos, y un falsario.

Si nosotros meditásemos esto, no estaríamos tan impacientes por las injurias que nos hacen, ni tendríamos tanto deseo de ser considerados buenos, porque como dice san Agustín: “la humildad de Dios es la medicina para nuestra soberbia”. Y san Bernardo dice: “Avergüénzate hombre, de ser soberbio, porque Dios se hizo humilde; pues es infinito tu cinismo”. Y san Bernardo, considerando estas cosas, decía con gran compasión: “¡Oh buen Jesús, cuán benigna y dulcemente has convivido con los hombres, y cuán grandes beneficios les has hecho; y cuán duros sufrimientos y oprobios, duros flagelos y golpes, y burlas y heridas tan crueles has soportado por ellos!”.

Por lo tanto, carguemos nosotros por compasión los improperios de Cristo, como nos enseña san Pablo; y sigamos por el camino de la cruz, ya que gran gloria hay en seguir y acompañar al Rey de vida eterna. Debemos estar preparados para recibir persecuciones con Cristo, no solamente por las cosas que hemos hecho mal, sino también por las que hemos hecho bien; porque como dice san Bernardo: “La vida de los santos consiste en hacer el bien y padecer el mal”.

CAPITULO 19

Sobre las burlas y escarnios de Cristo.

En sexto lugar debemos considerar y meditar las burlas y los escarnios que le fueron hechos a Cristo. Y debemos saber que fue escarnecido cuatro veces durante la pasión. Primero en casa del pontífice Caifás, donde le fueron vendados los ojos y fue golpeado en la cara, y le dieron bofetadas, y lo escupieron en el rostro, y fue golpeado con la caña, diciendo: “¡Profetiza! ¿Quién es el que te ha golpeado?”. Esta burla la quiso soportar Cristo para satisfacer por el pecado de los primeros padres, quienes por apetito de soberbia quisieron ser similares a Dios. Cristo aceptó este desprecio de que le fueran velados los ojos, y ser escupido en la cara, como desprecio y abyección. Por eso dice en el Salmo: “Fui hecho oprobio de los hombres y desprecio del pueblo”. Contra la desordenada mirada de la mujer, que miró el árbol prohibido y le pareció un fruto hermoso, Cristo quiso tener los ojos vendados para satisfacer aquella vana mirada. Y

porque ella después lo tomó, y lo comió, Cristo quiso ser golpeado en las mejillas para satisfacer la masticación, y en la garganta por la deglución.

Fue golpeado en la cabeza como soberbio, y en la cara como gran malhechor, en el cuello como loco y necio. Cristo fue golpeado por el hombre con la caña, la cual significa la vanidad del mundo: porque por fuera es brillante, y vacía por dentro. Y según la justicia de Dios, el hombre debe ser golpeado con aquella misma cosa que ama.

La segunda vez fue engañado y escarnecido por Herodes. Por eso dice el Evangelio que habiéndole hecho Herodes muchas preguntas a Cristo, y habiendo callado Cristo, le hizo burlas y lo consideró loco, y para mofarse de Él lo vistió con una túnica blanca y lo devolvió a Pilatos. Quien bien considerase esto, no andaría buscando tanto las cortes de los prelados, ni de los gobernantes, en las cuales Cristo fue escarnecido. Y esta burla la soportó Cristo para satisfacer y castigar en sí mismo la culpa de nuestra hipocresía, la cual está significada por la vestimenta de color blanco. Por eso Cristo dijo a los Fariseos: “¡Ay de vosotros, Fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, y dentro estáis llenos de podredumbre!”. Por eso, porque nuestra vida quiere aparentar por fuera, y tener aspecto de blancura y pureza, Cristo quiso ser escarnecido con vestimenta blanca y considerado pecador.

La tercera vez fue escarnecido por Pilato, cuando lo hizo vestir con una vestimenta roja, o bien púrpura, como dice san Marcos; y lo puso en manos de soldados y esbirros, los cuales le pusieron en la mano la caña, como si fuera el cetro real, y le clavaron la corona de espinas hasta el cerebro, y lo adoraban por burla diciendo: “¡Dios te salve, Rey de los Judíos!”, y lo golpeaban con la caña. Y Cristo quiso soportar esta burla para satisfacer nuestra soberbia y ambición, por la cual nos inclinamos a buscar mando y ser cubiertos de honores, condecorados, coronados, y tener el bastón de mando y, en general por los pecados que se cometen por deseo de honores y alabanzas.

Si pensáramos en esto, huiríamos siempre de los honores, y de las ornadas vestimentas de púrpura y de telas coloreadas. Porque, como dice san Bernardo: “Después de que Cristo fue escarnecido en púrpura, toda púrpura se convierte en vergüenza”. Y san Gregorio dice que, si no fuese culpa el demasiado y delicado bien vestir, Cristo no hubiera alabado a san Juan Bautista por su áspera vestimenta. Y el rico condenado no habría sido descrito en el Evangelio vestido de púrpura y lino finísimo. Y como dice Cristo: “Aquellos que están así vestidos con telas nobles y finas, están en las cortes de los Reyes”, y son hombres cortesanos.

Pero hoy no tienen lugar las enseñanzas de Cristo, ni de los santos: ya que dicen los siervos de Dios que la tela buena dura más, y por eso utilizan telas buenas para confeccionar sus vestimentas. Pero debemos pensar que Cristo y los santos, que anduvieron vilmente vestidos, conocieron esta mercancía. Si al menos confesaran la verdad y dijieran que lo hacen por vanagloria; ya que nadie busca estar vestido delicadamente, sino cuando anda entre la gente; y cuando está solo, poco se preocupa de ello.

Y san Pedro, hablando del adorno de las mujeres, dice que no se vistan con vestidos preciosos. Y sobre estas palabras dice san Bernardo: “Si el apóstol da una ley y prohíbe a las mujeres jóvenes y casadas que vistan vestimentas preciosas, ¿cómo puede ser lícito a los clérigos y religiosos?. Es un gran abuso que el caballero y el monje se vistan de la

misma manera”. Por lo tanto, quien se viste de púrpura y con telas blancas y muy delicadas, parece que representa el disfraz que le pusieron a Cristo, y que se burlara de Él. Y dice san Cipriano: “Quien está vestido de púrpura o lino finísimo, no se puede vestir de Cristo; y los que se adornan con piedras preciosas, perlas y otras joyas han perdido el adorno dentro del alma”. Por lo tanto, dejemos las pompas, los honores y los adornos, y sigamos a Cristo soportando vergüenzas, para que seamos dignos de ser contados entre aquellos perfectos Apóstoles, de quienes se lee que “partieron alegres después que los sacerdotes y los fariseos los habían hecho azotar públicamente, y les hicieron pasar vergüenza”.

La cuarta vez que fue escarnecido, fue en la cruz, cuando lo despojaron y quedó desnudo para mayor vergüenza. Y como dice san Mateo: los sacerdotes y los fariseos meneaban la cabeza y se burlaban de Él que estaba en la cruz, y lo señalaban con el dedo, y lo insultaban diciendo: “Ese es el que debía deshacer el templo y en tres días rehacerlo, y dice que es el Hijo de Dios. Entonces que descienda de la cruz, y le creeremos”. Y cuando Cristo gritó: “Elí, Elí”, en lengua hebrea, gritaba al Padre diciendo: “¿por qué me has abandonado?”, los soldados de Pilato y las otras personas que no comprendían la palabra, se burlaron diciendo: “A Elías llama este; veamos ahora si Elías viene a liberarlo de la cruz”.

Cristo quiso soportar estos disfraces burlescos para satisfacer nuestra impaciencia en las adversidades. Por eso Cristo en la cruz, no tuvo ni encontró quién le mostrase compasión en sus penas, sino sólo quienes se burlaban de Él. Y cómo sea de grande el sufrimiento por ser escarnecido en tiempo de adversidad, no lo sabe sino quien lo experimenta. Porque así como la compasión alivia la pena, del mismo modo la burla la duplica. Y por eso Cristo se lamentaba en el Salmo, diciéndole a Dios Padre contra los Judíos: “Oh Señor Dios, he buscado a quien me tuviera compasión, y no lo he encontrado”; antes bien me han agregado dolor sobre dolor burlándose de mí. Si bien muchas otras veces durante su vida Cristo fue escarnecido y considerado loco, como ya en alguna parte hemos dicho, fue especialmente escarnecido estas cuatro veces en la cruz.

CAPITULO 20

Sobre los dolores de Cristo.

Y antes consideremos su fina sensibilidad y su inocencia.

En séptimo lugar debemos meditar los dolores de Cristo: puesto que tuvo tantos, que Isaías, profetizando sobre Él, lo llama “el hombre de dolores”, porque estuvo lleno de dolores de los pies a la cabeza, por dentro y por fuera. Por eso dice el profeta Jeremías en persona de Cristo: “¡Oh vosotros todos que pasáis por el camino, mirad, ved y considerad si algún dolor es semejante a mi dolor”.

Y el dolor de Cristo fue más grande y más acerbo, porque no le fue mostrada compasión de parte de los hombres, ni consolación de parte de Dios. Por eso Cristo, estando en la cruz, grita diciendo: “¡Oh Dios Padre! ¿cómo es que me has

abandonado?”. A pesar de que el alma de Cristo fuese siempre bienaventurada y viese a Dios, sin embargo de un modo admirable Dios dejó la parte sensitiva en su pura naturaleza (Cfr. San Juan de la Cruz, “Subida al monte Carmelo”, l. 2, c 7, 11), es decir sin darle consolación ninguna ni dulzura como sí dio a los mártires, los cuales se burlaban de los castigos, como si no los sintieran. Por eso muchos caminaban sobre el fuego diciendo que les parecía caminar sobre rosas. Y si bien muchos mártires fueron al martirio cantando y alegres, como si no sintiesen los castigos (y vivieron en mucho gravísimos martirios), Cristo, en cambio, durante su pasión comenzó a tener miedo y gran angustia. Y estando en la cruz no aguantó con vida sino desde la hora tercia hasta sexta, o quizás hasta nona. Por eso Pilato se maravilló de que hubiera muerto tan pronto. Esto no fue por otra cosa sino porque como yo he dicho, Él no tuvo ninguna consolación, y estuvo colmado de grandes dolores en cuanto al alma según la parte sensitiva, y en cuanto al cuerpo.

Y podemos considerar la gravedad de sus dolores en cuatro puntos. Primero por parte de la persona que sufrió; por parte de los que lo crucificaron; por parte de la clase de muerte, y por parte de la cruz en la que murió.

En cuanto a la persona, soportó y padeció grandes dolores, considerando su sensibilidad y su delicada complexión. En cuanto al cuerpo, digo que la carne de Cristo fue más delicada y mejor constituida que la de cualquier otro hombre: ya que fue formada de la purísima sangre de la virgen María por obra del Espíritu Santo. Y por eso todo castigo le fue más acerbo, pues vemos que un mismo castigo lo siente uno más que otro, en cuanto que tenga una complexión más perfecta; y un hombre delicado siente más un pequeño pinchazo que un zafio rústico una espina que se le haya clavado en el pie; y vemos que más se siente en el ojo una pequeña molestia que en el talón una grande. Y porque el cuerpo de Cristo fue más bello y más delicado que el de todos los otros hombres, cualquier sufrimiento le resultó más acerbo.

En cuanto al alma, debemos considerar su inocencia y su justicia. Que, como dice san Pedro, “Cristo no cometió ningún pecado de ninguna especie”, y sin embargo su muerte fue más injusta y más dolorosa. Porque vemos que un mismo castigo sufrido por alguien que lo ha merecido y por alguien que sea inocente, más lo siente el que es inocente, y tanto más lo siente cuanto más inocente es. Y supongamos que el hombre no haya cometido aquella culpa por la cual es castigado, entonces éste puede pensar que Dios lo haya juzgado por otros pecados suyos, como suele decirse: “un pecado viejo conlleva una penitencia nueva”; y con esto se consuela de algún modo. Pero Cristo no encontraba culpa en Él, ni pequeña ni grande, por la cual debiese ser castigado. Por eso Él, lamentándose por medio del profeta, dice: “Pueblo mío, ¿Qué te he hecho, que me devuelves tanto mal a cambio?”. Y en el Salmo dice: “Pago aquella deuda que yo no contraje”.

Además, supongamos que el hombre padezca injustamente: él tiene gran consuelo cuando ve que la gente le tiene compasión, y consideran que se le ha hecho una injusticia. Pero el dolor de Cristo fue grave por eso: porque todos los hombres le gritaban que Él era pecador y digno de muerte. Y decían a Pilato: “Si éste no fuese un malhechor, no lo habríamos traído ante ti”. Y para mayor dolor suyo y desprecio, Barrabás, conocido ladrón y homicida, fue liberado por aclamación del pueblo; y Cristo fue juzgado por la furia del pueblo, al grito de: “¡mátalo!, ¡mátalo! ¡crucifícalo!”. Y además, para mayor deshonor suyo, y para dar a entender que Él era no solamente

malvado, sino el capitán principal entre los malhechores, fue crucificado en medio de dos ladrones.

Tuvo también dolor de compasión, cuando veía a la madre llorar afligida, y veía que era maltratada por los Judíos, que no la dejaban acercarse a la cruz; y porque la amaba con gran amor, sintió por ella un gran dolor. Pero especialmente tuvo dolor de compasión por los Judíos y otros pecadores, a los que veía de tal manera obstinados en el pecado, que no tendrían participación en el mérito de la pasión. Y este dolor mostró antes de su pasión llorando sobre Jerusalén; y luego lo demostró en la cruz, cuando llorando y gritando rogaba al Padre por los que lo crucificaban. Y que el dolor de la compasión fuese mayor que el de la pasión, se demuestra en que Cristo jamás lloró por su propia pena, sino que más bien lloró por compasión de nuestra culpa y nuestra pena.

CAPITULO 21

Cómo el dolor de Cristo fue gravoso:
considerando la condición y la cualidad de los que lo crucificaron.

Además, el dolor de Cristo se agrava si consideramos la condición de que lo ofendieron, y la de los que lo crucificaron. De cuatro clases de personas recibe el hombre injuria con más dolor que de las otras: de hombres que dice ser amigos; de hombres a quienes se les ha hecho un gran servicio; de hombres considerados religiosos y santos; y de hombres viles e infames. Cristo fue ofendido por estas cuatro clases de personas.

En primer lugar por hombres que aparentaban ser sus amigos, porque fue traicionado y vendido por el discípulo. Fue abandonado y negado por san Pedro, que le hacía grandes promesas diciendo: “Si todos los otros se escandalizaran, yo no me escandalizaré, y estoy preparado para morir contigo”. Fue abandonado por todos los apóstoles, que antes mostraron ser sus amigos y servidores; y le fue penoso no solamente porque fue traicionado sino el modo, que fue bajo apariencia de amistad. Por eso dijo a Judas: “Con el beso me traicionaste”. Y en el Salmo se lamenta de él diciendo: “Si aquél que siempre se mostraba enemigo me hubiese maldecido, habría tenido paz y soportado menos penosamente; pero soy traicionado por ti, hombre, que te mostraste amigo y compañero, y que comiste en mi mesa”. Y por eso me es más gravoso.

Además se agrava este dolor pensando que recibió maltrato de hombres a los que había servido y hecho muchos beneficios, no solamente por predicar la verdad e iluminarla, sino por sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, sanar a los tullidos, iluminar a los ciegos, y haciendo muchos otros milagros para su utilidad; ellos, siendo alimentados por Él en el monte cuando multiplicó el pan y el pescado, quisieron hacerlo Rey, y luego súbitamente se volvieron contra de Él, y todos juntos gritaban al unísono: “¡muera! ¡muera!, ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!”.

Además, fue más penoso este dolor, porque entre esta multitud estaban los principales, es decir los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, que eran hombres doctos y religiosos, y que debían tener discernimiento y calmar al pueblo. Porque cuando el hombre soporta injuria de algún hombre considerado malvado y desalmado, siente alguna consolación en esto, pues considera que mucha gente le tiene compasión y piensa que se le ha hecho injuria; pero cuando el hombre recibe ofensa de un hombre religioso y sabio, de buena fama, la gente común no puede creer que se le haya hecho una sinrazón ni injusticia; antes bien, creen que Él haya sido condenado justamente, es decir por un hombre justo. Y sin embargo el dolor es más gravoso puesto que es con más vergüenza e infamia, y nadie le tiene compasión. Por eso el dolor de Cristo fue sumamente gravoso: porque fue acusado y condenado por hombres de los cuales la gente común tenía buena opinión y los tenían por maestros y jueces, es decir de los príncipes y fariseos: de modo que ninguno podía creer que a Cristo le fuese hecha injusticia, ya que los maestros de la ley lo acusaban por impostor.

Además el dolor de Cristo se agrava por otro motivo, en cuanto que los que lo escarnecían y crucificaron fueron hombres de gran vileza y perfidia, como lo son los esbirros y los soldados que estaban con Pilato, y los peones de los Príncipes y de los sacerdotes, quienes por deseo de complacer a sus señores, como hombres pérfidos que eran, le hacían a Cristo muchos escarnios y muchas cosas crueles y viles. Por eso uno de los ministros, cuando el pontífice Anás le preguntó a Cristo sobre su doctrina, porque respondió: “Yo he predicado abiertamente, pregúntale a aquellos que la han oído”, le dio una fuerte cachetada y le dijo: “¿Así respondes Tú a nuestros pontífices?”.

Y vemos que tanto mayor es la injuria cuanto es hecha por personas viles, y especialmente cuando la persona que la recibe es honorable y de gran dignidad. Y por eso el dolor de Cristo en este sentido fue sumamente gravoso: porque fue engañado, recibió escupitajos, golpeado y maltratado por soldados canallas y hombres muy viles. En resumen, podemos decir que así como Cristo vino a morir por todo el género humano, así para crucificarlo y atormentarlo pareciera que se reunieron toda clase de personas, es decir judíos y gentiles, señores y vasallos, religiosos y laicos, maestros y discípulos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, nobles y villanos, ricos y pobres, y de toda condición y estado. Y puesto que Cristo vino para hacer el bien a todos, de la misma manera recibió mal de todos.

Para agravar el dolor de Cristo sucedió también que el domingo anterior lo habían honrado mucho y lo recibieron con palmas y con ramos de olivos, con cantos y con gran procesión; e inmediatamente cambiaron a lo contrario. Y los que anteriormente lo habían llevado a Jerusalén montado sobre el asno, cantando y gritando: “Bendito es el que viene en nombre de Dios”, luego el viernes lo echaron fuera de Jerusalén con la cruz sobre el hombro, gritando: “¡Muera!, ¡Muera!. Crucifícalo!, crucifícalo!”. Y fue mucho mayor el gentío que lo echó de Jerusalén que el que lo recibió. Y así como el domingo lo recibieron con ramos de olivo en las manos, del mismo modo el viernes lo golpearon con varas y otros azotes. Y así como el domingo se quitaron el manto en honor de Cristo, extendiéndolos sobre el camino, del mismo modo el viernes le quitaron sus vestimentas, y lo dejaron desnudo en la cruz. He aquí cómo el inmediato cambio de honor a deshonor agrava el dolor de Cristo.

CAPITULO 22

De las condiciones perversas que padeció Cristo en su muerte,
y cómo fue vituperosa, acerba y prolongada.

La pena de Cristo fue principalmente dolorosa, si consideramos las condiciones y la calidad de su muerte: porque fue ignominiosa, es decir vergonzosa y acerba, prolongada y prolija. Digo en primer lugar que la muerte de Cristo fue vituperosa; porque en la cruz no se ponían sino a hombres desalmados y malvados, así como hoy no se ahorca sino a los hombres viles. Por eso vemos que hombres nobles y de alto rango, para su menor deshonra, son decapitados. Pero Cristo fue crucificado para mayor vergüenza suya y colocado en medio de dos ladrones, para demostrar que Él era el principal, y para mayor vergüenza suya lo desnudaron. Quien bien pensara esto, no amaría tanto la pompa y el lujo de las vestimentas.

Y si consideramos el lugar y el tiempo, en esto fue mayor la vergüenza de Cristo. El lugar es el monte Calvario, donde se ajusticiaba a los malhechores. El tiempo, porque fue de día y no de noche, y especialmente porque en ese tiempo era la fiesta de los judíos, a la cual venía toda la población del lugar, y una multitud de judíos. Y fue públicamente y a la vista de todos golpeado, escarnecido, despojado de sus vestiduras, crucificado y, para mayor vergüenza y oprobio suyos, fue paseado por las calles. Por eso primero fue llevado ante Anás, de Anás a Caifás, de Caifás a Pilato, de Pilato a Herodes, de Herodes fue devuelto a Pilato con la túnica blanca para burlarse; de la casa de Pilato a la cruz, hacia el monte Calvario, y allí fue elevado en alto y crucificado. Y constantemente el gentío gritaba y lo escarnecía, mientras era llevado así.

Además la muerte de Cristo fue acerba, porque no fue atado a la cruz como los ladrones, sino que fue clavado con gruesos clavos en las manos y en los pies, pues a causa de los nervios (en esas extremidades) se siente más dolor que en cualquier otra parte del cuerpo. Y cuando le fueron clavadas las manos, entonces por el peso del cuerpo se le desgarraron las heridas, y sintió un dolor inconmensurable. Luego, con un grueso clavo le clavaron, para más dolor, ambos pies uno sobre el otro. Y debemos creer, con certeza, que aquellos clavos fueron muy grandes y gruesos, porque el cuerpo de Cristo era grande y fornido, y no se hubiera podido sostener con clavos pequeños. Antes bien, fue necesario que fuesen largos y gruesos, para que penetraran en la madera y sostuvieran firmemente el cuerpo. Por eso produjeron agujeros tan grandes, como se dice en el Evangelio cuando hace referencia a santo Tomás, que Cristo le dijo porque no creía: “Tomás, pon y mete aquí tu dedo”, mostrándole las heridas de las manos. Por lo tanto no debieron ser pequeñas las heridas, si santo Tomás podía meter dentro el dedo.

Además fue acerba, si consideramos la angustia que tuvo la tarde anterior aguardando a ser apresado, que fue tan grande que sudó gotas de sangre; luego fue llevado apuradamente, atado y empujado para que caminara rápido, y fue llevado con la cuerda al cuello, y como podemos suponer, con las manos atadas detrás, ante el pontífice, donde fue golpeado y abofeteado. Y estando allí de pie, fue interrogado, y luego toda la noche escarnecido por los familiares y los esbirros, y le arrancaban la barba; y estando acongojado por tanta fatiga no tuvo lecho ni reposo, sino bofetadas y cachetadas, y luego fue dejado con los guardias, atado toda la noche. Y con esto Cristo

recibió gran injuria, y esto hizo más acerbo su sufrimiento: porque no fue llevado ante Pilato inmediatamente como se acostumbraba; al contrario, puesto que los pontífices y los fariseos habían deseado saciarse todo el tiempo posible, lo retuvieron toda la noche ultrajándolo, burlándose y vejándolo, provocándole dolor, penas y vergüenza.

Y especialmente si consideramos la golpiza cuando fue atado y azotado a la columna. Porque Pilato, creyendo poder liberarlo por este medio, lo hizo golpear duramente y muy cruelmente: creyendo que, con tan cruel sufrimiento, ya que todo el cuerpo estaba ensangrentado, quedaría satisfecho el corazón de quienes lo acusaban. ¡Oh admirable paciencia la de Cristo! Pues sabiendo que no debía ser liberado, no se lo dijo a Pilato para no evitar ser golpeado: porque si Pilato hubiese creído que Cristo no debía ser liberado, no lo habría flagelado.

Cuando fue coronado de espinas, sintió además gran sufrimiento, porque las espinas se le clavaron hasta el cerebro. Además cuando le fue cargada la cruz sobre sus hombros, puesto que estaba muy debilitado y las espaldas estaban totalmente heridas y ensangrentadas a causa de la flagelación, y la cruz le era muy pesada; los soldados lo empujaban para que marchase rápido, pero puesto que Él no podía moverse más rápido, para terminar más pronto, cargaron la cruz a los hombros de un campesino y lo llevaron hasta el monte Calvario; y lo crucificaron, como ya se ha dicho.

Pero sobre todo parece gran crueldad que puesto en tantos sufrimientos, y teniendo grandísima sed, no pudiese tener un poco de agua; en cambio, para mayor sufrimiento suyo le dieron vinagre mezclado con hiel. ¡Oh, qué mal tan grande hay en esto: que Cristo, Rey de Reyes, y señor del cielo y de la tierra no pueda tener un poco de agua y sea dejado morir de sed. Quien en esto pensara, se avergonzaría de embriagarse.

Además, el sufrimiento de Cristo fue prolongado: puesto que por su sabiduría y porque desde el día en que fue concebido tenía presente ante sus ojos y conocía el sufrimiento que debía padecer, de quién y a causa de quién, y cómo y en qué lugar, y en qué tiempo, y todas las circunstancias. Y porque este sufrimiento lo vio desde el comienzo, fue más acerbo y prolongado: porque vemos que un ladrón, ni bien sabe que será ejecutado, comienza a sentir nuevo dolor al presentarse a su imaginación la muerte. Y a pesar de que toda su vida estuviera cargada de fatigas, y de necesidades y de muchas injurias y de miserias, como ya se ha dicho: pero sin embargo la muerte en la cruz fue en sí misma prolongada, porque era una vivencia concreta y real (y no un conocimiento a futuro, como antes lo fuera), y en la que un hombre no moría tan prontamente. Por eso, luego de que fue clavado, vivió en aquel sufrimiento casi hasta la hora de nona. Aunque más bien podemos decir que fue prolongado, porque su martirio comenzó desde la tarde del jueves y duró y creció cada vez más hasta el viernes a la hora de nona, y así lo hicieron morir duramente.



CAPITULO 23

Cómo la pena de Cristo fue gravosa considerando el modo,
que fue sin remedio y total.

Por último debemos considerar la pasión de nuestro Señor en cuanto al modo sin remedio y total. Cualquier otro atribulado, excepto Jesucristo, en sus penas siente o recibe algún remedio de consuelo de parte de Dios o del hombre, como ya se ha dicho; pero la tribulación y pasión de Cristo fue continua y no tuvo remedio ni interrupción o descanso. Y esto lo podemos ver considerando el orden de su pasión, comenzando desde la tarde del jueves, como anteriormente se dijo.

En aquella tarde, Cristo comenzó a tener miedo y a estar triste, a causa de la vívida visión de su muerte, y en su dolor y tristeza sudó sangre. Y en este sufrimiento buscó consolación al menos con los apóstoles, para que lo acompañaran en su vigilia, y no lo hicieron. Por eso, lamentándose dijo: “¿No habéis podido velar conmigo una hora?”, como diciéndoles: ahora se ve el amor que me tenéis. Si bien es verdad que en esta angustia fue confortado por el ángel: ya que la sensibilidad estaba muy atemorizada. Y con este consuelo se fortaleció y dijo: “Padre, que se haga tu voluntad”.

Luego fue apresado y atado, según parece, con una cadena o una cuerda al cuello, con tanta precipitación que, como dice san Bernardo “los pies se tropezaban con las piedras en el camino, y parece que le quitaron el calzado o las sandalias que llevaba, y quedó descalzo”, y así lo llevaron apresuradamente por miedo al gentío. Y una vez que estuvo ante el pontífice, no le dieron tregua ni lo dejaron sentarse y descansar, ni le rindieron honores ni buena acogida; sino que tuvo que permanecer de pie ante el pontífice, e interrogado acerca de su doctrina como si fuera un hereje; y todos lo rodeaban como lobos y perros hambrientos. Y porque Él respondió que la había predicado públicamente, fue golpeado en la mejilla. Y después de muchas preguntas, investigaciones e injurias, yéndose los pontífices a dormir, Cristo permaneció entre aquellos soldados y esbirros, los cuales lo atribularon toda la noche, escarneciéndolo y golpeándolo. Por eso debemos pensar que no durmió.

Y a la mañana, cuando hubiera querido reposar al menos un poco, fue llevado con furia y acusado ante Pilato. Y luego Pilato lo envió a Herodes, habiendo escuchado que era de Galilea; y Herodes lo escarneció y lo devolvió a Pilato. Y Pilato, interrogándolo y no encontrando culpa en Él, lo hizo golpear duramente para satisfacer a los Judíos, y luego soltarlo. Pero no sucedió así, porque Pilato, proponiendo a los Judíos si querían que lo soltara, (puesto que era costumbre soltar un prisionero para la pascua), el pueblo (convocado y enseñado por los pontífices y fariseos) respondió gritando: “No sueltes a Cristo, sino a Barrabás”, el cual era un famoso ladrón y estaba preso por homicidio. Y por eso Pilato lo propuso a él y a Cristo, para que el pueblo, oyendo nombrar a Jesucristo, quien era totalmente bueno, y a Barrabás, que era totalmente malvado, dijera que soltase a Cristo. Pero por el contrario, la multitud gritó diciendo que soltara a Barrabás y crucificase a Cristo.

¡Oh, qué gran desprecio es éste!. Gritando a una sola voz, el dictamen del pueblo pidió que fuera juzgado el santo e inocente, y que el inicuo y homicida fuera liberado.

En todas estas cosas, Cristo no tuvo amigo alguno, ni abogado, ni consejo, ni consuelo, ni reposo ni pausa. Al contrario, inmediatamente Pilato, ubicado en la sede como juez, dictó la sentencia en Su contra, siendo que poco antes había dicho que no encontraba culpa en Él.

Y dictada la sentencia, le cargaron la cruz en sus hombros, sin considerar que no la podía llevar: ¡tan angustiado estaba!. Y luego, viendo que no la podía llevar, la cargaron sobre los hombros de un campesino, y a Él lo llevaron atado con gran furor y a los gritos; y fue crucificado entre dos ladrones, del modo que hemos dicho. Y en todas estas llagas no tuvo ni medicinas ni médico, sino que para más dolor y angustia, y pidiendo de beber a causa de la gran sed que padecía, se le dio vinagre mezclado con hiel, siempre gritándole y maldiciéndolo. Y después que murió por tan grande aflicción, le abrieron el costado con la lanza.

Además, este sufrimiento fue total: porque fue atribulado en la interioridad de su alma a causa de la compasión de la madre, a la que veía tan llorosa; y por compasión por los pecadores, a quienes veía que se condenaban, y no tenían parte en su redención a causa de su malicia. Y por fuera, en cuanto al cuerpo, fue total porque como profetizó Isaías, “desde la planta de los pies hasta la coronilla, estaba llagado y herido”. Por eso los pies, luego de muchas fatigas, le fueron clavados; las manos, primero atadas y luego clavadas; las espaldas, luego de ser flageladas, cargaron la cruz, y sintieron grandes dolores, porque las llagas estaban frescas y la cruz le pesaba; y el cuello cargó la cadena, o quizás la soga; el rostro fue golpeado y escupido; los ojos fueron vendados, y luego tuvo dolor viéndose desnudo entre tanta gente y con tanto furor; las orejas tuvieron sufrimiento oyéndose blasfemar y condenar por falso testimonio, y oyendo el llanto y el lamento de la madre y de las Marías, y el grito de la turba que continuamente lo maldecía; y la nariz tuvo sufrimiento por el hedor del lugar, porque allí estaban los huesos de los malhechores que eran ajusticiados en aquél lugar; la barba tuvo sufrimiento porque le fue arrancada; la cabeza tuvo sufrimiento por las espinas, las cuales le fueron clavadas hasta el cerebro.

Por tanto, la pena de Cristo fue total y universal para todo el cuerpo, y porque fue atribulado universalmente por toda clase de gente, como ya se ha dicho. De modo que es bien verdadera aquella profecía de Jeremías, que aplicamos a Él, de que no hay dolor como su dolor. Además fue universal porque universalmente sufrió toda pena, es decir hambre, sed, frío, calor, cansancio y pobreza. Fue odiado, perseguido, tentado, atribulado, llenado de oprobios, expulsado, amenazado, acusado, atado, abandonado, juzgado con falsos testigos, engañado, avergonzado, vituperado, golpeado, herido, crucificado y muerto. Y en medio de estas infinitas tribulaciones, como dice el Apóstol Pablo, fue tentado en todas las cosas para ejemplo nuestro: sí que podemos decir que en todos los sentidos tuvo una mala muerte. Y sabemos que en Él es verdad aquella profecía de Isaías que dice: “Verdaderamente Él ha cargado y probado todos nuestros dolores y todas nuestras enfermedades”. Pero debemos saber, como ya se ha dicho: “Quien no sigue a Cristo en las tribulaciones y sufrimientos, no entrará en la vida eterna”.

CAPITULO 24

Cómo con estos sufrimientos nos da el ejemplo de virtud,
y satisface por nuestros pecados.

Puesto que, como hemos dicho, vino a satisfacer por nuestro pecado y para darnos ejemplo de virtud, veamos cómo es que con sus sufrimientos a la vez satisface por nuestras culpas y nos da ejemplo de virtud. Para satisfacer por el vicio de la gula y darnos ejemplo de abstinencia, quiso padecer hambre y sed y toda clase de necesidades, ayunar, y al momento de la muerte no tener para beber, como ya se dijo. Para satisfacer por el pecado de la lujuria y de todo desordenado deleite del cuerpo y darnos ejemplo de pureza, quiso fatigarse, y eligió la virginidad, y quiso ser flagelado y clavado, y recibir toda clase de asperezas.

Para satisfacer por nuestra avaricia y darnos ejemplo de generosidad y prodigalidad, eligió pobreza, y quiso ser despojado; y en signo de prodigalidad quiso tener las manos perforadas, y derramar su sangre por muchas partes del cuerpo para nuestra redención. Para satisfacer por nuestra ira e impaciencia, y darnos ejemplo de mansedumbre, vino como cordero manso, como dice Jeremías, y no gritó cuando fue esquilado y matado; y con suma paciencia soportó aquellas persecuciones, oprobios y acerbos dolores, de los cuales ya hemos hablado.

Para satisfacer por el pecado de la envidia y darnos ejemplo de caridad, rogó a Dios por los que lo crucificaron, y soportó tan grande contrariedad por ver liberar a Barrabás, y ver que Él era condenado a ser crucificado, cosa que debería haberlo movido a envidia contra Barrabás. Para satisfacer por el pecado de la acedia y dar ejemplo de perseverancia, quiso que su sufrimiento fuese prolongado y universal, como ya se ha dicho. Y quiso ser crucificado y clavado en la cruz, para mostrar su constancia.

Y debemos saber que san Bernardo dice que el diablo, viendo la persecución y la paciencia de Cristo y su benignidad, dudó si fuese o no el Cristo (el Mesías de Dios); y por eso molestó tanto la mente de la esposa de Pilato, tanto cuando dormía como cuando estaba despierta, para que dijese al marido que no lo juzgase. Y tentó a los Judíos para que dijeran: “Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y te creeremos”, para impedir su pasión. Puesto que sabía por la Escritura que por medio de la muerte del Cristo debía perder el reino y el señorío. Pero antes había provocado su muerte, creyendo quizás que fuese tan sólo un hombre santo.

Pero Cristo, para darnos ejemplo de perseverancia, soportó las burlas y los sufrimientos hasta la muerte diciendo: “Consummatum est”, es decir: he cumplido la obediencia de mi Padre por la salvación de la naturaleza humana

Para satisfacer por el pecado de la vanagloria y de la soberbia, y darnos ejemplo de perfecta humildad, quiso ser avergonzado, infamado, escarnecido y engañado, y se humilló hasta la muerte en la cruz. Y por eso dice san Bernardo: “Habiendo visto y meditado la pasión de Cristo, ¿quién será tan goloso que no ayune? ¿quién será tan lujurioso que no se reprima? ¿quién será tan avaro que no dé limosna?”. Además dice que Cristo es sabiduría del Padre y no puede errar en elegir las cosas mejores y huir de

las miserables. Por lo tanto, ya que Él eligiera pobreza con todas las miserias y tribulaciones, y huyera de toda consolación, es mejor el camino de la aspereza que el del placer. Y hay que huir de quien enseña lo contrario, como de herético y engañador.

De estos tales hay hoy una gran multitud: ya que todo hombre corre por el camino ancho y espacioso del infierno, y abandonan el camino estrecho del paraíso que Cristo nos enseña. Y en verdad, puesto que nadie jamás recorriese el camino del cielo, sino Cristo para llegar a aquél día en que murió en la cruz, más hay que creerle a Él respecto de este camino, que a aquellos que no lo conocen, y que jamás lo recorrieron. Porque nosotros sabemos con certeza que Cristo está en el Paraíso junto a todos aquellos que Lo han seguido; y quien ha caminado por otro camino, terminó mal. Y por eso dice San Agustín: “¡Oh hombre, ve por el camino de Cristo si quieres llegar a la divinidad, porque Cristo es el camino por el cual caminamos, y es la meta y el puerto al cual llegaremos”.

Además, si nosotros le creemos a un médico que dijera que los capones son malos para la salud y que el agua de cebada y la ierapigra son buenas para nosotros, a pesar de que él elija para sí los capones y rechace la ierapigra (porque es amarga), cuánto más debemos creerle a Cristo respecto de las medicinas que Él nos da y enseña, puesto que Él las ha probado a todas y elige para sí lo que nos aconseja a nosotros. Porque como dice san Agustín: “Cristo eligió toda adversidad, para que nosotros no la temiéramos. Y renunció a toda consolación para que nosotros confiáramos más fácilmente en Él”. Por lo tanto con esto se muestra el camino de Jesucristo, es decir de su pasión, la cual está para ejemplo nuestro y para satisfacer por nuestros pecados.

CAPITULO 25

Cómo todos estos sufrimientos
deben movernos a compasión por Cristo y la Virgen María.

Todas estas consideraciones, las cuales nos muestran lo gravoso del dolor de Cristo, deben movernos a tenerle compasión; y especialmente porque no por su propia culpa, sino por la nuestra, y no para su utilidad sino para la nuestra, soportó todas estas cosas. A esto nos induce san Bernardo diciendo: “Mira, oh hombre, cuánto estás obligado a Cristo. Mira el sudor de sangre, las ofensas de las bofetadas, la acerbidad de los flagelos, la corona de espinas, los escupitajos, las burlas, la cruz sobre sus espaldas, el rostro pálido, los ojos lívidos, el brebaje amargo, las manos y pies perforados, la cabeza inclinada, el tumulto del pueblo, el griterío: “¡Crucificalo!, ¡Crucificalo!, la vileza de la muerte, y la ingratitud nuestra, porque se veía morir por los hombres, y ellos no lo reconocen”.

Por eso con esto se agravó fuertemente su dolor, viendo que tan subido precio era conculcado, y no era conocido por los hombres ingratos, por quienes debía ser conocido. Por eso se lamenta diciendo: ¡Oh hombre, yo llevo la corona de espinas, y tú para indignación mía llevas corona y guirnalda de flores. Yo tengo por ti las manos extendidas clavadas en la cruz, y tú las manos sueltas en el baile. Tú llevas vestimentas

engalanadas para honor, y yo estoy vestido de púrpura y de blanco para vergüenza, y luego fui despojado de mis propias vestimentas. Yo extendí los brazos para abrazarte, y tú huyes de mí para abrazar vilísimas creaturas. Yo no tuve ni siquiera agua, y tú te embriagas con variedad de vinos. Yo fui puesto en la cruz, lleno de todo dolor y deshonor, y tú buscas todo deleite y honor. Yo tuve el costado abierto para mostrarte y darte mi corazón, y tú abres tu corazón y lo entregas a las meretrices.

Pero Cristo se lamenta especialmente contra los sacerdotes (clérigos) diciendo: “Los bienes de la Iglesia que yo adquirí con mi propia sangre, tú los consumes en banquetes, lujuria y grandes comilonas. Lo que yo adquirí con las manos clavadas, tú lo derrochas y lo juegas con las malas compañías. Lo que yo adquirí estando desnudo en la cruz, tú lo derrochas en una cama cómoda y vestidos lujosos. Lo que yo adquirí con oprobios y tormentos, tú lo consumes con excesos destemplados. Yo estuve lleno de lamentos, y tú te deleitas con cantos e instrumentos. Yo subí a la cruz para rescatarte, y tú abandonas el oficio divino, montas a caballo y vas a cazar pájaros”. Además dice que debemos compadecernos mucho de aquél que nos ha dado su carne como alimento, y la sangre como bebida, y las espinas como ornamento, el sudor para medicina, el agua para lavarnos, y la sangre y la vida para redención.

Contra los sacerdotes prebendarios y fiesteros, dice san Bernardo: “Mucho me maravillo de estos prelados de la Iglesia, porque no sé a qué orden pertenecen. Teniendo en cuenta que todo estado y orden tenga en este mundo alguna fatiga y algún deleite, hay sacerdotes que participan de todos los deleites y huyen de toda pena. Se quieren adornar como las mujeres y andar bien vestidos; pero huyen de la vergüenza, la honestidad, los dolores y las preocupaciones. Quieren, como nobles caballeros, los mejores caballos, cetrerías, y estar en los grandes banquetes; pero no quieren ir con ellos a la batalla. Quieren, como los campesinos y los trabajadores de la tierra, los frutos y la gran cosecha, pero no quieren transpirar ni trabajar; ya que de todo estado y orden manotean el placer y esquivan la fatiga. Y porque no pertenecen a orden alguna, se van al lugar donde no se encuentra orden, es decir al infierno”.

Además, a gran compasión debe movernos si consideramos el llanto de la Virgen María, cuando estaba junto a la cruz. Por eso dice san Bernardo: “¿Cómo podría un pecador ser tan de hierro, cómo un corazón tan de piedra, cómo una mente tan dura, que no debiera moverse a compasión considerando, oh dulcísima madre, tus lágrimas y tu dolor y tu pena, cuando veías a tu amadísimo hijo inocente soportar tan vergonzosas y acerbísimas penas?. ¿Cómo podría un corazón pensar, y cómo una lengua expresar tu dolor y tu llanto, tus suspiros, tus sollozos, tus gemidos, tu angustia, cuando estando junto a la cruz veías a tu amado hijo ser tan maltratado?. Viéndolo desnudo, no pudiste vestirlo; viéndolo sediento no pudiste darle de beber; viéndolo injuriado no pudiste defenderlo; viéndolo infamado no pudiste argumentar en su favor; viéndolo lleno de escupidas no pudiste limpiarlo; viéndolo herido no pudiste vendarlo; viéndolo alzado en lo alto no pudiste tocarlo. Viste y encontraste bien cumplida la profecía de Simeón, que dijo que el cuchillo de su pasión traspasaría tu alma”.

No sentiste dolores de parto, pero en la muerte el dolor arreció sobre ti. La alegría se cambió en llanto, y el gozo que tenías en Él se cambió en tormento, al perderlo. Cuando Él dijo: “Mujer, he ahí a tu hijo” ¡cuánto mal te pareció recibir a cambio!: perdiste a Dios y tuviste al hombre; perdiste al maestro y tuviste al discípulo; tuviste al siervo en vez del señor; al imperfecto y culpable, a cambio del perfecto e inocente”. Se dice que

en Constantinopla está la piedra sobre la cual lloró la Virgen María e inclinó la cabeza en la cruz; y en ella todavía aparecen signos de esto, es decir de las lágrimas como si estuvieran frescas.

Además, mucho debe conmovernos el amargo llanto de aquella santa pecadora, Magdalena, viendo y considerando su fervor, sus palabras y su lamento, su diligencia para visitar el sepulcro, llevar los unguentos y llorar en el sepulcro. Ardía de amor, y por eso se quebraba de dolor; y luego de haber visto el sepulcro vacío, aún miraba allí dentro para ver si Lo veía; miraba alrededor y preguntaba, ya que, como dice san Gregorio, “la fuerza del amor multiplica la búsqueda y la diligencia”. Preguntaba al jardinero y no se consolaba hasta que no encontró a Aquél, al único que amaba.

Además, ver y oír el llanto de las otras Marías, y de muchas mujeres que iban detrás llorando y golpeándose y acompañaban a la Virgen María, y ver la gente que volvía golpeándose el pecho, y el Centurión confesando y diciendo: “Verdaderamente este era el Hijo de Dios”. Ver a san Pedro llorar y tan dolido de corazón por la pasión de Cristo y por su propio pecado. Además la alteración de las creaturas, el sol oscurecido, las piedras despedazadas, el velo del templo dividido en dos partes, los sepulcros abiertos, y muchas otras cosas que toda alma fiel por sí misma puede pensar, y no es necesario escribir de todas; porque quien ama puede saber pensar en esto sin otro maestro.

CAPITULO 26

Cómo por la virtud y las muchas utilidades de la Cruz,
tenemos motivos de verdadera alegría,
y motivos para huir de la vanagloria.

Puesto que hemos considerado los sufrimientos de la cruz de Cristo, para tener dolor y compasión, ahora consideremos el fruto, para tener por esto alegría. Y puesto que el fruto de la cruz, nos libera totalmente de todo mal y nos dona todo bien, y por consiguiente nos dona perfecta alegría: no podemos menos que (para decirlo de una forma más abierta y ordenada), a semejanza de la causa de la alegría del mundo, ver la causa de nuestra perfecta alegría que debemos tener, considerando el fruto de la cruz. Y por eso, como vemos que los hombres del mundo se alegran cuando sus enemigos son derrotados, y cuando han conquistado algún territorio, o reconquistan el que habían perdido, cuando son liberados de una gran servidumbre y de grandes peligros, cuando se han emparentado y casado con gran honor, y en general por toda gran prosperidad; del mismo modo y por esta semejanza, nosotros, que no tenemos nuestros corazones en el mundo vano, debemos dejar para el mundo vano la vana alegría, y debemos buscar en la cruz la alegría perfecta.

Y en primer lugar debemos alegrarnos considerando que nuestros enemigos, es decir los demonios, están derrotados por la virtud de la cruz. Por eso Cristo, llegando el tiempo de la pasión dijo: “Hoy para siempre el príncipe de este mundo será echado afuera”. Y además compara al diablo con un hombre fuerte armado, que poseía su tierra en paz, es decir el mundo, como si nadie le opusiera resistencia; y se compara a Sí

mismo con el más fuerte, el cual lo vence y le arrebató el territorio y las armas, es decir el señorío del mundo y la astucia y la potestad, armado con la cual dominaba el mundo. Y respecto a esto dice el Apóstol san Pablo que derrotó y alcanzó victoria (en sí mismo y con el sufrimiento de su propia persona) sobre los príncipes y las potestades de este mundo, es decir sobre los demonios, y les arrebató el señorío del mundo, y los despojó.

Y esto se demuestra porque hoy los demonios no tienen aquél señorío que solían tener para entrar en los hombres, y tentarlos tan duramente como solían hacerlo. Por eso leemos que antes que Jesucristo viniera de la Virgen María, que en una cierta ciudad había más endemoniados de los que pueda haber hoy en una comarca. Y además, todo el mundo estaba lleno de ídolos y de maleficios, de magos y hechiceros de demonios, los cuales por la virtud de la cruz fueron exterminados y han perdido toda eficacia.

De esta victoria contra los demonios dice san Agustín: “Cristo con las manos desarmadas y clavadas en la cruz, ha derrotado las potestades del aire, es decir a los demonios que habitaban en este aire caliginoso”.

Además debemos tener gran alegría considerando que Cristo, por el mérito y por la virtud de su pasión, ha reconquistado para nosotros el territorio de vida eterna, es decir el paraíso, y ha entrado en posesión de él. Y esto lo demostró cuando después de la resurrección, queriendo subir al cielo dijo a sus discípulos: “Yo voy a prepararos el lugar”, como diciendo: voy a entrar en posesión de la vida eterna para vosotros. Alegraos, porque ella es para vosotros. Y para mostrar esto, ante la vista de los apóstoles, subió al cielo con nuestra naturaleza y con nuestra carne; y esta humanidad de Cristo está colocada por encima de todos los órdenes de los ángeles.

Porque si pensáramos en esta dignidad y grandeza, nos avergonzaríamos de envilecer y someter nuestra naturaleza a la lujuria y a cualquier otra inmundicia de pecado, pues ella reina con Cristo en el cielo y está exaltada por encima de los ángeles. Por eso dice san Pablo: “¡Oh hombre! ¿Acaso harás tú de los miembros de Cristo miembros de meretriz?. Como diciendo: sería algo muy horrible. Y Cristo, para darnos más confianza (según dicen algunos santos), llevó consigo a los santos patriarcas, sacándolos del Limbo con el alma y con el cuerpo; de modo que nuestros hermanos están ya en posesión del cielo, aguardándonos.

Y de la Virgen María, su madre, se cree con certeza que ella, como madre nuestra, nos prepara y conserva el lugar, y ruega continuamente a su Hijo que nos haga dignos de subir allá arriba. Y Cristo, como dice san Pablo, estando a la derecha del Padre, siempre ruega a Dios por nosotros. Considerando esto san Bernardo decía: “¡Oh hombre!, puedes comparecer seguro ante Dios, teniendo tan buenos abogados: porque la Madre muestra al Hijo el pecho que lo amamantó, y el Hijo muestra al Padre las llagas que llevó por nosotros, e interceden y abogan por nosotros y ruegan por los pecadores”. Por eso san Juan Evangelista dice: “Cualquiera que haya pecado recurra a Cristo, que es nuestro abogado en el cielo para mendigar para nosotros la remisión de nuestros pecados”. Tenemos, por lo tanto, motivos de gran consuelo y alegría, porque estamos en posesión del cielo; y Cristo, nuestro padre, maestro y hermano, con su madre la Virgen María, reinan allí y ruegan por nosotros a Dios.

Además debemos alegrarnos porque, por el mérito de la pasión de Cristo, ha sido pagada nuestra deuda, y estamos liberados de la servidumbre del diablo y del pecado.

Por eso dice san Pablo que “el pagaré de la deuda, es decir de la sujeción por la cual el hombre estaba sujeto al diablo a causa del pecado, Cristo lo ha clavado en la cruz”. E hizo al mundo lo que se hace cuando el hombre paga la deuda, y así cancela la escritura de la obligación y servidumbre. Por eso, si Cristo por su muerte no nos hubiese hecho otra cosa más que liberarnos de la servidumbre del diablo, no habríamos podido satisfacerle por más que cada día ardiésemos en fuego por Él, considerando el peligro de esta servidumbre, y el modo de la liberación, y nuestra indignidad. Por eso dice san Agustín: “Cristo vendido nos rescató, muriendo nos dio vida, y vituperado nos dio honra”.

Además debemos alegrarnos porque no solamente hemos sido liberados de la servidumbre del diablo, del pecado y de la deuda que tenemos con el infierno; sino más bien, también por Cristo hemos sido elevados y exaltados a ser hijos y amigos de Dios, y hermanos suyos y herederos, como dice san Pablo. Y san Pedro dice que somos Reyes y sacerdotes gracias a Cristo.

Por eso san León Papa dice: “¡Oh hombre, reconoce tu dignidad!, pues has sido hecho partícipe de la divina naturaleza: mira de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro, es decir de Cristo. Abre tu mente y presta atención (Siat a mente), que porque Cristo nos ha arrancado de la potestad del diablo, tú has sido trasladado a la luz y al reino de Dios. No te sometás más, pues, al yugo del diablo, porque el precio (que se pagó por tu redención) fue la sangre de Cristo. Y piensa que Aquél que te mostró tanta misericordia rescatándote, si no reconoces un beneficio tan grande, te juzgará con mucha exactitud y precisión”. Y san Máximo dice: “Alégrese todo hombre, pecador y justo, convirtiéndose a Cristo: el pecador, porque está invitado a la paz y se le ofrece la misericordia; y el justo, porque se acerca a la gracia”. Y san Pablo dice: “Meditad, hijos, el beneficio de Dios, ya que por Él fuisteis liberados del pecado, por el cual no tendríais fruto alguno de santificación, es decir de pureza de vida y de conciencia y, finalmente, la vida eterna”.

Grande, pues, es la alegría que debemos tener, considerando tales frutos y beneficios hechos a nosotros por la muerte de Jesucristo; porque por ella estamos libres de todo mal de culpa y de pena, y tenemos todo bien de gracia y de gloria, y fuimos exaltados, honrados y engrandecidos a ser hijos y herederos de Dios. Y en señal de que fuimos exaltados, encontramos que en el antiguo testamento el ángel se dejó adorar por el hombre; pero después de la encarnación de Cristo, dice san Juan que queriendo él adorar a un ángel que le mostraba una visión, el ángel no se dejó adorar y dijo: “Levántate y no hagas esto, porque yo soy tu igual”, es decir no soy mayor que tú, sino que soy tu par. Por lo tanto, he aquí que podemos ver claramente que la cruz atrae y ordena nuestro amor, odio, dolor y alegría.



CAPITULO 27

Cómo la Cruz atrae y ordena nuestro temor.

Ahora queda por ver cómo Cristo en la Cruz ordena y atrae el temor y la esperanza. Y primero veamos sobre el temor. Y para que podamos verlo mejor, hagamos la clasificación de las diversas especies del temor, que son siete.

El primero es el temor mundano, por el cual el hombre teme perder honores, riquezas u otra prosperidad del mundo; y esto es siempre malo. Por este temor temían los Judíos que viniesen los romanos y tomaran represalias si dejaban a Cristo predicar y aglutinar gente; porque creían que Él quería hacerse Rey. Además, por este temor Pilato temió perder el dominio si dejara libre a Cristo, porque los Judíos lo amenazaban y decían: “Si tú lo liberas, no eres amigo del Emperador”. Por este miedo lo condenó a muerte de cruz, a pesar de que antes hubiese dicho que no encontraba en Él ni causa ni culpa, queriendo satisfacer a los Judíos. Este temor, por el cual el hombre teme perder la prosperidad del mundo, hizo crucificar a Cristo, y generalmente es causa de muchos males y pecados.

El segundo temor se llama humano, cuando el hombre por miedo al castigo o a la muerte ofende a Dios. Y con este temor temió san Pedro cuando negó a Cristo, y todos los apóstoles cuando huyeron.

El tercer temor es natural, cuando el hombre naturalmente teme y huye de cosas horribles y contrarias a su naturaleza. Con este temor temió Cristo; porque todo hombre teme naturalmente la muerte. Considerado en sí mismo este temor no es ni bueno ni malo. Pero si por este temor el hombre obra mal o deja de hacer el bien, se convierte en temor humano y es pecado. Pero cuando el hombre lo vence por su buena voluntad, adquiere la virtud de fortaleza y gran mérito. Como hizo Cristo que, queriendo mostrar que tenía verdadera naturaleza humana y débil como nosotros, temiendo naturalmente la muerte dijo: “Padre, si ello es posible, quita esta muerte de mí”. Pero venciendo el temor con la virtud agregó: “Que no sea mi voluntad, sino más bien la tuya”.

El cuarto temor es el temor servil, por el cual el hombre, temiendo ser condenado y golpeado por Dios o por hombre, se cuida de actual mal y hace lo que le es ordenado. Este temor, suponiendo que nos frene del mal obrar, siempre es con vicio de mala voluntad. Por eso dice san Gregorio: “Quien por miedo no peca es soberbio, y no odia ni deja el pecado por respeto a Dios, antes bien lo haría gustoso si no temiera ser castigado”. Y san Agustín dice: “En vano se considera vencedor del pecado quien no peca por miedo”; ya que dentro reina la mala voluntad, y seguiría la obra si no temiese ser castigado. Y con esto quiero mostrar que sólo por amor de Dios y por caridad se debe evitar el mal y hacer el bien: porque sin esta caridad el hombre no se salva.

El quinto temor se llama inicial, es decir que comienza a ser con caridad; y aunque tenga miedo del castigo y del juicio, se fija principalmente de no ofender a Dios y de servirlo por caridad.

El sexto es el temor filial, por el cual el hombre teme ofender a Dios por miedo de caridad, así como el buen hijo teme molestar al padre, aún suponiendo que no será castigado.

El séptimo es temor de reverencia, por el cual los santos en el cielo, conociendo la gran magnificencia y la inmensidad de Dios lo reverencian, y como que vuelven dentro de sí mismos con admiración, meditando su propia nada y la grandeza de la bondad de Dios.

Estos dos últimos temores son perfectos y de gran gozo. Por eso dice Salomón: “El temor de Dios deleita el corazón, y da alegría y gozo”. Todos los otros son con sufrimiento: porque el miedo siempre es con sufrimiento en aquellos que temen según aquellas especies de temor. Y este último es eterno, como dice el Salmista: “El temor de Dios es santo, permanece in saeculum saeculi”, es decir por la eternidad. Todos los otros son en el tiempo, porque en aquella vida no se puede temer ni ofensa de Dios ni daño propio; pero en el infierno los condenados siempre temen, y aquello que temen les suceda, les sucede siempre.

El primero y el segundo temor, es decir, el mundano y el humano, Cristo los quitó del corazón de sus amigos por la virtud de su cruz, infundiendo el espíritu de caridad perfecta (como hemos dicho): porque por su ejemplo hace despreciar el castigo, el sufrimiento y la muerte. Por eso dice el apóstol Pablo que: “Jesucristo, por su muerte, destruyó y derrotó al diablo, quien por el pecado tenía el señorío sobre la muerte; y liberó a los que por miedo a la muerte servían al pecado”. Y Jesucristo dijo en el Evangelio: “No temáis a quienes solamente pueden matar el cuerpo”. El tercer temor, es decir el natural, Cristo nos enseña a ordenarlo y vencerlo, como ya se ha dicho; y nos da ejemplo en Él cuando dijo al Padre: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

El cuarto temor, el servil, Cristo lo expulsa cuando, mostrándonos la muerte en la cruz, hace que dejemos el mal y hagamos el bien sólo por caridad. Por eso San Juan dice: “El temor servil no está en la caridad, y la perfecta caridad lo expulsa”, porque es con sufrimiento; para significar que la perfecta caridad sirve con gozo y por amor a la virtud y no con sufrimiento ni por miedo al sufrimiento.

El quinto temor, el inicial, llega a su perfección porque cuanto más el hombre mira la Cruz, más puramente comienza a amar, y no mira más que por el honor de Dios; de modo que llega a ser hijo, y pasa al sexto temor, es decir al filial en el cual el hombre no solamente no rehuye la pena, sino que más bien la desea para mayor honor de Dios. Y para poder servir bien a Dios, no se cuida ni de pena, ni de muerte, y se expone a todo peligro: porque más le disgusta y se aparta de la ofensa a Dios que cualquier otro padecimiento.

El séptimo temor comienza en esta vida y perdura, pero en la otra recibe la perfección.

Es verdad que por la consideración de la cruz, el temor servil crece en los corazones de los perfectos, porque considerando que Dios es tan justo que, si bien pudiese por su generosidad perdonar al hombre su pecado, quiere, sin embargo, que se observe la justicia. Y porque no quiso perdonar a su propio Hijo, que se ofreció como pagador del hombre, el hombre pecador teme aún más fuertemente, pensando: si Dios, para que el

pecado fuese castigado, quiso que Cristo fuera crucificado y no lo perdonó, aún mucho más no me perdonará a mí. Y esto lo mostró Cristo, cuando se volvió hacia las mujeres que lloraban, diciéndoles: “Hijas de Jerusalén, no lloreis por mí sino por vosotras, y por vuestros hijos. Porque si al leño verde le hacen así, ¿qué no le harán al seco?”. Como diciendo: si el fuego de la tribulación ha penetrado tanto en mí, que soy verde y fructífero con todo fruto de virtud, y sin pecado, ¿cómo arderá entonces el leño árido, es decir el pecador, sin la savia de la gracia, y sin fruto de virtud?. Como diciendo que arderá más y será más atribulado.

Y aquí demuestra que, si bien su sufrimiento fuese grande, será mucho mayor el de los pecadores, y sin fruto, en la otra vida, como vemos que es mayor la llama y más pronto arde el olivo seco, o bien el leño seco que el verde. Esto es lo que deberían pensar los pecadores obstinados que dicen: “La misericordia de Dios es grande”, y por eso pecan con esta esperanza. Pero debemos saber que así como es grande la misericordia de Dios, así de grande es su justicia, como dice san Gregorio: “Aquél que promete recibirte en cuanto te vuelvas hacia Él, no te promete que vivas hasta mañana”.

Estos tales que pecan por la esperanza en la bondad de Dios, están malditos y condenados. Por eso dice la Escritura: “Maldito aquél que peca por la esperanza en la bondad de Dios”. Y dice Salomón: “La vana esperanza ha condenado a muchos”. Y san Pablo dice: “¿Acaso no sabes, hombre, que la paciencia y benignidad de Dios te debe inducir a penitencia, y a obrar mejor?”. Por eso si por su bondad te vuelves peor, provocas la ira de Dios y el juicio contra ti. Por lo tanto mucho es de temer y vana es la esperanza de la misericordia de Dios para quien quiere aún pecar; porque vemos que Dios es tan justo, que por no dejar impune el pecado, crucificó a Cristo, su Hijo.

CAPITULO 28

Cómo por la Cruz se ordena y crece nuestra esperanza.

Puesto que el hombre (a causa de la prolongada servidumbre del pecado) no pensaba poder huir de la mala costumbre, y (a causa de la prolongada guerra que había sostenido con Dios) considerando que porque Lo había ofendido no podría confiar en sí mismo, (entonces) para dar consuelo y seguridad al hombre Dios le mostró (como hemos dicho) el signo de mayor amor que pudiera mostrarse, entregando la vida por él y venciendo al enemigo, y arrancando al hombre de su servidumbre. Por lo tanto, a causa de la muerte de Cristo, el hombre tiene esperanza, o más bien certeza de la paz hecha con Dios, y que la deuda de su pecado está pagada por Cristo. Y por eso, amando y conociendo tan gran beneficio, se arroja entero en las manos de Dios y, esperando en Él a Él se confía, abandonando la esperanza y el amor de toda creatura.

Y porque el hombre alguna vez quiere desesperarse a causa de los muchos y abominables pecados, o por la larga costumbre de obrar mal, Cristo, llegado el tiempo de su pasión mostró (para ejemplo nuestro) que podemos esperar en su bondad, por más pecadores que seamos. Por eso a san Pedro que lo había negado, mirándolo, tanto le dio la gracia de la contrición y tanto lo perdonó, y para consolarlo le demostró un amor

particular después de la resurrección. Por eso el ángel dijo a las Marías, que habían ido al sepulcro: “Id y decid a sus discípulos y a Pedro, que Jesucristo ha resucitado”. Pedro fue nombrado personal y particularmente en signo de gran amor; e inmediatamente se le aparece antes que a los otros, y luego lo hizo el primero de la Iglesia.

Y para dar esperanza a los pecadores, también al ladrón en la cruz (el cual había perseverado en el pecado hasta la muerte), porque confesó que era pecador y dijo que Cristo era justo, y que él estaba crucificado con justicia y Cristo injustamente, lo perdonó y le dijo: “En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso”. Longino, el que lo hirió con la lanza (que estaba casi ciego, según dicen algunos santos), al bajar la sangre por la lanza le tocó la mano; y él (porque Dios quiso), poniéndose la mano en los ojos, fue iluminado no solamente en el cuerpo, sino también en el alma. Y así convertido hizo penitencia, y al final fue decapitado por la fe de Cristo.

Además, estando Cristo en la cruz rogó por los que lo crucificaban; y luego a la Magdalena (que había sido una gran pecadora y muchas veces la perdonó), se le apareció antes que a los Apóstoles. Y con esto nos mostró un signo de amor no común. Todas estas cosas inducen a gran esperanza.

Además, para mostrar su misericordia, Cristo, predicando, puso la semejanza del padre del hijo pródigo, el cual se había ido por el mundo, viviendo lujuriosamente; volviendo en sí volvió al padre, y el padre lo recibió sin reproche alguno y le hizo honores; y la del hombre que buscó la oveja extraviada, y la de la mujer que buscó la dracma perdida; y concluyendo dijo: “En verdad os digo, que como estos se alegran encontrando la cosa perdida, así es de grande la alegría en el cielo por un pecador que haga penitencia”. Por eso Él comía, bebía, y conversaba con publicanos y con pecadores para poder atraerlos hacia sí. Por lo tanto, mostró su misericordia viviendo, consolando, perdonando y recibiendo a los pecadores; pero más la mostró muriendo por los pecadores, y rogando por los que lo crucificaron.

Considerando esto, san Pablo dice: “Vayamos con confianza al trono de la gracia de Dios para mendigar misericordia y gracia”.

Y san Juan dice: “Quien se sienta pecador, recurra a Cristo, que es nuestro abogado y nuestra justicia”. Y por eso san Bernardo dice: “Señor, por la gran misericordia y mansedumbre que de Ti se predica, detrás de Ti corremos nosotros pecadores, habiendo oído que no desprecias a los pecadores. No has rechazado a la Magdalena, ni a Zaqueo, ni a Mateo. No rechazaste a Pedro, ni al ladrón de la cruz. En el perfume de esta misericordia, corremos hacia Ti”.

Y san Pablo dice que Cristo, como ya se ha dicho, ruega por nosotros mostrando sus llagas a Dios Padre. Por eso, una de las causas por la cual Cristo quiso que en su cuerpo permanecieran los estigmas, fue para mostrarlos siempre al Padre: de modo que viendo cuán caro le costaron los pecadores, los salve y los proteja; y lo escuche rogando por nosotros. Por eso, queriendo mostrarnos su caridad, dice por el profeta Isías: “Yo te tengo escrito en las manos”, como diciendo: nunca jamás podré olvidarte. Y llama escritura a las cicatrices. Y por el mismo (profeta) le dice al alma: “¿Acaso podría la madre olvidar, como para no tener misericordia del hijo?”. Como diciendo: parece imposible. Pero, queriendo mostrar que nos ama más tiernamente que cualquier madre, agrega: “Supongamos que ella se olvide: yo jamás me olvidaré de ti”.

Grande es, pues, nuestra esperanza y nuestra confianza, dice san Agustín; porque ruega por nosotros el que ha muerto por nosotros. El juez que debía dictar sentencia contra nosotros se ha convertido en nuestro abogado. Y dice también: “¡Oh pecador, no te desanimes; Cristo te buscó y vino por ti cuando eras impío e inicuo. ¿Acaso tú crees que te abandonará ahora, que te ha encontrado y te ha reconciliado?”.

Y san Bernardo dice, impersonando al pecador: “Pequé un grave pecado: se turbará la conciencia por contrición, pero no se turbará por desesperación, porque recordaré las llagas de mi Señor”. Además dice: “No por mi mérito sino por la misericordia de Dios, es que no puedo ser pobre en méritos, confiándome a la riqueza de su misericordia”. Por eso, habiendo sido san Bernardo arrebatado al juicio de Dios, y acusado y atemorizado gravemente por el diablo, que le mostraba ser indigno del paraíso por sus faltas, le respondió audazmente: “Reconozco y acepto que no soy digno por mi propio mérito de poseer la gloria del paraíso, pero Cristo mi Señor, en quien espero, lo posee por dos razones: por herencia del Padre en cuanto es Dios, y como hombre por mérito de la pasión; a Él le basta poseerlo por la primera razón, a mí me lo concede bondadosamente por la segunda; ya que por mérito de su pasión presumo y espero poseerlo”. Ante estas palabras, el enemigo desapareció y quedó confundido.

Además dice: “¿qué cosa puede ser tan grave como para que no nos perdone?, porque Cristo derramó la sangre para lavarnos de nuestros pecados. ¿Qué pecador podrá desesperarse?, porque misericordia encontraron los que crucificaron a Cristo, y quisieron arrepentirse”. Si Judas no se hubiese desesperado, Cristo lo hubiera perdonado. Además dice: “Gritan los clavos y gritan las heridas, y a través de las llagas del cuerpo se me muestra el secreto del corazón, y los clavos se me han hecho llave, para que yo abra y entre y vea la misericordia de Aquél que nos visitó viniendo de lo alto a nuestra bajeza”. Además dice: “Yo sé que aquél a quien me he confiado y en quien me he respaldado es bueno, porque con gran caridad me ha hecho su hijo adoptivo; y es veraz porque mantiene la promesa, y es poderoso para poder mantenerla”. Por lo tanto, toda nuestra esperanza está en la Cruz, es decir en la pasión de Jesucristo, el cual, dice san Pablo, ha sido enviado por Dios como “nuestra sabiduría, y como justicia, y como santidad y redención”.

Por eso, aunque el hombre sea pobre es rico por Cristo, si en Él se respalda y en Él espera, ya que, como dice san Pablo, Él es rico para todos los que en Él esperan. Y aunque al hombre le parezca ser rico de muchos méritos, nada tiene si no espera principalmente en la riqueza de la pasión de Cristo.

Por eso dice san Agustín: “Yo sé, Señor mío, que sólo aquellos que confiesan su pobreza, serán enriquecidos por ti. Porque quien se confíe en la riqueza de sus méritos, será excluido de tu riqueza, justicia y gloria”. Por lo tanto, toda nuestra esperanza está en la Cruz, por la cual nuestro enemigo fue vencido, y nosotros fuimos liberados y justificados. Por eso, por esta esperanza la Iglesia ruega ser escuchada por Dios Padre a causa de Cristo, concluyendo al final de las oraciones: per Christum Dóminum nostrum. Como diciendo: por nosotros mismos no somos dignos de ser escuchados, pero te rogamos por Cristo, que es tu Hijo y nuestro Señor, que sabemos que tanto amas, que no nos puedes negar lo que por Él te sea pedido.

Y, como dice san Pedro: “no hay otro nombre en el cielo, en la tierra ni bajo la tierra, en el cual podamos ser salvados”, sino en el nombre de Jesús, que significa Salvador. Por eso el ángel le dijo a José: “Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados”.

Y no hay que creer que Cristo (que es suma sabiduría y bondad) deje fácilmente que nos perdamos, ya que nos rescató con tanto aprecio. Y por eso dice san Pablo: “Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡cuánto más ahora, que hemos sido hechos amigos, seremos salvados de la ira gracias a Él!”. “Y si por el pecado y por la desobediencia del primer hombre todos hemos nacido hijos de la ira y pecadores, mucho más por la obediencia y por la virtud de Cristo estamos justificados”.

Por lo tanto, he aquí cómo por medio de la meditación (consideración) de la cruz, es atraído y ordenado nuestro amor contra el odio, el dolor contra la alegría, el temor contra la esperanza: de modo que todo nuestro afecto sea atraído sólo por Él, y apartado de toda creatura.

CAPITULO 29

Cómo en la Cruz se ilumina nuestro intelecto para conocer a Dios.

Ya que hemos visto que nuestro afecto, con todos sus movimientos, es atraído y adiestrado por la Cruz, veamos ahora cómo nuestro intelecto es iluminado, como hemos dicho. Una de las causas principales de la encarnación y de la muerte de Cristo fue para iluminar al hombre, el cual estaba enneguecido por su propia malicia y por el afecto desordenado, puesto que había perdido la luz del intelecto. Es por eso que Cristo vino como luz para enseñarnos el camino de la verdad y de la virtud, y que este camino consistía en huir de la prosperidad y de la alegría de cualquier cosa temporal y elegir la adversidad, y nos dio ejemplo, como hemos dicho.

Pero veamos aquí especialmente, cómo Cristo en la cruz nos dio el conocimiento de Dios y de nosotros mismos, que es el conocimiento más útil y necesario que podamos tener. Por eso san Agustín se dice a sí mismo: “¡Oh alma mía, haz a Dios una oración la más útil y breve que puedas”; y escribe esta oración diciendo: “Oh Señor mío, Tú que no cambias, hazme conocerte, y hazme conocerme”. Éste útil conocimiento nos dio Cristo en la cruz.

En primer lugar veamos cómo por la cruz podemos conocer a Dios, en cuanto a la bondad, y en cuanto a la sabiduría, y en cuanto a la potestad, y en cuanto a la justicia. En cuanto a la bondad lo conocemos porque mostró al hombre el mayor signo de amor que pudiese mostrarse, como ya se ha dicho; y cómo su amor fue puro, grande, útil y fuerte. Ya había mostrado Dios un gran amor por el hombre creándolo a su imagen y semejanza, y haciendo a todas las creaturas irracionales para su servicio; pero mucho

más amor le demostró dándosele a sí mismo, tomando forma de siervo, es decir nuestra naturaleza vil y miserable, en la cual murió por nosotros.

En la creación el hombre fue hecho a la imagen de Dios, pero en la encarnación Dios tomó nuestra forma y nuestra semejanza, con verdadera carne pasible y mortal, en la cual sufrió muerte por nosotros. Y por eso dice san Bernardo: “Por sobre todas las cosas y todos los beneficios que jamás hayas hecho por mí, ¡oh buen Jesús!, el cáliz de la pasión, que bebiste por mí, hace que Tú seas digno de que te ame. Este beneficio atrae y alegra más dulcemente nuestro amor, más justamente lo reclama, y más fuertemente lo abraza y lo inflama. Digno es, por lo tanto, de morir quien se niegue a ir hacia Ti, oh Jesús”. Además dice: “Mira, ¡oh hombre! cuánto te ama Dios, y considera el beneficio que te ha hecho. Tu Dios te ha hecho, e hizo muchas cosas por ti y por último se hizo una sola carne para hacer contigo un solo espíritu”. Además dice: “En la primera obra, es decir cuando me creó, me dio todas las creaturas; en la segunda obra, es decir en la redención, Se dio a mí; y dándose a mí, me rescató, puesto que yo estaba perdido y vendido al pecado. Por lo tanto, estoy obligado a Dios porque me hizo, y porque me rehizo; pero tanto más porque Se dio a mí, cuanto Él vale más que yo, y quiso morir por mí”. Por lo tanto, no tengo con qué retribuir sino con la voluntad, y la daré con todo lo que puedo para amarlo porque Él me rescató con todo Él. Y esta es la mayor cosa que pueda darle, porque lo que se da por amor, nunca puede retribuirse bien sino por amor.

Y Hugo de san Víctor dice: “¡Oh alma, considera que tu Señor creándote te hizo su esposa; y tú como adúltera abandonaste a tu creador, y fornicaste amando la creatura; por ella perdiste tu dignidad y tu belleza. Pero Él para volver a elevarte allá arriba de donde habías caído, humildemente descendió aquí abajo donde estabas abatida, para devolverte aquel bien que habías perdido. Benignamente vino a soportar el castigo de la cruz, el cual era tu deuda forzosa. Por eso descendió a nosotros, mortales, y tomó nuestra mortalidad y soportó la muerte; venció al enemigo y restauró al hombre. Piensa, entonces, cuánto ama Aquél que por su muerte te ha dado vida, y soportó amargos tormentos para librarnos de los tormentos eternos”. Por lo tanto, Cristo en la cruz te mostró y te dio a conocer su bondad.

Además, nos da conocimiento de su poder, porque muriendo venció al demonio. Por eso dice san Agustín: “Con la mano desarmada y clavada en la cruz, ha derrotado y vencido a los demonios”. Por eso, en señal de victoria, descendió al limbo y llevó consigo a los santos patriarcas. Y podemos decir que Cristo mostró su poder naciendo, viviendo, muriendo, resucitando y ascendiendo. Naciendo, porque milagrosamente salió de nuestra gloriosa Señora, la Virgen María, sin quitarle la virginidad. Viviendo, haciendo muchos milagros, y especialmente resucitando a los muertos y expulsando a los demonios. Muriendo, destruyó con su muerte a la muerte y despojó el infierno, según lo había dicho Jeremías el profeta: “Oh muerte, yo seré tu muerte; oh infierno, yo seré tu mordedura”. Se llama mordedura, porque de lo que el hombre muerde una parte la deja, y otra parte se la queda. Así Cristo mordió el infierno, dejando a los condenados y llevándose a los santos patriarcas.

Y en signo de su poderío, cuando llegó la turba para apresararlo, Cristo dijo: “¿A quién buscáis?, y ellos respondieron: Buscamos a Jesús el Nazareno”. Y diciendo Cristo “Ego sum”, inmediatamente cayeron todos por tierra a causa del pavor. Por eso dice san Agustín: “Cristo, pasible y mortal, con una palabra arrojó por tierra a la turba que venía a apresararlo. Por lo tanto, si actuó así debiendo ser juzgado, ¿qué no hará cuando venga a

juzgar?"; como diciendo que se mostrará mucho más terrible. Resucitando, mostró su poder saliendo del sepulcro cerrado. Y ascendiendo, porque subió al cielo por su propia virtud.

Además mostró su sabiduría en la cruz, porque como ya se ha dicho en el cuarto capítulo, eligió el más sabio y más conveniente modo que pudiera hacerse para restaurar al hombre, y especialmente para darle motivo de perfecto amor. Y porque el diablo había engañado a la primera mujer, él mostró su sabiduría engañándolo. Por eso quiso nacer de mujer desposada, y tomar carne con todos sus defectos, para que el diablo no lo conociese. Por eso, si bien el diablo alguna vez, cuando veía a Cristo realizando algún gran milagro creyese que fuera Dios, inmediatamente después viéndolo tener hambre, sed, y las otras miserias nuestras, creía que fuese solamente hombre, y así jamás tuvo perfecto conocimiento de Él.

Y como dice san Gregorio: "Así como se pesca con el anzuelo poniendo la carnada a la vista del pez, del mismo modo Cristo atrapó al diablo con el anzuelo de la divinidad, mostrando la carnada de la humanidad, y el diablo haciéndola crucificar, perdió la posesión sobre el hombre". Porque el diablo no conoció a Jesucristo sino cuando todos los santos patriarcas fueron liberados, y el infierno fue despojado. Y puesto que nuestro señor Jesucristo, por la virtud de su pasión liberase al hombre de la pena y de la culpa, nada menos que por su inestimable sabiduría quiso que el hombre permaneciera aún en las miserias, en las tentaciones y en las enfermedades de este mundo, para que, como dice san Gregorio, el hombre fuese más humilde y manso, y tuviese siempre necesidad del socorro y de la ayuda de nuestro Señor Dios, y deseara más fervientemente aquella vida bienaventurada, llena de jovialidad y alegría eternas; para que por una parte le atrajese el deseo de aquel bien, y por la otra parte lo apremiara el aguijón de estos males.

Y esto lo hizo el Altísimo Dios por su gran y desmesurada sabiduría: que si vemos que padeciendo el hombre tantos males y tantas tribulaciones cuantas hay hoy en esta vida, sin embargo no quiere salir (de ella); mucho más si estuviese libre de estos males desearía quedarse, y no querría oír ni acordarse de Dios, ni de los santos ni del paraíso.

Además podemos decir que en la cruz la justicia de Dios se muestra en todas sus formas. La justicia se divide en tres formas: justicia vindicativa, que consiste en castigar; conmutativa, que consiste en no engañar y satisfacer las deudas; y distributiva, que consiste en distribuir a cada uno bienes y honores, según cómo cada uno es digno. En la primera forma, Dios mostró en Cristo su justicia, tomando venganza del pecado en Él mismo; y mostró que tanto le disgustaba el pecado que, si bien hubiera podido perdonar libremente, sin embargo quiso que fuese hecha venganza y justicia por su muerte.

En la segunda forma, mostró su justicia pagando al diablo por el hombre un precio mayor del que debía recibir, es decir su sangre. Porque aunque el diablo poseía injustamente al hombre, ya que lo había engañado y se lo había quitado a su señor y dueño, sin embargo pagó un precio tan alto para que no pudiera quejarse, y liberó al hombre: porque mayor cosa fue que Jesucristo fuera muerto, que si todos los hombres del mundo fueran condenados.

En la tercera forma Cristo mostró su justicia distributiva, distribuyendo a cada uno según su mérito. Por eso dice san Agustín: “Cristo, pendiendo en la cruz, distribuyó las gracias e hizo su testamento. A los Apóstoles dejó su paz y la persecución del mundo; a la madre dejó el discípulo; al ladrón el paraíso; a los soldados las vestimentas; a Dios Padre el alma; a José (de Arimatea) el cuerpo”. Por lo tanto, en este testamento Cristo mostró su justicia distributiva.

CAPÍTULO 30

Cómo en la Cruz podemos conocernos a nosotros mismos,
tanto en cuanto a la culpa como en cuanto a la dignidad;
allí conoceremos todas las cosas universalmente

Además nos da el conocimiento de nosotros mismos en cuanto a la culpa y en cuanto a la dignidad, lo cual principalmente nos conviene conocer en nosotros. La gravedad de nuestra culpa se demuestra por la gravedad de la pena que le corresponde. Por eso dice san Bernardo: “¡Escucha, oh hombre!, cuán graves son tus heridas, por las cuales fue necesario que Cristo fuese herido. Ciertamente que si no hubiesen sido mortales y no te hubieran conducido a la muerte sempiterna, Cristo no hubiera sido muerto para liberarnos”. Y dice san Agustín que cuando por todo el mundo el hombre yacía gravemente enfermo, entonces vino el gran Médico Cristo. Además dice: “Si la mancha del pecado no hubiera sido horrible y abominable, no hubiera sido necesario que Cristo la lavara con su propia sangre”. Por eso dice san Juan en el Apocalipsis: “Él nos ha lavado de nuestros pecados en su sangre”. Por eso quien bien considerara este lavado, tendría mucho temor de pecar.

En cuanto a la dignidad, estando aún Cristo en la cruz, nos dio el conocimiento de nosotros mismos. Y por eso dice Hugo de san Víctor: “Dios es tan sabio que no habría dado algo tan grande por el hombre, si no fuese grande su dignidad; por eso ya no quiero seguir considerándome vil, puesto que Dios me ha querido tanto que ha dado su Hijo por mi redención”. Por eso dice san Pedro: “Nosotros no hemos sido rescatados con oro, ni con plata, ni con nada corruptible, sino con la preciosa sangre del cordero immaculado, Cristo”. Y san Pablo dice: “Habéis sido rescatados a un gran precio: por eso nos os envilezcáis al someteros a los hombres contra Dios; y glorificad y portad a Dios en vuestro corazón y en vuestro cuerpo”. Como diciendo: vivid dignamente, para que Dios tenga gloria. De la dignidad del hombre dice san Jerónimo: “Grande es la dignidad del hombre que, ni bien ha nacido le es dado un ángel para custodiarlo”. Y san Pablo dice que “todos los ángeles son nuestros ministros, para procurar nuestra salvación”.

Pero como el hombre no se valoraba ni conocía su dignidad, quiso Dios demostrársela encarnándose y muriendo por él. Por eso dice san Agustín que “si bien en todas las cosas y en todo tiempo Dios procurase la salvación del hombre, ninguna cosa hizo al hombre de tanto beneficio como la encarnación y la muerte; por la cual le mostró

perfectamente cuánto aprecio le tenía, y cuán noble fuese por sobre toda creatura”. Por eso no hay duda de que, por la encarnación de Cristo, el hombre es de más dignidad que el ángel. Porque ahora se puede decir con verdad, que Dios es hombre y el hombre es Dios. Por eso debemos pesar y medir al prójimo con esta medida y peso de la Cruz, para que le tengamos mucho aprecio, y mucho más a Aquél que, porque nos tenía mucho aprecio, quiso ser vilmente vendido. Y por eso dice san Bernardo: “Pesa a tu prójimo con el peso de la Cruz, y que no te sea vil aquél a quien Dios tiene tanto aprecio”. Y por eso debemos tener cuidado con escandalizar a nuestro prójimo. Por eso dice san Pablo: “Mira de no perder, con tu mal ejemplo, a aquél por quien Cristo ha muerto”.

Pero hoy pensamos poco en esto, porque los hombres tienen mucho más cuidado de los perros, los pájaros y los caballos, que de sus familiares y prójimos, y por un pequeño beneficio no se ocupan de la salvación de sus prójimos y de sí mismos. Por eso muy verdadera es la sentencia del filósofo: que nada tenemos por tan vil como a nosotros mismos. Y esto es muy verdadero porque por mucho menor precio del que daría por su perro, el hombre da su alma al diablo. Por lo tanto gran pecado es y cosa inicua considerarnos tan viles, y considerar vil a Aquél que nos ha rescatado a tan alto precio.

Además podemos decir que en la cruz Cristo nos muestra la excelencia de la gloria del paraíso, y la magnitud de las penas del infierno. Que si en el infierno no hubiera grandes sufrimientos, no hubiese sido necesario que Cristo sufriera tantas llagas para liberar al hombre. Por eso dice san Bernardo: por la consideración del remedio, conozco la magnitud de mi pecado.

Además para demostrar que nuestra condenación era algo grave, Cristo jamás lloró por su propio sufrimiento, pero sí por nuestra culpa, llorando sobre Jerusalén y en la cruz por nuestra culpa y condenación. Además lo demostró cuando dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí sino por vosotras y por vuestros hijos”. Como diciendo: suponiendo que mi pena sea grande, mucho mayor será la de vuestros hijos, que me crucificaron.

Además para mostrar que la gloria del paraíso fuese grande, Cristo se hizo clavar para abrirnos la puerta, la cual estaba cerrada por el pecado. Y Dios Padre para mostrar hasta qué punto son grandes las nupcias del paraíso, mandó a su propio Hijo para invitarnos. Por eso Cristo, ni bien comenzó a predicar dijo: “Haced penitencia, porque el reino de los cielos se aproxima”. Y para darnos alguna idea, se transfiguró en el monte y mostró un poco de su gloria. Y luego, en muchos pasajes del Evangelio habló de la gloria de la vida eterna; especialmente cuando dijo a los Saduceos que después de la resurrección los hombres serían como ángeles en el cielo. Grande pues es esta gloria, que para mostrárnosla y dárnosla Cristo vino a morir.

Además nos muestra la vanidad del mundo y de los amigos mundanos en esto: que en el día del domingo antes de la pasión, Él fue llevado a Jerusalén con tanto honor, que todo el pueblo gritaba: “¡Hosanna, bendito el que viene en nombre de Dios, Rey de Israel!”. Y caída la tarde, no encontró quién le diera de cenar. Y como ya se dijo, fue traicionado por el discípulo, negado por san Pedro, abandonado por todos los discípulos, y con el mayor deshonor echado fuera de Jerusalén con la cruz sobre sus espaldas, siendo que antes lo habían hecho entrar con honor; y fue crucificado por aquéllos a quienes tanto había servido. Así es como claramente nos mostró la vanidad del mundo y la falsedad de los amigos mundanos.

Además nos mostró cómo la virtud es algo excelente, especialmente la humildad y la caridad, y para enseñárnoslas descendió del cielo a la tierra. Por eso dice san Agustín: “Cristo no dijo: aprended de mí a hacer milagros, ni a gobernar el mundo, ni a anunciar las cosas que vendrán, sino aprended de mí a ser humildes y mansos”.

Por lo tanto podemos decir que la cruz es como una balanza, como dice Job, en la cual se pesa lo que cada cosa vale, y es un espejo en el cual se conoce todo: es decir a Dios, en cuanto a la bondad, potestad y sabiduría; el estado de nuestra alma, tanto en cuanto a la culpa y en cuanto a la dignidad; la vanidad del mundo; la excelencia de la gloria de Dios y la gravedad de la pena eterna; la gran utilidad de la virtud, y todas las otras cosas que hemos dicho. Así, todo intelecto humano puede hacer el ejercicio de estudiar y pensar estas cosas, dejando de lado todo otro estudio y todo otro pensamiento. Y ninguno está excusado como para decir: yo no sabía; porque Cristo nos mostró todo abiertamente.

Por eso dice san Pablo: “Quien no conoce a Dios, no será conocido”, es decir que quién no se preocupa por conocer las cosas de Dios, no será conocido por Dios. Y habla contra algunos que no saben porque no quieren saber, antes bien están contentos de no saber, creyendo por esto que están excusados. Pero, como dice un sabio: “Doblemente peca aquél que por malicia no sabe le corresponde saber”.

CAPITULO 31

Cómo la Cruz debe estar siempre en nuestra memoria,
por las muchas utilidades que siguen a quien en ella piensa.

Después que el alma prueba por experiencia la virtud de la Cruz, y se siente atraer e iluminar en ella, ya no quiere pensar en otra cosa ni se puede deleitar en otra, y dice con la esposa en el “Cantar”: “Mi amado es un ramo de mirra, y quiero que habite en mi pecho”, es decir en mi memoria, para significar que así como la mirra es amarga y medicinal, así también la memoria de la pasión de Cristo es amarga por compasión, y medicina sanadora de todas nuestras enfermedades.

Y esto fue figurado en el libro de “Los números”, donde se dice que por el pecado de la murmuración y de la impaciencia, mandó Dios al pueblo judío pequeñas serpientes muy venenosas, y morían todos aquellos a quienes mordían. Por eso rogando el pueblo misericordia, le ordenó Dios a Moisés que hiciera una serpiente de metal, y la pusiera en lo alto de un palo, y cualquiera que habiendo sido mordido por las serpientes, mirase aquella serpiente elevada, sería sanado. Por esta serpiente colocada en lo alto del palo, que parecía serpiente pero no lo era, en verdad se significa a Cristo, quien sobre el madero de la cruz y puesto entre dos ladrones, parecía pecador pero no lo era; ni tenía veneno de pecado, y quien lo mirara y meditara con el ojo del amor, inmediatamente sería sanado de toda mordedura y tentación de pecado, y recibiría paz en toda tribulación. Por eso dice san Gregorio: “Si llevásemos en la memoria la pasión de Cristo, ninguna cosa sería tan dura que humildemente no la soportásemos”.

Además, la memoria de la sangre de Cristo libera y preserva al hombre de la ira de Dios. Y esto fue figurado en el Éxodo, donde se dice que, queriendo Dios mandar una gran plaga sobre el Faraón y sobre todo el pueblo de Egipto, y matar a todos los primogénitos y liberar al pueblo de sus manos, para que el ángel que debía ejecutar este juicio no golpease a los hijos de Israel, que habitaban en Egipto, mandó Dios que tuvieran algún signo que los distinguiera de los otros; y este fue la sangre de un cordero inmaculado, el cual significaba a Cristo. Por eso dijeron que cada uno debiera tener un cordero inmaculado en su familia, y matarlo, y marcar con la sangre el dintel por arriba, ambos costados y el umbral por debajo, para que pasando el ángel de Dios golpease a los primogénitos de Egipto, y no tocase allí donde viera la sangre.

Por esta sangre, colocada de este modo, dice san Gregorio que debemos entender la sangre de Cristo (que es cordero inmaculado, muerto por nosotros) en el corazón, en la memoria y en los sentimientos; para que bebiéndola en el Sacramento la amemos con todo el corazón; y debemos llevar el signo de la cruz en la frente y confesarlo libremente, para que seamos liberados de las manos del Faraón, es decir del diablo, y salgamos de Egipto, es decir del mundo, y nos libremos de la persecución del ángel, es decir del juicio de Dios.

Además dice san Juan en el Apocalipsis que habiendo Dios ordenado a cuatro ángeles arrojar plagas sobre la tierra y sobre el mar, entonces llegó otro ángel que tenía el signo de Dios vivo, por el cual se significa a Cristo con el signo de la cruz; y les ordenó que no dañaran la tierra ni el mar hasta que no signara a los siervos de Dios en la frente, y que no tocaran ni dañaran a los signados. Y en esto nos demuestra Dios que el que está signado con el signo de la cruz, no será tocado por el ángel castigador.

Además es necesario tener continua memoria de la pasión de Cristo, para que su amor continuamente persevere en nosotros: porque ninguna cosa hay que encienda tanto la caridad, cuanto considerar este beneficio de la pasión de Cristo. Por eso dice san Bernardo: “Todo fiel devoto Cristiano debería, al menos una hora al día reflexionar y traer a su memoria la pasión de Cristo, para alegrarse e inflamarse ardientemente por tan gran beneficio. Por eso Cristo en la cena del jueves santo estableció los sacramentos de su cuerpo y de su sangre, y los dio a los discípulos, y les dijo que debían usar este sacramento para tener memoria de Él”.

¡Oh inmensa bondad de Dios!, que quiere que siempre lo llevemos en la memoria, no para su utilidad sino para la nuestra, de modo que acordándonos de aquella sangre por la cual fuimos lavados y limpiados del pecado, seamos fervientes para amarlo, y fuertes en la batalla, y estemos preparados para derramar nuestra sangre por Él, cuando fuese necesario. Y esto fue figurado en el libro de los Macabeos donde se narra que, en cierta batalla en la cual había elefantes que portaban almenas de madera, mostraban a los elefantes la sangre de los muertos, la cual excita y enardece a los elefantes; y de este modo combatían más valientemente, porque estaban totalmente enardecidos. Combatiendo nosotros así en la batalla espiritual, recordando la sangre de Cristo derramada por nosotros, nos haremos fuertes, como por muchos ejemplos se podría mostrar y que ahora no los doy, para ser más breve. Pero san Bernardo dice: “El valiente caballero de Cristo no siente sus heridas mirando las heridas de su Señor”.

Por eso Cristo, debiendo mandar a sus discípulos a predicar, prediciéndoles que debían tener muchas persecuciones, les mostró las manos y el costado abierto para animarlos a la batalla, y confortarlos para que no tuviesen pavor en la tribulación. Y ciertamente es cosa conveniente que tengamos continua memoria de Él, porque Él la tuvo de nosotros. Por eso Él, como ya se ha dicho, le dice al alma por medio del profeta Isaías: “Yo te llevo escrita en las manos”: ya que ha conservado las cicatrices de las manos y las otras llagas, y las muestra a Dios Padre abogando por nosotros. Por lo tanto debemos tenerlo siempre en la memoria, para que nuestro amor crezca siempre y se alimente en Él.

Y esto fue figurado en el “Levítico”, en donde se dice que Dios mandó que en su altar siempre ardiese el fuego; y que para que no se apagase, el sacerdote viniera cada mañana y agregara leña, y así el fuego fuese perpetuo. Exponiendo esto dice san Gregorio: “Este altar es nuestro corazón, en el cual el sacerdote, es decir cada fiel cristiano, debe agregar leña y encender el fuego y alimentarlo, es decir pensar allí cada día en los beneficios de Dios, y especialmente el de la pasión y todo lo que pueda avivar y nutrir el amor”. Y porque principalmente la Cruz es la que nos representa el amor de Dios por nosotros, mucho hay que meditar para que lo amemos.

Por eso Salomón nos exhorta diciendo: “No olvides la gracia del fiador que ha puesto la vida por ti”, de Cristo, que se hizo pagador a Dios Padre por nuestro pecado, y pagó por nosotros la deuda que no podíamos pagar. Y el profeta Jeremías dice al alma, impersonando a Cristo: “Acuérdate de mi trasgresión y de mi pobreza y amargura”. Y llama trasgresión al amor ferventísimo que Él nos mostró en la Cruz, el cual supera todo otro amor.

He aquí, por lo tanto, según nos propusimos hacer, cómo está demostrado por las cosas que hemos dicho, que Cristo en la Cruz atrae hacia Sí nuestro corazón, es decir el afecto con todos sus movimientos: amor, odio, dolor, gozo, temor y esperanza; y el intelecto iluminado por Él, es decir por su bondad, potestad, sabiduría y justicia; y por nosotros, es decir por nuestra culpa y dignidad, y por toda otra cosa necesaria; y ocupa la memoria para que todo el corazón esté ocupado en Él.

CAPITULO 32

Cómo Cristo está en la Cruz como hombre enamorado y como caballero armado.

Puesto que Dios se acercó al hombre por amor y por caridad, podemos considerarlo como un hombre enamorado que va a ver a su amada. Porque como suelen vestirse los enamorados con vestidos de colores y llevar guirnalda de flores en la cabeza para ir a ver a su amada, así Cristo quiso estar vestido de púrpura y tener una guirnalda de espinas en señal de amor. Suelen llevar en sus manos naranjas y rosas, y Cristo llevó las llagas color sangre. Suelen andar cantando dulces y atractivas palabras, y Cristo estuvo en la cruz gritando y diciendo palabras de tanto amor y de tanta dulzura, que deberían atraer todos los corazones; de esas palabras hablaremos más adelante. Suelen mostrar la

bolsa abierta para dejar a la vista el dinero, y Cristo tuvo el costado abierto para mostrarnos su corazón. Por eso dice san Bernardo que, por la herida del costado se manifiesta el secreto del corazón y se ve la benignidad del corazón de Cristo.

Suelen tener en sus pies calzados lujosos, y Cristo tuvo los pies perforados y ensangrentados. Suelen extender los brazos para abrazar, y mostrar otros signos de amor, y todo esto lo mostró Cristo más claramente. Por eso dice san Bernardo: “Mira, oh alma, a tu esposo con la cabeza inclinada para saludarte; la boca cerrada para besarte; las manos extendidas para abrazarte; los pies clavados para estar contigo; el costado abierto para darte su corazón; y todo el cuerpo dispuesto para amarte”.

Además, ya que Cristo vino a liberar el alma, que era su esposa, de las manos del diablo que la tenía como adúltera, podemos decir que vino armado como caballero para combatir, como suelen a veces combatir dos enamorados por una misma amada. Por eso subió a caballo sobre la cruz; las espuelas fueron los clavos en los pies; la lanza fue la caña que tuvo en mano; el manto bermellón fue la carne ensangrentada; el yelmo bien hundido en la cabeza fue la corona de espinas clavada hasta el cerebro; la espada que tuvo al flanco fue la herida del costado; los guantes fueron las llagas de las manos. Así armado vino este nuestro salvador para quitarle al diablo el señorío que tenía sobre el hombre. Y, como dice san Agustín, “con la mano desarmada y clavada en la cruz derrotó a los demonios”. Por eso en el Evangelio, como ya se dijo, Él se comparó con el más fuerte que atacó por sorpresa al fuerte que custodiaba su ciudad en paz, y lo expulsó y lo derrotó: porque vino como fortísimo a derrotar al demonio, que poseía fuertemente al mundo.

Por lo tanto, maravilla será que Cristo no sea amado por nosotros: porque si por deuda debemos dar nuestro amor, no hay nadie a quien estemos tan obligados; si por venta, nadie hay que pague tanto; si por agradecimiento, ninguno hay con quien debamos ser más agradecidos; si por fuerza, nadie hay que nos haga tanta fuerza. Por eso san Agustín dice: “Señor mío, ¿quién soy yo para Ti que me amenazas con darme tantas miserias si no te amo? Mucha y gran miseria es no amarte, y no sé qué cosa peor pueda pasarme”. Por eso Agustín y muchos otros santos dicen que mucha mayor pena es para los condenados haber perdido a Dios, que estar en el infierno; y mucho más querrían estar en el infierno viendo a Dios, que estar fuera sin verlo. Por lo tanto, puesto que Cristo reclama nuestro amor por fuerza, por amor, por halagos y por ruegos, no seamos tan viles de no dárselo.



CAPITULO 33

Cómo Cristo en la Cruz se asemeja a un fuelle
para avivar el fuego;
y de las siete palabras que dijo en la Cruz.

Por lo tanto, puesto que al reflexionar sobre el Crucifijo se aviva el fuego del amor de nuestro corazón, podemos asemejar a Cristo en la Cruz a los fuelles con los cuales se aviva el fuego material. Los fuelles no son otra cosa que una piel clavada entre dos maderos, con un sopladero en el extremo. Consideremos de esta manera la piel de Cristo clavado en la cruz, es decir sobre dos maderos: considerando la piel clavada y estirada, vemos que sale el soplo por la boca del extremo, por el cual se aviva el fuego: es decir que por las palabras de su boca, que salían cuando estaba en la Cruz (si hemos hecho bien esta reflexión), se aviva en nosotros el fuego del amor.

Y encontramos que Cristo dijo en la cruz siete palabras de gran amor. La primera fue palabra de compasión, cuando dijo a la madre que lloraba al pie de la cruz: “Mujer, he ahí a tu Hijo”; y dijo a Juan: “He ahí a tu madre”. Cristo tenía gran compasión por el dolor de la madre, porque la amaba inmensamente de corazón; pero tanto más era el amor por nuestra salvación, que no dejó de realizarla en la cruz a pesar del estado delicado de la Madre dolorosa; sin embargo la Virgen María no hubiera querido que Cristo no muriese, ya que tanto y tal fruto se lograba por medio de su muerte.

La segunda palabra es de gran benignidad y misericordia, cuando dijo al ladrón: “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”. Dice san Ambrosio que el ladrón consideraba sus iniquidades, y tenía como algo muy grande que Cristo, de alguna manera, se acordara de él; y la benignidad de Cristo le dio más de lo que pedía, diciéndole: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Suele recordarse un proverbio que dice: donde está el Papa, allí está Roma. Y así puede decirse: allí donde está Cristo, allí está el paraíso, ya que verlo y conocer su divino poder es vida eterna. De este modo el ladrón fue con Cristo al paraíso ya que conoció su divinidad, y fue bienaventurado; pero no subió al cielo sino después de cuarenta días con Cristo y con los santos patriarcas. De este ladrón dice un santo: “Fue maravillosa la virtud de este ladrón. Él creyó cuando los otros perdieron la fe. Él confesó a Cristo cuando Pedro lo negó. Él lo excusaba cuando los Judíos lo acusaban. Este ladrón dio a Cristo todo lo que tenía libre, es decir, el corazón y la lengua, ¡cuando los otros le quitaron todo lo que pudieron! ¡Que gran fe!”. Este pedía el reino a Aquél que veía morir como ladrón; y parecía dolerse más por la pasión de Cristo que por la suya propia, diciendo que la pena de Cristo era injusta, y la suya justa.

La tercera palabra fue de perfectísimo amor, cuando rogó a Dios por los que lo crucificaban y por los enemigos, los cuales en ese momento lo estaban matando. Es considerada una perfección muy grande cuando el hombre perdona la ofensa recibida en tiempo pasado, y ruega por los que lo han ofendido; pero mucho mayor es rogar por aquellos por los cuales el hombre es ofendido en el momento presente: porque la injuria presente y el dolor fresco dan motivo de mayor impaciencia. Por eso vemos que muchos, cuando reciben la ofensa, se enojan y odian a quien les hace mal, y luego cuando están calmados reflexionan y se humillan para perdonar la injuria. Por eso

estando Cristo en la cruz, rogando por los que en ese momento lo crucificaban, mostró su gran perfección: porque sintiendo los golpes y los dolores de las llagas, oyendo los gritos y las burlas, y oyendo a toda la turba contra Él, no se impacientó sino más bien rogó a Dios por ellos, y más se dolía por el pecado de ellos que de su propio sufrimiento. Y por eso dice san Bernardo: “¡Oh desmesurada benignidad!, ¡Oh ferviente amor!. Los Judíos gritaban: ¡Crucifica!, y Cristo grita: Padre, perdona”. Además dice: “Cristo flagelado, engañado, escarnecido, coronado de espinas, clavado en la cruz, saturado de oprobios, afligido por la sed, olvidando todo su dolor, ruega por quienes lo crucifican”.

La cuarta palabra fue de gran dolor, cuando dijo: “¡Oh Dios mío!. ¿Por qué me has abandonado?”, mostrando en esto que Él tenía un gran dolor sin ninguna consolación. Y por eso tanto mayor debe ser nuestro amor, cuanto por nosotros soportó mayor dolor. De cómo debe entenderse esta palabra, ya lo hablamos en el vigésimo capítulo.

La quinta palabra es de gran fervor cuando dijo: “Sitio”, es decir tengo sed. Está bien creer que Él tuviese sed corporalmente, pero mayor sed y deseo tenía por nuestra salvación; y por eso dijo: “Tengo sed”, es decir tengo deseo de la salvación humana. Y en esto quiere darnos a entender que nos amaba más de lo que podía demostrar. Porque aunque nos mostrase el más perfecto amor que pudiese, muriendo por nosotros, sin embargo esta obra fue finita, y no pudo mostrar lo infinito con una obra finita. Y por eso dijo: “Sitio”, como diciendo: tengo mayor ardor, fervor y deseo en el corazón de lo que se pueda mostrar por obras.

La sexta palabra fue de gran reverencia cuando dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”; como diciendo: mira cómo el cuerpo es tratado por la obediencia que me diste; ahora te ruego que recibas mi espíritu.

La séptima fue de gran alegría, cuando al último dijo: “Consummatum est”, es decir está cumplida la obra de la salvación humana; esta obra fue realizada soportando hasta la muerte con gran perseverancia. Y parece que habla como hombre que ha cumplido con una obra bella, en la cual tuvo muchas fatigas y muchos impedimentos. Y luego, cuando hubo cumplido todo ministerio, confortándose dice: ahora está cumplida la obra que me impuso mi Padre, contra la voluntad de aquellos que querían impedirlo. Y así Cristo, habiendo cumplido su obediencia de obrar nuestra salvación, y habiendo soportado fuertemente los impedimentos y los escándalos que según el mundo lo podían apartar de este bien, como fueron los grandes dolores, las burlas y nuestra ingratitud, como llenándose de alegría dijo: “Consummatum est”; como diciendo, he cumplido la obra de la redención humana, y cumplidas están aquellas cosas que están escritas de mí, contra la voluntad de los que me lo han querido impedir, y de aquellos que decían que yo descendiera de la cruz.

Por lo tanto, vemos que Cristo en la cruz, como si fuera un fuelle para avivar el fuego en nuestros tibios corazones, nos dijo estas siete palabras con su boca, como salidas por la boca del fuelle. Por eso dice la esposa en el “Cantar”: meditando en esto mi alma se ha derretido oyendo hablar a mi dulcísimo esposo. Podemos decir con verdad, si lo meditamos, que estos fuelles tenían tantas bocas cuantas heridas tuvo Cristo: por las cuales espira y nos infunde su espíritu, y enciende de amor nuestros corazones. Pero hoy es tanta nuestra dureza, que no nos preocupamos por esto. Por eso dice san Bernardo, lamentándose contra los duros pecadores: “¡Oh endurecidos y

obstinados pecadores!, ¿Cómo no os enciende a mucha benignidad la llama del amor de Cristo, que vino a morir en la cruz por nosotros, que somos tan viles?”.

CAPITULO 34

Cómo Cristo en la Cruz espira el don de sabiduría,
de intelecto, de consejo y de fortaleza.

Y puesto que el Espíritu Santo fue dado por Cristo en forma de aliento, cuando sopló y dijo a los Apóstoles: “Recibid el Espíritu Santo”; podemos decir que por este soplo de estos fuelles, no solamente se inflama el fuego del amor, sino que también espira los siete dones del Espíritu Santo: es decir el espíritu de sabiduría, de intelecto, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor; espira estos dones por todos los agujeros y aperturas de sus llagas.

En primer lugar digo que espira el espíritu de sabiduría. Sabiduría, según una de las acepciones, no es otra cosa que un dulce sentimiento y suave sabor que el alma siente contemplando a Dios, sentimiento que es atraído a amar y deleitarse en Dios, y tener fastidio por las cosas del mundo. Y por eso en la Cruz se muestra la dulzura del amor de Dios hacia nosotros, y la excelencia de la gloria que Cristo en la cruz rescató para nosotros. El alma perfecta es atraída tan dulcemente a amar a Dios, que todas las otras cosas le son amargas y fastidiosas y sólo en Dios se deleita.

Este don tenía san Agustín, y decía: “Señor mío, Tú infundes en mí, alguna vez, un afecto inusitado, y una dulzura que traspasa todo bien de esta vida, y querría estar siempre así, pero no puedo, y prontamente recaigo en estas miserias de aquí abajo”. Y gustaba espiritualmente esta dulzura meditando la dulzura y el desmesurado amor de Cristo en la Cruz. Por eso de él se lee que, al principio de su conversión, no se saciaba de la admirable dulzura, considerando la excelsitud del consejo de Dios para la salvación del hombre, es decir que por medio de la cruz quiso salvar al hombre. Por lo tanto, Cristo en la Cruz espira el don de la sabiduría, haciéndonos gustar y contemplar la dulzura de su amor.

Y por eso san Pablo dice que Cristo crucificado es virtud (fortaleza) y sabiduría para los fieles. Y en otro pasaje dice que Cristo fue hecho sabiduría para nosotros, y que en Él están todos los tesoros de la sabiduría de Dios, los cuales mostró y dio más abundantemente por otro camino: estando con los brazos abiertos en la cruz y vapuleado.

La sabiduría consiste en tener ordenado el gusto del alma, para que cada cosa tenga el sabor que debe tener: es decir que el pecado le parezca amargo, el bien temporal vil, y el bien espiritual dulce y precioso. Por eso dice san Bernardo: “Tú, oh hombre, has encontrado sabiduría si lloras el pecado cometido, si desprecias el bien de este mundo y si deseas el bien eterno. Has encontrado sabiduría, si cada una de estas cosas da el sabor que debe dar”. Esta sabiduría da Cristo en la Cruz, mostrándonos, como hemos dicho, la vileza y la gravedad del pecado, el peligro de esta vida y la excelencia de la gloria del

paraíso, para darnos la cual vino a morir. Además, inflamándonos con su amor, nos hizo tener en desprecio el bien del mundo y rechazarlo, y tener en deseo el bien de su gloria, y hacernos sentir dulzura y suavidad en el bien obrar, y amargura en el mal obrar. De manera que estamos ordenados por la virtud de la Cruz, y toda cosa tiene aquel sabor de sabiduría que debe tener. Mientras que la tribulación, que antes nos parecía amarga, la hace parecer dulce. Por eso admirablemente Cristo en la cruz nos da la amargura de su dolor y la dulzura de su amor.

Además nos da y espira el don de intelecto. Intelecto es tanto como decir leer adentro; y Cristo en la cruz nos hace leer dentro de Él y de nosotros, es decir pensar y reconocerlo a Él y a nosotros. Por eso, como ya se dijo, Cristo en la cruz ilumina nuestro intelecto para conocerlo a Él en cuanto al poder, sabiduría, bondad y justicia, y para conocernos a nosotros mismos en cuanto a la culpa y en cuanto a la dignidad, y nos da intelecto (entendimiento) de toda otra cosa necesaria.

El espíritu de consejo lo da Cristo en la cruz: puesto que Él sea sabiduría de Dios no puede errar, antes bien eligió el mejor camino. Por eso dice san Bernardo: “Cristo, que no puede ser engañado ni quiere engañar, eligió el camino de la penitencia. Consecuentemente este es el mejor camino, y debemos huir de quien enseña otro camino, como de un engañador”. Cristo mostró con obras la perfección de los consejos, que antes había enseñado con palabras. Por eso debemos saber que la doctrina de Cristo es en parte mandamientos, y en parte consejos. Mandamientos son aquellos de la Ley, afirmativos y negativos (que mandan o prohíben), por los cuales es prohibido todo mal y es mandado algún bien, especialmente por el amor de Dios y del prójimo; y a esto está obligado todo hombre, si quiere ser salvado. Por eso Cristo respondió a aquel joven que le preguntó cómo pudiera tener vida eterna, diciéndole: “Observa los mandamientos”, y contestándole él que ya los había observado, Cristo le dijo: “Si quieres ser perfecto, ve y vende todo, y dalo a los pobres, y sígueme”. Esto le dio por consejo.

Por eso los consejos son más perfectos que los mandamientos, y nos inducen a la perfección, aconsejando y no mandando: como a renunciar a toda cosa, y elegir la pobreza, mantener la virginidad, y sujetarse a otros por el amor de Dios. De estas cosas dio el ejemplo Cristo: porque si bien el hombre pueda salvarse de otro modo, también es verdad que éste es el camino más expedito y seguro y de mayor mérito. Y tomó estas cosas para sí mismo, y eligió pobreza, virginidad y sujeción. Y en esto nos da el espíritu de consejo: porque mostrándonos en la cruz este camino, nos incita a seguirlo. Por eso Isaías, poniendo los nombres de Cristo, entre otros pone el de consejero: porque previó por el Espíritu Santo que Cristo venía como nuestro consejero a aconsejarnos el camino de la perfección.

Además, por la cruz nos inspira el don de fortaleza, porque como ya se ha dicho en el quinto capítulo, Cristo mostró tan fuerte amor entregando su vida por nosotros y muriendo en la cruz, que todo hombre que tenga el corazón piadoso, se enfervoriza fuertemente para amarlo hasta la muerte. Del amor fuerte dice san Bernardo: “Quien ama fuertemente, fervorosamente trabaja y no se fatiga; es atormentado y no siente los tormentos; es escarnecido y no se preocupa”. Además dice: “El valiente caballero de Dios no siente sus heridas, meditando las heridas de Cristo, su capitán”. Y san Gregorio dice: “Viendo las angustias de nuestro Señor, llevaremos con alivio nuestros dolores”. Respecto del amor fuerte que debemos tener, ya se ha dicho en el octavo capítulo, y no

diré más sino que nuestra virtuosa fortaleza en el obrar y soportar, procede de mirar a Cristo en la Cruz.

CAPITULO 35

Cómo Cristo sopla (Espira) en nosotros
el don de ciencia, de piedad y de temor.

Además nos da el don de ciencia: puesto que por medio de la muerte de Cristo fueron abiertas las Escrituras y pudieron entenderse, pues antes no se podían entender porque las profecías respecto a Él, estaban bajo figura y palabras veladas, y en semejanzas, y no se podían entender bien sino después de la muerte de Cristo. Y por eso dice el Evangelio que Cristo, después de su resurrección, apareciendo a los discípulos y a otros, les abrió el intelecto para que entendiesen las Escrituras. Y dice san Lucas que a aquellos discípulos que lo encontraron bajo la figura de peregrino, “les interpretó y mostró a través de todas las Escrituras, cómo fue necesario que Cristo muriese y que entrase en su gloria por el camino de la cruz”. Por lo tanto nos da el espíritu y el don de ciencia por medio de la cruz, porque cumplidas en Él las profecías que de Él estaban escritas, se las hizo entender, y nos fueron abiertos todos los libros de la santa Escritura que antes estaban oscuros y velados.

Y esto muestra san Juan en el Apocalipsis, diciendo que vio un libro cerrado con siete sellos en mano de Dios, y no se encontraba a nadie que pudiese abrirlo. Por eso dice que él lloraba fuertemente; y vino el cordero que fue muerto, y tomó este libro y lo abrió, y lo desató de toda atadura. Por lo cual al cordero se le rindió gran honor y reverencia.

San Agustín dice que el don de ciencia está en saber conocer y usar las cosas temporales virtuosamente y con cordura y sensatez (con razón). Por eso dice: “Esta es la diferencia entre la sabiduría y la ciencia: ya que a la sabiduría pertenece el conocimiento intelectual de las cosas eternas, y a la ciencia pertenece el conocimiento racional de las cosas temporales (Cfr. Santo Tomás, “De Veritate” q. 15: sobre la razón superior y la razón inferior). Es decir tener discreción y discernimiento del mal y del bien, y de lo mejor y de lo peor, y conocer el mal, y los peligros en que estamos. Y por eso dice Salomón que “quien crece en ciencia, crece en dolor”. Porque quien conociese bien su propio estado tiene muchos motivos para dolerse. Por eso Jesucristo, cuando lloró sobre la ciudad de Jerusalén dijo: “Si tú conocieras, llorarías como yo”. Por eso, porque Él tenía perfecta ciencia de los males y de los peligros de este mundo, no se encuentra jamás que Cristo haya reído. Por eso Cristo nos da esta ciencia en la Cruz, nos la da con discreción y mostrando que es grande nuestro peligro, y que muchos son los males de este mundo por los cuales morimos; y nos da la discreción para que sepamos usar las cosas temporales del modo en que Él las usó en su vida.

Además podemos decir que Él nos da la ciencia de la verdad, y nos enseña a estudiar en Él mismo, porque es libro de vida y de toda otra ciencia útil; puesto que antes que viniese, y hoy los que no estudian en Él, buscan ciencias curiosas, inútiles y malas;

estudiándolas pierden el tiempo, y también a veces el alma. Verdadera ciencia tenía san Pablo cuando decía: “Yo no presumo saber otra cosa sino a Cristo crucificado”. Admirable locura es la de los hombres que no estudian en Cristo, que es libro de toda ciencia perfecta y útil, y estudian para saber aquellas cosas que están por sobre su entendimiento, y que son inútiles y dañinas. Contra estos dice san Pablo que “siempre aprenden y jamás llegan a la ciencia de la verdad”. Por eso vemos que muchos seculares y otros literatos son agudos, ingeniosos y astutísimos en toda cosa del mundo, pero en el conocer a Dios y en los asuntos de sus almas son peores que los animales.

Pero esta ceguera no es sino por la mala vida y por la mala intención. Por eso san José (es decir el abad Joseph) dice que es imposible que el hombre que es inmundo por el pecado o que estudia por vanagloria, reciba el don de la verdadera ciencia. Y aunque muchos literatos pecadores sepan disputar y hablar sutilmente, sin embargo en los asuntos del alma son necios; y mucho más conoce a nuestro Señor Dios un santo simplote, que un sabio pecador. Y por eso dice Isaac: “En los asuntos del alma antes debemos aconsejarnos con un santo simplote, que con un sapientísimo pecador”. Y san Jerónimo dice: “Perfecta cosa es ser sabio y ser bueno, pero mucho mejor es tener santa rusticidad que ciencia y elocuencia pecadoras”. Por lo tanto la verdadera ciencia es tener una virtuosa discreción, y saber ganar y merecer a Dios, y huir del mundo. Por eso dice Salomón: “El amor de Dios es honrosa cordura”.

“Esta ciencia, dice san Bernardo, no se aprende por argumentos, sino por lamentos: no por leer sino por llorar; no por disputar sino por orar y suspirar”. Por eso dice de sí mismo: “Lo que yo sé lo he aprendido en los campos y en las selvas, es decir orando y contemplando”. Además dice: “Muchos son los que estudian para saber, y esta es una curiosidad. Algunos estudian para ser renombrados y considerados sabios, y esta es una vanidad. Otros estudian para ganar, y esta es una avaricia. Otros estudian para obrar, y esta es caridad, pero estos son pocos”. Y por eso dice también: “Muchos buscan ciencia y pocos conciencia; y muchos saben muchas cosas, y no saben de ellos mismos”. Por eso dice: “¡Oh hombre!, estudia para conocerte; porque es mucho mejor y más laudable si te conoces a ti mismo, que si conocieras el curso de las estrellas, la naturaleza de los animales, las propiedades de las hierbas, la estructura de los hombres y tuvieras ciencia de las cosas celestiales y de las terrenales, pero no te conocieras a ti mismo”. Por lo tanto toda ciencia es vana si no se ordena a conocer a Dios y a sí mismo.

Tal conocimiento nos lo da Cristo, como hemos dicho en el vigésimo noveno y trigésimo capítulos. Porque la ciencia del mundo y de los filósofos es nociva si no conocemos a Jesucristo. Por eso dice san Jerónimo refiriéndose a Aristóteles, que fue un gran filósofo: “¡Ay de ti Aristóteles, que eres alabado aquí donde no estás, es decir en el mundo; y eres atormentado allí donde estás, es decir en el infierno”. Por lo tanto Jesucristo nos da por medio de la cruz el don de ciencia en todas sus formas, haciéndonos entender las Escrituras, dándonos el discernimiento del bien y del mal, y dándonos la ciencia de la verdad.

Además nos da el don y el espíritu de piedad, mostrando con cuánta piedad y mansedumbre debemos tratar a nuestros prójimos, a los que ha rescatado con su preciosa sangre; y cómo debemos perdonar a todos nuestros enemigos por su ejemplo; y nos enseña a tener piedad de las miserias espirituales más que de las temporales, tal como Él la tuvo. Por eso no encontramos que llorase por sus penas, sino más bien por nuestros pecados, mostrándonos con esto que no se deben llorar los males de la pena,

sino los de la culpa. De la piedad y misericordia que Él nos mostró y que nos enseña, más detalladamente hablaremos en adelante en muchos capítulos.

Además nos da el espíritu de temor ordenado y refrena el temor desordenado, como ya se ha dicho en el vigésimo séptimo capítulo, donde se trata de las siete especies de temor. Por lo tanto, Jesucristo está en la cruz como un par de fuelles, y soplando nos inspira los siete dones del Espíritu Santo.

CAPITULO 36

Cómo Cristo está en la Cruz como un libro,
en el cual está escrita y compendiada toda la ley;
y especialmente la caridad hacia el prójimo.

Puesto que Cristo crucificado muestra y enseña toda perfección y toda ciencia útil, podemos verdaderamente decir que Él es libro de vida, en el cual cualquier laico simple y de cualquier otra condición puede leer y ver la ley toda ella resumida. Puesto que Cristo en la cruz observó todos los mandamientos, y cumplió e hizo entender todas las profecías, y cumplió todas las promesas referidas a Él hechas a los santos patriarcas y profetas, y puso en obra lo que predicó; y por tanto, quien bien lo estudia, fácilmente entiende toda la Biblia. Y porque hemos dicho que Él es libro, veamos cómo es esto y si Él tiene figura de libro.

Todos sabemos que el libro no es otra cosa que cuero de cordero bien esquilado y fijado entre dos tablas, y casi todo escrito en letras negras; pero la primera letra del texto es de color rojo intenso. De este modo Jesucristo está en la cruz como un libro: porque su cuero y su carne, la cual es cordero sin mácula y sin pecado, que no fue esquilado ni purificado por otros, antes bien nació totalmente puro. O bien podemos decir que a la piel cuando se la curte para escribir, se le rasura la pelambre y se la adelgaza; así la piel de este cordero fue esquilada cuando le pelaron la barba, y lo despojaron de toda vestimenta, y lo dejaron desnudo: del mismo modo que se dice del hombre cuando ha perdido todas las cosas, que ha vuelto a la penuria (ha enflaquecido). Esta piel así desnuda y pelada no fue atada, sino clavada entre los dos maderos de la cruz, y estaba totalmente escrita con letras negras: porque fue amoratada y ennegrecida por los golpes y por las bofetadas, por eso dice la Escritura que había perdido toda belleza.

Además están allí las miniaturas y las grandes letras rojas, es decir principalmente las llagas de la cabeza, que todas manaban sangre, y de las manos y de los pies y del costado, que están rojas de sangre y son muy grandes y gruesas, como ya se ha dicho. Por lo tanto, ésta es la manera en que Cristo es libro, en el cual está resumida toda la Escritura; y en el cual toda persona, por más laico y simple que sea, puede leer claramente toda perfecta doctrina.

Pero porque dice san Pablo que toda la ley se cumple en amar a Dios y al prójimo, veamos brevemente cómo este mandamiento está escrito en este libro, y cómo nos lo enseña con su ejemplo. Como dice san Gregorio, el amor del corazón se prueba y

manifiesta por medio de la obra exterior. Por lo tanto el amor al prójimo se demuestra por la obra de la misericordia, que el hombre hace por el prójimo; y en el amor al prójimo se demuestra el amor a Dios, porque nadie puede amar al prójimo por caridad si antes no ama a Dios; porque el amor al prójimo nace del amor a Dios, como dice san Gregorio. Por esto, quien sirve al prójimo demuestra que lo ama, y amándolo es signo de que ama a Dios. Así, amando a Dios y al prójimo cumple toda la ley, que está toda en estos dos mandamientos. Por lo tanto Cristo en la cruz, enseñándonos a amar al prójimo nos enseña a amar y a cumplir toda la ley.

El amor al prójimo se demuestra por las obras de la misericordia, las que hacemos por Él cuando lo amamos: todas estas cosas Cristo nos enseñó en la Cruz. Y debemos saber que catorce son las obras de misericordia, es decir siete espirituales y siete temporales: en la cruz podemos leerlas y verlas como en un libro; ya que esta doctrina Cristo la mostró por su obrar, y la predicó. Por eso dice: “Aprended, porque yo quiero misericordia y no sacrificio; y caminad en la verdad, y sed misericordiosos como lo es nuestro Padre celestial”. Y en muchas otras partes nos dio doctrina, pero especialmente en la Cruz, en la cual quiso morir para hacernos misericordia.

Las obras de la misericordia corporal son siete: visitar a los enfermos y a los pobres, dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, rescatar a los encarcelados, vestir a los desnudos, albergar a los pobres y a los peregrinos, sepultar a los muertos. Las obras de la misericordia espiritual son siete: dar consejo, enseñar a los ignorantes, reprender con palabras al hombre que ofende, castigar al perverso, consolar al atribulado, perdonar a quien ofende, tolerar pacientemente los defectos de los otros y soportarlos, y rogar a Dios por los pecadores. Todas estas obras de misericordia Cristo nos las enseña y demuestra con su ejemplo, y especialmente en el libro de la Cruz las muestra escritas y cumplidas.

CAPITULO 37

Cómo Cristo demostró la primera obra de misericordia visitando como médico, y tomó la medicina para curarnos a nosotros.

La primera obra de misericordia, que es visitar a los enfermos, Cristo la mostró cuando, viendo a la raza humana en prisión y oprimida bajo el peso del pecado, la visitó descendiendo y tomando carne humana. Por eso dice Zacarías en su Cántico (Benedictus): “Dios nos ha visitado naciendo y viniendo desde lo alto”, es decir del cielo. Y san Agustín dice: “Entonces vino el gran médico, cuando en todo el mundo el hombre yacía enfermo de pecados”. Cuando los hombres visitan a los enfermos, aunque los sirven un poco y los acompañan, les parece haber hecho mucho; pero Cristo visitó al hombre enfermo con tanta caridad, que quiso enfermar y morir para curarlo. Por eso Él tomó todas nuestras enfermedades y todas nuestras miserias.

Por lo tanto, gran caridad y gran beneficio ya era si Cristo nos hubiese visitado con carne impasible y gloriosa, considerando su excelencia y nuestra bajeza, y su bondad y nuestra culpa; pero más inestimable misericordia fue visitándonos con la carne pasible y

mortal. Por lo tanto, vino a visitarnos y nosotros le huimos; y como dice san Juan Evangelista, “viniendo al mundo los suyos no lo recibieron”, es decir los Judíos, que eran su pueblo particular.

Vino como médico no sólo a visitarnos sino a sanarnos. Pero considerando que la complexión del hombre era tan débil que no habría podido soportar tan amarga medicina como convenía a la grave enfermedad del pecado, se hizo nuestra cabeza y a nosotros sus miembros, y tomó las amargas medicinas que convenían a nuestras enfermedades, y sanó todos nuestros miembros.

Y puesto que nuestras enfermedades se curan por abstenerse de ciertos alimentos, o por sudor, o por amarga medicina o por otros remedios similares, Cristo nuestro médico y nuestra cabeza quiso probar y recibir todos estos remedios para curar nuestras enfermedades. Por eso primero hizo abstinencia y padeció hambre y sed, y principalmente en la cruz; de tal abstinencia se ha hablado en el decimoquinto capítulo. Además muchas veces quiso sudar por fatiga, y a la hora de la pasión, la tarde del jueves sudó por angustia y por tedio tan fuerte que dijo el Evangelista que sudó “como gotitas de sangre”. Soportó esta pena de sudar para quitar de nosotros la fiebre del pecado.

Además quiso hacer el corte no sólo de una vena, sino de todas; no de poca sangre, sino de toda; no con la lanceta del barbero, sino con lanza y clavos de los crudelísimos Judíos. Comenzó a hacer este corte a los ocho días de su nacimiento, y se hizo circuncidar y derramar su sangre por nosotros. De esto habla san Bernardo diciendo: “¡Oh buen Jesús! ¿Por qué tomaste el remedio de la circuncisión, que es el remedio contra el pecado original?, Tú no contrajiste el pecado ni de padre ni de madre, siendo que ambos no tenían pecado”. Además dice: “He aquí aquél que no tiene pecado y ha querido ser considerado pecador; pero nosotros soberbios queremos ser pecadores, pero no ser considerados tales”.

Y encontramos que siete veces Cristo derramó la sangre por nosotros. La primera en la circuncisión; la segunda cuando estuvo en el huerto es decir cuando sudó; la tercera cuando fue flagelado, como ya se dijo; la cuarta cuando fue coronado de espinas; la quinta cuando le fueron clavadas las manos; la sexta cuando le fueron clavados e inmovilizados los pies; la séptima cuando le fue abierto el costado con la lanza. Por lo tanto quiso que todo el cuerpo estuviera ensangrentado, para curar a nosotros y a todo el cuerpo de la Iglesia. Además podemos decir que Él tomó un baño de sangre y de agua para lavarnos y curar nuestra enfermedad.

Tomó además la medicina amarga: es decir las muchas tribulaciones, y particularmente en la cruz el amargo brebaje, que fue tan amargo que dice el Evangelio que después que lo hubo probado, no pudo terminar de beberlo. Y como algunos enfermos suelen curarse con cauterio y con ventosas, las cuales se hacen con fuego y con hierro punzante; por eso Cristo quiso ser totalmente flagelado y punzada la cabeza con espinas, y en muchos lugares perforado y cortado con hierro. Además, porque para algunas enfermedades se suelen poner unguentos y emplastos, quiso Cristo ser escupido y emporcado con los escupitajos fétidos de los Judíos, como untado con unguentos fétidos y emplastos. Y porque los enfermos suelen ser vendados y atados, Jesucristo quiso llevar los ojos vendados y ser atado de muchas maneras. Por tanto, ved aquí al

admirable médico que vino, siendo sus enemigos, a sanarnos a nosotros, y soportó toda medicina y toda aspereza para curarnos y liberarnos de la enfermedad del pecado.

Y parece que Jesucristo hiciera como se hace con las nodrizas, a las cuales se suele dar la medicina para salud de los niños que alimentan cuando le dan el pecho, y cuando están enfermos: porque ellos son tan débiles de complexión, que no la podrían tomar sino con la leche; así Cristo se hizo nuestra nodriza y tomó la medicina para darnos salud. Y porque Él sabía que nosotros éramos débiles y propensos a recaer, ordenó los remedios y las medicinas que debiéramos usar siempre (porque Él se apartó de nosotros subiendo al cielo) si sucediese que recayéramos. Estos son los santos sacramentos, los cuales son medicinas contra el pecado para conservar la salud y para curar.

Y debemos saber que hay tres clases de medicina: es decir medicina preventiva, combativa y purgativa. Medicina preventiva es el matrimonio, que preserva y custodia al hombre débil para que no caiga en pecado de fornicación. Medicina combativa y fortificante son la confirmación y la comunión, y las órdenes sagradas y la extremaunción: estos sacramentos se dan para fortalecer y mejorar el alma. Medicina purgativa es el bautismo y la penitencia, por los cuales somos limpiados del pecado. Por lo tanto, desde que tenemos tal médico y tales medicinas, ninguno muere sino por su culpa. Y como sucede en las medicinas corporales, que si el hombre no las toma en tiempo y en modo prescripto y no se cuida después que la ha tomado, no solamente no curan sino más bien llevan a la muerte; del mismo modo sucede con estas medicinas espirituales a quien no las toma y no se cuida cuanto y como le conviene, son causa de muerte y de culpa y de pena eterna.

Y que Cristo viniese como medicina y como médico, lo dice el salmista: “Dios ha mandado su verbo, es decir su Hijo para darnos salud”. Y además dice: “¡Oh alma mía, bendice a Dios con toda tu poder, porque ha sanado todas tus enfermedades!”. Y en el libro de la Sabiduría dice: “Ni hierba ni emplasto nos ha sanado, sino tu verbo: es decir tu Hijo, que sana todas las cosas”. Por eso Cristo, siendo llamado endemoniado y Samaritano no dijo: no soy samaritano; sino que dijo: No soy endemoniado; porque Samaritano significa tanto médico como guardián. El Salmista pedía la visita de este médico diciéndole a Dios Padre: “Visítanos, oh Señor, con tu salvación”: es decir envía a tu Hijo, nuestro Señor y Salvador. Además decía: “Oh, Señor, muéstranos tu misericordia y envíanos tu salvación”: es decir Cristo. El patriarca Jacob esperaba esta salvación, previéndolo en espíritu, y dijo: “Oh Señor, esperaré tu salvación”, Cristo nuestro salvador, que nos da salud en las enfermedades del pecado. Y por eso el ángel dijo a José que le pusiese el nombre de Jesús, es decir Salvador, ya que Él debía salvar a su pueblo de los pecados.

Y por eso Cristo recurre en el Evangelio a aquella semejanza que dice que “un hombre descendiendo de Jerusalén a Jericó fue despojado y herido de muerte por ladrones, y viniendo un Samaritano le tuvo misericordia y lo medicó y lo hizo curar”. Por hombre herido se entiende a la naturaleza humana despojada de toda virtud, y herida de muerte por los demonios; descendiendo de Jerusalén a Jericó: es decir del paraíso pacífico, en el cual veía a Dios, a este mundo cambiante e inestable como la luna. Por eso cuando decimos Jericó, decimos la Luna. Por el Samaritano, que quiere decir médico, se significa a Cristo, por quien la estirpe humana es sanada del pecado y revestida con la vestimenta de las virtudes. Por eso, ved cómo por la primera obra de

misericordia Cristo nos ha sanado y visitado, recibiendo por nosotros las medicinas y ordenando los sacramentos para nuestro remedio.

CAPITULO 38

De la segunda, tercera, cuarta y quinta obra de misericordia corporal que Cristo nos mostró.

Cristo nos mostró la segunda y la tercera obra de misericordia cuando estableció y ordenó el sacramento de su cuerpo y de su sangre para nosotros. Por eso Él dijo: “Mi sangre es bebida verdadera y mi carne es alimento verdadero; quien coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna”. Por lo tanto no puede haber mayor caridad y misericordia que pudiera hacernos, que darnos su carne como alimento y su sangre como bebida espiritual, y por lo cual tenemos vida eterna. Y para hacernos esta misericordia, quiso sufrir hambre y sed muy frecuentemente, y muchas necesidades como ya se ha dicho, y especialmente la sed en la cruz.

Por eso Él, para darnos su sangre, fue abierto en muchas partes como un odre de vino en la cruz. Por eso dice san Bernardo que Cristo era como una bolsa llena de misericordia, que en la cruz se derramó por todas partes, habiendo sido perforada y abierta con muchas heridas. E hizo cocinar su carne con fuego de las muchas tribulaciones sobre el madero de la Cruz para dárnosla como alimento. Por eso, en figura de esto Dios mandó a los judíos, que aquél cordero que había mandado matar y colocar su sangre en las puertas, como ya hemos dicho en el trigésimo primer capítulo, que no lo comieran sino asado; ya que por él se significa a Cristo asado por nosotros en la cruz para alimento nuestro. Después de semejante mesa y semejante alimento que nos ha preparado, muy triste sería que alguien se dejara morir de hambre.

Dios hizo corporalmente esta misericordia, cuando multiplicó el pan y el pez, y de agua hizo vino, e hizo limosna a muchos pobres de aquello poco que a Él le habían dado.

La cuarta obra de misericordia, es decir la de rescatar a los prisioneros, Jesucristo la hizo principalmente rescatándonos en la cruz al precio de su sangre, de la prisión y de la servidumbre del diablo y del pecado. Y para mostrar esto sacó a los santos patriarcas del infierno como de una prisión.

Esta misericordia es grande por el lado que se la mire: por el lado de Él, porque es Señor infinito y no tiene necesidad de nosotros; por el lado nuestro, porque éramos enemigos y somos ingratos; por el lado de la gran miseria y servidumbre de las que nos ha librado; y por el modo en que vino a morir. Por eso dice san Agustín: “Él nos ha rescatado cuando fue vendido, y nos ha vivificado cuando fue matado”. Por eso san Juan dice en el Apocalipsis, que vio grandes multitudes de bienaventurados alabar y agradecer a Dios diciendo: “Digno es el cordero que fue matado, de recibir honor, gloria y bendición, porque nos ha rescatado, y hecho reyes y sacerdotes para Dios Padre”. Y dice san Pedro: “No fuisteis rescatados con oro ni plata, ni por nada corruptible, sino

por la preciosa sangre del cordero inmaculado Jesucristo”. Como diciendo: mucho amor le debemos tener, y mucho que agradecer a Aquél que a tan alto precio nos ha rescatado.

La quinta obra de misericordia que consiste en vestir al desnudo, nos la mostró del siguiente modo: el hombre perdió por el pecado la vestidura de la inocencia y de la caridad, que es vestido nupcial, y quedó desnudo. Y como signo de esto después del pecado el hombre se vio desnudo y se avergonzó, siendo que antes no se avergonzaba porque estaba vestido de inocencia. Además, para demostrar que el hombre por el pecado quedó desnudo, Dios dice al pecador en el Apocalipsis: “Tú crees estar vestido y bien provisto, y eres pobre y desnudo. Te aconsejo que te vistas con vestimentas blancas para que no se vea la vergüenza de tu desnudez”. Por lo tanto, Cristo vino para vestirnos de virtud, y se hizo nuestra virtud y nuestra inocencia. Como dice san Pablo: “Por su justicia cubrió nuestra malicia”. Es así como el hombre que se acerca a Cristo, es vestido no por su propia justicia sino por la de Cristo; y amándolo se viste con el vestido nupcial de la caridad, sin la cual nadie puede entrar al banquete del paraíso.

Y por eso san Pablo, considerando que Cristo en la cruz suscita y enciende la caridad, dice que Cristo es nuestra vestidura, y nos conforta diciendo: “Revestíos de Jesucristo”. Y en otra parte dice: “Revestíos del hombre nuevo, es decir Cristo, que es creado según Dios en justicia y en santidad de verdad”.

Veamos pues, cómo Cristo es nuestra vestidura. La vestimenta adorna, abriga y cubre al hombre y lo defiende del frío. De este modo por el mérito de su pasión y justicia, Cristo nos adorna de virtud y abriga con el fervor de caridad y nos defiende de los infortunios y de la condena de Dios, y cubre nuestras vergüenzas y nuestras iniquidades para que Dios no las vea y no las castigue. Y por eso dice el salmista: “Bienaventurados aquellos a quienes les son cubiertas las iniquidades y los pecados”, es decir por la virtud y por la gracia de Dios; quien no se confía principalmente en ella permanecerá siempre desnudo aunque aparezca bien vestido por su propia justicia.

Y debemos saber que Cristo se hizo nuestra vestimenta en todos los modos en que se hacen los vestidos. Todo vestido, o bien es de lana, o de lino, o de seda o de hierro. Por lo tanto Cristo, que es el cordero, quiso ser despojado y esquilado para hacernos el vestido con su lana. También se hizo lino. El lino es una hierba, y nuestra carne es llamada hierba por el profeta Isaías, porque dura poco en su verdor. Por eso Cristo, tomando nuestra carne se hizo como lino para vestirnos. Este lino fue macerado en el agua de las muchas tribulaciones, fue baqueteado en la columna y fue tejido en lo alto de la cruz para vestirnos.

La seda surge del interior de los gusanos. Así Cristo dice en el Salmo: “Yo soy gusano y no hombre”. Y por eso para hacernos el vestido de seda, se destripó entrañablemente y se abrió el costado y el cuerpo por todos lados. Y porque los hombres se alegran con el vestido de seda de diversos colores, derramó su sangre para hacer la tinta de escarlata bien roja.

Además se hizo nuestro vestido de hierro para recibir los golpes de la ira de Dios, que debía venir sobre nosotros, y quiso ser herido Él para que no fuésemos heridos nosotros. Y recibió en Él los golpes, como suele el hombre recibirlos en las armas, en las corazas y en el yelmo. Por lo tanto, Cristo se ha hecho nuestra vestimenta para

adornarnos, cubrirnos, abrigarnos y para defendernos. Teniendo semejantes vestimentas, triste será aquél que muera de frío.

Pero debemos saber que san Juan Crisóstomo dice que, quien se viste de púrpura o de lino finísimo le dará fastidio vestirse de Cristo. Porque para podernos vestir de Cristo, debemos renunciar a las pompas de las vestimentas corporales. Y para poderse vestirnos de su justicia, debemos despojarnos y desconfiar de nuestra propia justicia. Por lo tanto Cristo se ha hecho nuestra vestimenta, porque quiere estar despojado y desnudo. Como si dijera: Hermanos míos, yo me despojo para vestiros a vosotros.

CAPITULO 39

De la sexta y séptima obras de misericordia corporal.

La sexta obra de misericordia, que consiste en recibir a los peregrinos y albergarlos, la hizo Cristo del siguiente modo. Por el pecado, el hombre fue expulsado de la ciudad del paraíso, y fue puesto en el exilio y peregrinación de este mundo, para que, soportando las molestias y las fatigas de esta vida miserable, deseara retornar a su ciudad y humillarse ante Dios, rogándole que condescendiese a concederle gracia para retornar al paraíso. Pero el hombre, miserable, tanto se entregó a los bienes y a los goces del mundo, que ya no se preocupaba de retornar a casa. Por lo tanto, caminaba errante por este desierto y no sentía ningún dolor de haber sido expulsado del paraíso, porque había fijado el corazón en este mundo. Por eso dice san Gregorio: Quien ama la peregrinación (terrenal) en medio de los dolores, no le duele no estar en la patria (celestial).

Por eso Cristo vino y tomó carne, y comenzó a predicar al hombre otra vida, es decir el reino del cielo; e invitándonos a aquellas nupcias comenzó a atraer los deseos de algunos que se le acercaron. Y sin embargo fue muerto por el hombre para atraerlo hacia sí y desapegarlo del amor del mundo, como se ha dicho en el principio. Y por virtud de su pasión despojó al infierno y llevó fuera aquellos pocos santos que, mientras vivieron en este mundo, suspiraban y deseaban retornar a la vida eterna, y vivieron en el mundo como peregrinos; y fue a preparar el lugar para todos aquellos que quisieran ir. Por eso, cuando debía subir al cielo dijo a los apóstoles, que estaban turbados por su partida: “No os turbéis, porque yo voy a prepararos el lugar, y volveré por vosotros”.

Y que viniera por nosotros para reencaminarnos al cielo, lo mostró Él en aquel evangelio donde cuenta la semejanza del pastor que va buscando la centésima oveja, que estaba perdida; y después que la encontró, la cargó sobre sus hombros y la condujo a la casa con las otras: queriendo mostrar con esto que Él era el pastor y el hombre la oveja perdida, y que vino por nosotros y nos llevó sobre sus hombros; es decir que en la cruz cargó el peso y la gravedad de nuestras enfermedades, para luego llevarnos al cielo con su rebaño para estar con los ángeles.

Esta misericordia pedía el profeta David diciendo: “Mi Señor, yo soy como una oveja perdida: búscame para que no perezca”. Y agregaba: “yo soy forastero y peregrino, llévame a tu reposo”.

Es así como Cristo no sólo nos recibe como peregrinos, sino que Él en persona descendió a la tierra para llevarnos a la patria del paraíso; y nos llevó sobre sus hombros, llevando nuestras iniquidades sobre la cruz. Como dice el profeta Isaías: “Todos nosotros estamos errantes como ovejas, y cada uno ha huido por algún camino”, es decir por alguna forma de pecado se ha alejado de Dios. Y Dios mandó a Cristo a llamarnos, y le puso encima todas nuestras iniquidades. Y debemos saber que Cristo no recibe sino a aquellos que son peregrinos en este mundo, es decir que poco le han dado el corazón, y deseando retornar a la ciudad del paraíso conociendo, como dice san Pablo, que “no tenemos aquí ciudad para permanecer, pero buscamos la ciudad del cielo; y mientras que estamos en este mundo deseamos ser peregrinos de Dios”.

Por eso dice san Pablo que Abraham habitaba en carpas, es decir en tiendas y casillas fáciles de transportar, significando que buscaba aquella ciudad de la cual Dios era el único artífice. Por lo tanto, los justos que pertenecen a la ciudad de arriba, viven como peregrinos aquí abajo. Pero los enemigos de Dios, fugados de la ciudad de arriba, consideran a este mundo como su habitáculo. Y así, para mostrar esto Caín, que era enemigo de Dios, fue el primero que edificó en la tierra, y al primer hijo que le nació le puso por nombre Enoc, es decir edificador.

Por lo tanto, Cristo vino a este mundo para llevar consigo a los peregrinos, y no quiso tener casa ni techo. Por eso dijo: “Las zorras y los pájaros tienen sus cuevas y sus nidos para descansar; y yo ni siquiera tengo dónde pueda reclinar mi cabeza”.

La séptima obra de misericordia, es decir la de sepultar a los muertos, la hizo Cristo más perfectamente, no sepultando a los muertos sino resucitándolos, como se relata en los Evangelios; sino que vino a levantar a todo el género humano, muerto en el pecado. Y esto fue figurado en el cuarto libro de “Los Reyes”, donde se cuenta que el profeta Eliseo, ante los ruegos de una mujer para que fuera a resucitar a su hijo, envió a su discípulo con su bastón para que se lo pusiera encima y lo resucitara; y no pudiendo el discípulo levantar al muchacho, vino Eliseo y se colocó sobre el muchacho, y admirablemente tomó la forma del muchacho, poniendo su boca sobre la de él y sus ojos sobre los de él, y así todos los miembros, hasta que lo calentó todo, y le sopló siete veces en la boca; y el muchacho bostezó siete veces y abrió los ojos, y de este modo lo resucitó.

Dice san Gregorio que este muchacho muerto significa el hombre muerto en el pecado. El discípulo con el bastón significa Moisés, que vino con la ley amenazando y metiendo miedo y temor. Y porque por miedo jamás el hombre se levanta perfectamente del pecado, Moisés con el bastón de la ley no pudo arrancar al pueblo del pecado. Por eso dice san Pablo que “la ley no conduce a nadie a la perfección”.

Vino entonces Eliseo, es decir Cristo, e inclinándose se encorvó y se adaptó a la forma del muchacho muerto, es decir se humilló y se abajó tomando nuestra forma y nuestra miseria. Y por este encorvarse encima lo abrigó: porque Cristo por su humildad, por la cual se conformó a nuestras miserias, nos abriga con caridad. Y sopló siete veces en la boca del muerto, es decir dándole los siete dones del Espíritu Santo; y levantó al

hombre muerto, restaurándolo al estado de gracia; y el muchacho, en señal de que fue resucitado, abrió los ojos para conocer su estado y confesó los siete pecados mortales.

Podemos decir además que espiritualmente hizo esta obra de misericordia instituyendo y ordenando el sacramento, en el cual, dice san Pablo, “estamos sepultados con Cristo”. Sobre esta palabra la glosa dice: “El bautismo tiene la figura del sepulcro; porque como Cristo muerto fue puesto en el sepulcro, y después de tres días salió vivo y glorioso, del mismo modo nosotros, muertos al pecado por la virtud de la pasión de Cristo, entrando en el bautismo como en un sepulcro, resucitamos a nueva vida de gracia purificados y limpios de toda culpa”.

Y como Cristo fue puesto entero en el sepulcro, del mismo modo nosotros debemos ser enteramente inmolados, sepultados y separados de las miserias de este mundo. Y como Cristo estuvo tres días en el sepulcro, del mismo modo nosotros debemos ser sumergidos tres veces en el agua del bautismo y luego resucitamos, como purificados. Si bien es verdad que en caso de necesidad es suficiente que el hombre sea tocado con el agua en cualquier parte de la cabeza, y de cualquier modo, diciendo las palabras de la forma del bautismo.

CAPITULO 40

De las siete obras de misericordia espiritual que Cristo nos mostró.

Cristo hizo las siete obras de misericordia espiritual y nos las mostró del siguiente modo. La primera obra de misericordia, que consiste en enseñar y dar consejo, la hizo Cristo como ya se ha dicho: porque uno de los motivos principales por el cual Él vino, fue para iluminar al hombre y enseñarlo, porque estaba ciego por el pecado. Por eso vino como luz y verdad, y nos dio enseñanzas y consejos de perfección y de verdad, de modo tal que nadie puede decir que peca por ignorancia; ya que, como dice san Agustín, toda la vida de Cristo en la tierra fue enseñanza para nuestros pecados y nuestras conductas; y ya no pecamos más sino cuando buscamos lo que Cristo rechazó y rechazamos lo que Cristo eligió. Por lo tanto, Cristo vino a aconsejarnos y darnos doctrina de verdad, especialmente en la cruz, en la cual estuvo como maestro en la cátedra para enseñarnos la doctrina de la virtud, y como luz puesta sobre el candelabro para mostrar el camino al cielo y nos mostró que se sube hacia arriba por la escalera de la cruz.

La segunda obra de misericordia, que consiste en reprender, la mostró cuando con mucha mansedumbre y benignidad reprendió a los hijos de Zebedeo por la necia petición que le hicieron hacer a su madre; y también a los otros apóstoles, porque se indignaron. Y cuando los reprendió a todos juntos por la soberbia, cuando discutían quién debía ser el mayor. Además cuando reprendió a san Pedro, que le rogaba que no fuese a morir a Jerusalén. Parece que se turbó mucho por esto y dijo: “¡Aléjate de mí Satanás! Tú no sabes las cosas de Dios. ¿Acaso no quieres tú que yo beba el cáliz que me dio mi Padre?”. Y eso que sabía que san Pedro se lo decía con gran ternura de amor.

Y en esto nos da ejemplo contra los que nos aconsejan de no llevar la cruz de la penitencia. Supongamos que lo hagan con buena intención, pero nosotros debemos mostrarnos perturbados y alejarlos de nosotros, oyendo a Cristo llamar a san Pedro “demonio”, porque lo apartaba por piedad de amor: porque es oficio de los demonios apartar a los hombres de la penitencia.

Y a Judas, que lo traicionó, lo llama amigo para darnos a entender que no hay mejor amigo que aquellos que nos hacen mal y que nos atribulan, porque son motivo de nuestra corona. Por eso el salmista, hablando de los que lo atribulaban, dice: “Los pecadores construyen sobre mí”: la glosa dice, golpeándome me construyen la corona de vida eterna. Y en otra parte dice: “Los enemigos me han rodeado como abejas”: y dice la glosa, supongamos que me piquen, pero me dan miel. Es decir son causa de gran consolación.

Entonces llamó amigo a Judas; y fue un modo amable de reprenderlo. Además en la cena no lo denunció públicamente, sino que dijo: “Uno de vosotros me debe traicionar; pero ay de aquél por quien seré traicionado”. Y fue esto una amable amenaza. Y después le lavó los pies, y le dio el sacramento de su cuerpo y de su sangre, para que por esta benignidad desistiese de traicionar a tan buen maestro, quien tan amablemente lo reprendía y amenazaba. En estas cosas y en muchas otras que narran los Evangelistas, Cristo nos demostró esta misericordia, que consiste en reprender, y nos mostró el modo cómo se debía hacer: es decir con dulzura y benignidad, excepto con aquellos que nos dan consejo contra nuestra salvación, a quienes se debe reprender más duramente.

Además a los Fariseos, obstinados y duros, siempre los reprendía como con aspereza, dándonos en esto una enseñanza, que los hombres duros y pestilentes que no se corrigen por dulces palabras, se deben reprender más duramente, como aquellas enfermedades que no se pueden curar ni con ungüentos ni por otros remedios suaves, sino que se deben cortar o quemar. Y este es el motivo de que hoy pocos se corrijan, porque pocos quieren ser corregidos y cada uno está más dispuesto a lisonjear a su amigo que a reprenderlo. Contra los que no quieren ser reprendidos, dice el Salmista: “El hombre que desprecia a aquél que lo corrige, de repente quedará tieso y no será sanado”. Y san Agustín dice: “Ira de Dios es que el hombre sea lisonjeado y no reprendido, y así que no se corrija. Por eso, con la mayor indignación que Dios pudo mostrar, dijo a su pueblo por medio del profeta Ezequiel: “Ya no me enojaré, porque no tengo más cuidado de ti”. Como diciendo: haz lo que quieras hacer, que yo ya no me preocupo, porque yo ya no me ocupo de ti. Y dice Moisés: “Yo no corregiré a vuestras hijas cuando se dediquen a la fornicación”. Pero de aquellos que Él ama se dice en el Apocalipsis: “Yo a los que amo los reprendo”.

Parece todo lo contrario a lo que el hombre cree: porque si no es corregido o atribulado por Dios o por el hombre, cree que es amado; si es corregido, cree ser odiado. Y por eso dice san Agustín: “No seas de voluntad inicua y pueril, diciendo: Dios más ama a mi prójimo que a mí; porque a él lo deja hacer lo que quiera y a mí si lo ofendo me azota inmediatamente. Pero más bien alégrate de esto, porque es signo de que Él te ama y te tiene por hijo, y quiere darte la herencia de vida eterna; y a aquellos que perdona en este mundo, los castigará en la eternidad”. Y san Pablo dice: “¿Qué padre es aquél que no corrige al hijo?”, como si dijera: ninguno. Por lo tanto, si no recibiese la

corrección de Dios, sería signo de que no sería hijo legítimo de Dios; porque Él azota a todo hijo que recibe a su servicio.

Y considerando esto, el profeta Isaías alababa a Dios diciendo: “Señor, yo te alabo porque te has enojado conmigo”. Esta es la misericordia que mucho debemos amar y agradecer a aquél que la hace. Y aquellos que lo tienen por oficio, como padre o prelado o maestro, deben ser muy solícitos de realizarla con aquellos que tienen a su cuidado. Porque es grave pecado no corregir a sus súbditos y a aquellos que están a su cuidado. Por eso según lo que se narra en el libro De los Reyes, el sacerdote fue castigado por Dios tan ásperamente como debía, porque no reprendió a los hijos que eran pecadores y hacían muchas cosas deshonestas. Por eso Dios lo hizo morir de mala muerte, y los hijos fueron asesinados y toda su descendencia fue apartada de aquella dignidad. Y san Gregorio cuenta de un padre que no castigó a su pequeño hijo de cinco años, el cual tenía por costumbre blasfemar contra Dios, y teniéndolo el padre en brazos en pleno día, le fue quitada el alma del cuerpo y fue llevada al infierno por los demonios. Estos y muchos otros juicios contra los que no quieren ser corregidos y que no corrigen, se relatan en la santa Escritura.

La tercera obra de misericordia, que consiste en golpear y disciplinar, Cristo la mostró cuando con el azote de sogas expulsó del templo a los vendedores y compradores. No hizo otro juicio porque en su primera venida dijo que no había venido para juzgar, sino para salvar al mundo; pero en la segunda vendrá a juzgar; y así como en la primera se mostró muy benigno, así en la segunda se mostrará muy terrible y cruel. Por eso, para no encontrar ningún defecto en sus elegidos en aquél momento, los purifica en este mundo y los corrige por continuas tribulaciones, según lo que dice san Gregorio. Por eso dijo Job estando atribulado: “Bienaventurado aquél que es castigado por Dios”. Pero a aquellos que deben ser condenados, Dios los deja engordar como al chanco y como al buey, que serán matados.

Por eso dice san Gregorio: “La continua prosperidad del mundo es juicio y signo de condenación eterna”. Por eso Cristo hizo esta misericordia cuando se encarnó del modo ya dicho, y la hace continuamente a sus enemigos. Pero principalmente hizo esta misericordia sobre sí mismo en la cruz, porque quiso ser golpeado y crucificado por nuestros defectos. Por eso el profeta Isaías dice: “La disciplina nuestra está sobre Él y por sus llagas somos sanados”. Y Dios Padre dice: “Por el pecado de mi pueblo he golpeado a mi Hijo”. Dios nos ha mostrado esta misericordia, del modo que hemos visto.

La cuarta obra la mostró Cristo confortando a la madre cuando Él estaba en la cruz, dándole a Juan en su reemplazo; y visitando a Marta y a María Magdalena, consolándolas por la muerte de su hermano Lázaro; y consolando a la Magdalena, que lloraba junto al sepulcro; y cuando para alivio de los atribulados dijo Cristo: “Bienaventurados los que lloran y sufren persecución, porque serán consolados”; y “¡Ay de los ricos!, porque tienen sus consuelos en este mundo”.

La quinta obra de misericordia la demostró Cristo cuando perdonó a la Magdalena, a san Pedro, a Zaqueo, a Mateo, al ladrón, y a todos los pecadores que quisieran volver a Él. Los hombres del mundo no perdonan perfectamente, porque quieren que el ofensor haga alguna enmienda, y que cargue con algún castigo o daño; o bien reprochan la ofensa recibida y, suponiendo que hagan las paces, jamás aman de corazón a aquellos

por quienes fueron ofendidos. Pero Cristo, como dice san Bernardo, perdona de tal modo que no exige venganza, y no reprocha, y no nos ama menos que antes, como se demuestra con la Magdalena y con san Pedro, a los que les mostró principal y singular amor, apareciéndoseles antes que a los otros, y haciéndoles gracias singulares.

De semejantes misericordias están llenos todos los Evangelios. Por eso Él le respondió a san Pedro, que preguntó si debía perdonar siete veces: “No solamente siete, sino setenta veces siete”, lo cual, según la glosa, se entiende como número total; queriendo mostrar con esto que siempre quería perdonar.

La sexta obra de misericordia, consiste en saber tolerar y soportar los defectos de los otros. Cristo lo hizo soportando benignamente los defectos de los apóstoles, que eran muy rústicos y torpes; y las muchas injurias que toleró, y las ingratitudes de aquellos a quienes tanto había servido, pues sabía que no eran conscientes. Y si bien sabía que eso debía suceder, gran perfección tuvo en tolerar a Judas, y le encargó la administración del dinero, sabiendo que debía traicionarlo.

La séptima obra de misericordia, que consiste en rogar por otros, y especialmente por los enemigos, la mostró Cristo rogando por los apóstoles y por aquellos que por medio de ellos debían creer en Él; y cuando rogó a Dios por los que lo crucificaban. Por eso san Pablo dice: “Oró con gran llanto y gritos, y fue escuchado”. Y en muchas otras partes del Evangelio se narra sobre su oración, cómo pernoctaba y era perseverante rogando a Dios por los justos y por los pecadores, y por los presentes y por los futuros. Vemos, por lo tanto, cómo Cristo en la Cruz nos hizo las catorce obras de misericordia, y en esto demostró que cumplió toda la ley.

CAPITULO 41

Cómo Cristo observó todas las bienaventuranzas,
y las eligió para sí;
y la primera, la pobreza de espíritu.

Y porque la principal y más admirable y perfecta doctrina que Cristo predicara jamás es la de la bienaventuranza, veamos cómo este maestro la tuvo en sí, y cómo en este libro de la cruz se pueda leer. Como ya se ha dicho, ésta es la más admirable doctrina que jamás fuese dada, mientras que todo el mundo cree lo contrario. Y por esto aquí se conocen los discípulos de Cristo y los del diablo, y aquellos que son amadores del mundo.

Los hombres del mundo, como dice el Salmista, llaman y consideran bienaventurados a los ricos y a aquellos que tienen oficios de gran honor; pero Cristo, al contrario pone la primera bienaventuranza diciendo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Sobre esta palabra dice la glosa: “La pobreza de espíritu tiene dos partes: la renuncia voluntaria a las cosas temporales, y la humildad del corazón”.

Por eso dice san Bernardo: “¿Qué cosa está más escondida al mundo, que el que la pobreza sea bienaventurada?. El mundo no conocía la riqueza de la pobreza. Por eso Cristo, que según su divinidad abundaba en riquezas, vino al mundo para mostrarnos su querer, y eligió la pobreza muriendo, viviendo y naciendo”. En la navidad fue envuelto en pañales viles y colocado en un pesebre, es decir en el comedero de los animales. Viviendo dijo que no tenía dónde reclinar la cabeza. Y finalmente murió en la cruz: así bien demostró cuánto amase la pobreza. Por eso dice san Bernardo: “Hubiera parecido conveniente que para Cristo se prepararan grandes palacios y grandes atavíos y adornos; y que fuese recibido con gloria el Rey de la gloria. Pero no lo quiso así: antes bien, para nuestro ejemplo quiso ser pobre, y mostrarnos con obras cuán preciosa es la pobreza voluntaria”.

Además mostró Cristo que amase la humildad, (entendida como esta pobreza de espíritu) en todo estado de vida y en todo tiempo. Por eso dice san Pablo: “Se anonadó a sí mismo, y tomó forma de siervo, y se hizo obediente hasta la muerte”. Además mostró su humildad huyendo de los honores y de las alabanzas mundanas, lavando los pies a los discípulos, y conviviendo con los pecadores, y en general en todos sus dichos y hechos. Por eso les dijo a los discípulos: “Aprended de mí a ser humildes de corazón”.

Por eso dice san Agustín: “Grande es la virtud de la humildad; para enseñárnosla verazmente, aquél que es grande sin comparación se ha hecho pequeño. Por eso ¡Oh hombre!, si (en tu soberbia) te avergüenzas de seguir la humildad del hombre, ahora (contra tu soberbia) avergüéñzate de no seguir la humildad de Cristo”. Y como dice san Bernardo: “Gran imprudencia hay en ensoberbecerse, donde Cristo fue humillado”. Y san Agustín dice: “¿Acaso tú pensabas que la sabiduría de Dios, es decir Cristo, dijese: aprended de mí a hacer milagros, a levantar a los muertos, a gobernar el mundo, a saber las cosas futuras?. No dijo así, sino que dijo: Aprended de mí a ser humildes y mansos”.

Si nos queremos unir a su divinidad, sigamos pues el camino de la humildad: porque por la humildad se sube a la altura del cielo, y ella es el único camino. Por eso, cuando los apóstoles discutían entre ellos quién era el mayor, llamó Cristo a un niño y, poniéndolo en medio de ellos, les dijo: “Quien no se humillara como este niño, no entrará en el reino del cielo”. Dice san Agustín: la verdadera humildad consiste en soportar las injurias; porque cosa fácil es andar con la cabeza inclinada, y mal vestido, y con los ojos clavados en el suelo, y tener dulces palabras. Y dice san Gregorio: “Los ultrajes prueban y demuestran cómo sea el hombre”. Por lo tanto Cristo, que predicó esta bienaventuranza, bien la tuvo para sí mismo, y la mostró en cuanto a la pobreza y la humildad, y especialmente en la cruz, en la cual murió por nosotros, desnudo y lleno de oprobios.

De la pobreza dice san Bernardo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, es decir por voluntad. Y esto está contra aquellos que son pobres contra su voluntad, que de este modo no son bienaventurados; a pesar de lo cual tienen algún mérito, en cuanto que tienen paciencia. Además porque algunos eligieron la pobreza por propia voluntad, como hacen los filósofos que, para estudiar mejor abandonan las riquezas no dice simplemente: Bienaventurados los pobres por voluntad, sino “por espíritu”; es decir por intención espiritual, para mejor encontrar y amar a Dios. La razón por la cual los pobres de espíritu son bienaventurados es la que pone Jesucristo: porque el reino del cielo razonablemente es de los pobres, porque por amor de Dios dejan el reino del mundo, el deseo de las riquezas y de los honores. Que si no lo tuviesen, ya no tendrían ni el bien

de la tierra ni el bien del cielo; lo cual no sería según la justicia de Dios, quien ha prometido el cielo a los que dejan el mundo por su amor.

Por eso vemos, como dice san Gregorio, que a aquellos que no se hacen dignos de tener el paraíso, Dios les da más abundancia de bienes temporales. Por eso Él dice: “Ay de vosotros, ricos, que tenéis en este mundo vuestro consuelo”. Como diciendo: del consuelo del cielo estáis privados. Por eso dice Él que es muy difícil para el rico entrar en el reino del cielo; y que de los humildes es el reino del cielo, porque la humildad es la llave y el costo para entrar al cielo. Por eso en el Apocalipsis dijo Dios al alma humilde: “Yo te he abierto la entrada”; porque tienes la virtud pequeña, es decir la humildad, que hace que el hombre se considere pequeño y vil. Pero, como dice san Gregorio, cada uno es tanto más valioso y mayor en presencia de Dios, cuanto por humildad es más vil y menor ante sí mismo; y tanto es menor y vil ante Dios, cuanto es mayor y más querido para sí mismo.

Por esto, como dice san Bernardo, el verdadero humilde quiere ser considerado vil, no virtuoso y humilde. Pero el falso humilde muestra humildad en los actos externos y en palabras, para ser considerado humilde y para tener fama de santidad. Por eso dice san Bernardo: “Cosa gloriosa es la humildad, con la cual incluso la soberbia se oculta como con un manto para no parecer vil”. Y en el Eclesiástico se dice: “Hay algunos que se humillan inicualemente, y su intención está llena de engaño”; el verdadero humilde en todas las cosas da todo el honor a Dios. Por eso además se dice en el Eclesiástico: “Grande es el poder de Dios: sólo es honrado por los humildes”. El humilde honra a Dios, reconociendo que todo bien viene de Dios, agradeciéndole por toda cosa próspera y adversa; y en todas sus acciones mira al honor de Dios y no al propio honor y utilidad. Por eso razonablemente Dios honra a los humildes en la vida eterna. Y esto promete por la Escritura diciendo: “Los que se humillen estarán en la gloria”. Y en el Evangelio: “Quien se humille será exaltado”.

Por lo tanto, los pobres de espíritu tendrán el reino del cielo, y lo tienen ya por firme esperanza, porque les ha sido prometido por Aquél que no puede mentir, y fue dicho por san Mateo Evangelista.

Pero podemos decir que aún en esta vida son bienaventurados de bienaventuranza divina, es decir que tienen el reino del cielo por alguna similitud. “El reino del Cielo”, dice san Pablo, “no consiste en comer, ni en beber; antes bien consiste en justicia, paz y alegría del Espíritu Santo”. El profeta Isaías dice: “gozo y alegría se encuentra allí, voces de alabanza y de agradecimiento”. Y porque los corazones de los humildes y pobres de espíritu están siempre contentos y justos, pues siempre rinden honor a Dios y siempre le agradecen, y adquieren paz en todas las cosas, podemos decir que por este modo tienen el reino del cielo en este mundo. Por eso Cristo les dijo a estos tales: “El reino del cielo está dentro de vosotros”, es decir si vosotros amáis la justicia y la paz, y estáis contentos. Dice san Agustín que bienaventuranza es tener lo que el hombre quiere, y no querer ninguna cosa desordenada ni perversa.

Por lo tanto, los pobres de espíritu son bienaventurados porque están contentos y no tienen deseo de ninguna cosa terrenal; y son humildes porque tienen tan conformada su voluntad con la de Dios, que ninguna cosa los puede perturbar. Están, por lo tanto, libres de las miserias del desorden de la propia voluntad, la cual tiene al hombre en continuo tormento de concupiscencia, de miedo y de impaciencia. Por eso dice san

Gregorio que ninguna cosa es más inquieta y más molesta que desear y estar inflamado con deseos terrenales, porque el corazón que está ocupado no está jamás seguro ni tranquilo; y entonces desea lo que no tiene, y se duele cuando pierde lo que tiene. Y por el contrario: ninguna cosa es más tranquila y más pacífica que renunciar a los deseos terrenales, y amar y desear sólo aquel bien que jamás se puede perder sino por quien lo quiere perder. Por eso decía el salmista: “Yo no le pido a Dios sino una cosa, es decir vida eterna; y por eso no hay ninguna cosa de la cual tenga yo temor”. Como diciendo: estoy cierto que aquél bien no me puede ser quitado si yo no quiero. Por eso dice san Gregorio: “Sólo aquel es invencible, quien ama aquel bien que no se puede perder”. Los pobres de espíritu ya están en el reino del cielo, porque están libres de las molestias de los deseos desordenados y están siempre contentos y alegres. Y por el contrario, los injustos y los amadores del mundo están como en un infierno, porque están en continuo temor y en continua preocupación, y en discordia con Dios, y no están contentos. De manera que en este mundo tienen mucho mejor parte los buenos que los malvados.

CAPITULO 42

De la segunda bienaventuranza, es decir la mansedumbre.

Después de la bienaventuranza de la pobreza del espíritu, razonablemente puso Cristo la segunda bienaventuranza, es decir la mansedumbre, y dijo: “Bienaventurados los mansos”, es decir que son mansos de corazón, “porque poseerán la tierra”. La mansedumbre sigue después de la pobreza de espíritu, porque el hombre que ha renunciado al mundo por amor a la pobreza, y ha renunciado a la propia voluntad por humildad, no tiene motivo de tener perturbación alguna, porque todas las turbaciones del mundo nacen de la codicia de las riquezas, y de la soberbia y de la propia voluntad. Por lo tanto los mansos son bienaventurados de mansedumbre divina, porque siempre tienen paz en sí mismos, la cual es la mayor bienaventuranza que el hombre pueda tener en este mundo. Son bienaventurados porque tienen la promesa de poseer la tierra de vida eterna. Y razonablemente la poseerán, porque humildemente se han dejado dominar (cabalgar) y poseer por Dios, y todas las cosas las reciben en paz sin resistir. Por eso dice san Agustín: “De ninguno Dios tendrá posesión, sino de aquellos que Él poseyó antes, es decir que pacientemente saben cargar con Dios”. Por eso mansedumbre no es otra cosa sino una tranquilidad y modestia de la mente, la cual no se turba por ningún accidente que suceda.

Esta virtud predicó Cristo a los apóstoles cuando dijo: “En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”. El hombre impaciente no posee su alma, antes bien está dominado por la ira y por la soberbia. Por eso suelen decir estos tales: La ira me vence. Esta bienaventuranza la tuvo Cristo siempre por encima de todos los otros hombres. Por eso el profeta Zacarías dijo: “He aquí tu Rey que viene a ti, manso”. Pero la mostró especialmente en la cruz; por eso el profeta Jeremías, hablando de Él dice: “Él es como un cordero manso que no grita, siendo llevado al sacrificio como víctima”. Y de Él dice Isaías: “No gritará ni gemirá, ni a causa de sus gritos se oirá su voz desde lejos, y no estará afligido ni alborotado”.

Esta es la más admirable virtud que exista. Por eso dice el abad Querimón: “Es cosa admirable que el hombre carnal se haya despojado tanto de todo afecto mundano y pacificado tanto, que no se turbe por ninguna cosa que le suceda; y entre tantos cambios de cosas y tantos sucesos tenga un estado de ánimo inmutable” (Cfr. Colaciones de San Juan Casiano, XII, 13). Esta bienaventuranza es contraria a los hombres del mundo, que se consideran miserables y humillados hasta que no se han ahogado de tanto gritar, y no han tomado venganza doblemente”.

Y san Bernardo comenta acerca de esta tierra, que los mansos poseen su cuerpo; y es un buen comentario, porque como dice san Gregorio: “El espíritu que está bien sujeto a Dios, encuentra sujeto a él su recipiente, es decir su cuerpo; y cuando el alma hace la guerra a Dios, también el cuerpo hace la guerra al alma. Por eso el primer hombre en cuanto se rebeló contra Dios encontró en sí mismo la rebelión de la carne, y se avergonzó y se conoció desnudo”. Por lo tanto, los mansos poseen la tierra, es decir el propio cuerpo: porque mansamente están sujetos a Dios. Y este poseer el propio cuerpo es como una señal de vida eterna.

Por eso dice san Bernardo: “Confiadamente puede presumir y esperar reinar en el cielo, aquél al que le ha sido dado en esta vida reinar y señorear sobre sí mismo”. Este reino es de mayor honor y de mayor victoria que los otros. Por eso dice Séneca: “Muchos son los que han vencido ciudades y fortalezas y enemigos, y pocos son los que saben vencerse a sí mismos”. Y otro sabio dice: “Quien se vence a sí mismo, es fuerte contra todo”.

Además podemos entender la tierra como referencia al mundo, la cual sólo los mansos poseen en paz: porque el hombre impaciente, aún cuando esté en gran señorío y honor, no posee el mundo; porque por todas partes se ve motivo de escándalo y de temor. Y no solamente no posee todo el mundo, sino que incluso no puede dominar a su gusto ni una mínima partecita. Antes bien es necesario que soporte muchas cosas que son contra su voluntad. Por lo tanto sólo los mansos poseen el mundo, porque no le tienen ninguna estima, y cualquier cosa que suceda están contentos.

Esta virtud de la mansedumbre deberíamos tenerla por tres razones: es decir en consideración a la providencia de Dios; en consideración a la pasión de Cristo; y en consideración a la propia utilidad. Por lo tanto primero debemos saber que, como dice san Agustín: “Dios, que es totalmente bueno y sabio, tiene tal providencia de todas las cosas que ninguna cosa sucede en este mundo que Él no prevea y ordene”. Por eso Cristo dijo a los apóstoles: “Incluso los cabellos de vuestras cabezas están contados”. Como diciendo: ninguno os será quitado sin que yo lo sepa. Y además dice: “¿Acaso no se venden dos gorriones por un denario?. En verdad os digo que ni una hoja cae del árbol a la tierra sin mi voluntad, y sin la providencia de mi Padre”. ¿Cuánto mayormente tiene Dios providencia de vosotros, que sois más queridos?. Y le fue dicho a Boecio: “Puesto que no puedes ver los motivos de las disposiciones de Dios, no dudes que, porque Dios es bueno y tiene providencia del mundo, toda cosa procede ordenadamente”.

Y san Gregorio dice que debemos tener reverencia por todos los juicios de Dios. Supongamos que no los podamos entender, debemos considerarlos justos a todos, porque Él es el médico y nosotros somos enfermos; y lo que sea mejor para el enfermo, lo conoce mejor el médico mismo que el enfermo. Por lo tanto, en consideración a la

providencia de Dios (que es sabio y no puede errar, y es bueno de modo que no quiere hacer mal, y es poderoso de modo que no podemos tener sino tanto cuanto quiere mandar), debemos sobrellevar todas las cosas mansamente. De esto nos dio ejemplo Cristo, cuando dijo a Pilato: “Tú no tendrías poder sobre mí, si de arriba no te fuese dado por mi Padre”, es decir por Dios. Como diciendo: Porque Dios lo permite, estoy contento.

Además deberíamos ser mansos a ejemplo de Cristo, quien, como ya se ha dicho, fue totalmente manso sobrellevando gravísimas tribulaciones. Y debemos dar este argumento: que puesto que Cristo era Dios, no podía tener en sí mismo ninguna cosa es mala. Y sin embargo puesto que Él estuvo lleno de toda tribulación, por lo tanto la tribulación no es perversa. Por lo tanto debemos seguirlo por el camino de la mansedumbre, según Él nos enseñó diciendo: “Aprended de mí a ser humildes y mansos de corazón”.

Además debemos ser mansos en consideración de nuestra utilidad, porque la paciencia es el *summum* de toda perfección, y sin ella el hombre no puede agradar a Dios. Por eso dijo un santo Padre: “Aunque el hombre iracundo resucitara a los muertos no puede agradar a Dios”. Y en muchas partes de la Escritura se habla de esto. Por lo tanto, sobrellevando todas las cosas en paz, obtenemos utilidad y gran mérito, el cual está principalmente en la paciencia.

Por eso debemos saber que hay mucho más mérito en padecer males que en obrar bienes: porque donde hay más obstáculos fastidiosos, vemos un signo de mayor caridad. Por eso vemos que muchos son solícitos en obrar diversas obras virtuosas y después, cuando sobrevienen las tribulaciones, las interrumpen y no perseveran. Por eso san Antonio, oyendo alabar a un monje de muchas virtudes, lo quiso probar, y encontrando que él no soportaba pacientemente las injurias, dijo: “Este me parece similar a la casa que parece bella y adornada por fuera, pero está despojada y vaciada por dentro”.

Por lo tanto, todo nuestro mérito está en padecer males con mansedumbre, y sobrellevar las tribulaciones, injurias, y los juicios de Dios con gran reverencia, aunque sean ocultos. Y en esto consiste nuestra bienaventuranza en este mundo y en el otro.

CAPITULO 43

De la tercera bienaventuranza, es decir del llanto.

La tercera bienaventuranza es muy admirable. Por eso se dice: “Bienaventurados aquellos que lloran, porque serán consolados”; ya que el mundo dice lo contrario, es decir: bienaventurados aquellos que gozan y que ríen. Y ordenadamente sigue esta bienaventuranza del llanto después de la pobreza y después de la mansedumbre; porque después que el alma ha renunciado al mundo por la pobreza, y se ha vuelto mansa para soportarlo todo, comienza a ver de dónde nace su propio mal, y además los otros (males). Porque así como el hombre corporalmente mejor se ve en el agua clara y en un remanso que en la turbia y revuelta, así espiritualmente mejor se ve con la mente

pacífica y aquietada, que con la mente turbada. Y así como el ojo de la cabeza al que le ha entrado polvo no puede ver, así el ojo del alma que ama las cosas terrenales, no puede ver ni a sí misma ni a Dios. Por lo tanto, el alma despojada de las cosas terrenales y del amor a ellas por la primera y segunda bienaventuranzas, se ha vuelto mansa; por la tercera comienza a ver su estado, y llora. Por eso dice san Gregorio que el alma no puede llorar perfectamente su pecado hasta que no está del todo fuera (del mundo); y cuanto más conoce, más llora; y cuanto más llora, más conoce; por eso dice: “El alma bautizada (lavada) con lágrimas ve más claramente”.

Pero debemos saber que no todo llanto es digno de consolación. Por eso debemos saber que algún llanto es bueno, alguno es malvado, y alguno es indiferente. El llanto es bueno cuando el hombre llora por contrición de sus pecados. De esto dice el Salmista: “Yo lavaré cada noche”, es decir cada pecado, “mi lecho”, es decir mi conciencia. Este llanto debe ser, como se ha dicho en el décimo-cuarto capítulo, más amargo que ninguna otra cosa; porque la ofensa a Dios es la peor cosa que exista. La medida del dolor debe ser según la gravedad de la culpa, porque diversamente debe llorar un gran pecador que uno pequeño; y este llanto debe provenir de la caridad. Sin embargo quien llora por dolor de la pena que siente, o por miedo de la pena que espera, no es llanto de mérito: porque no llora por caridad la ofensa a Dios, sino por temor de la propia pena.

Y sin embargo, muchos se engañan porque consideran contritos a los que alguna vez lloran en las enfermedades, puesto que estos lloran más por temor que por amor de Dios. De éstos tales dice san Agustín: “Quien se vuelve a penitencia en artículo de muerte, aunque él marcha seguro, yo no estoy seguro”; por estas palabras muestra que duda mucho. Por eso se lee de uno que en su muerte lloró mucho, y que después de la muerte se apareció condenado a un compañero suyo. Y maravillándose su compañero dijo: ¿cómo es que estás condenado, si mostraste tanta contrición en el final, e hiciste tan gran llanto?. Y él le responde: Yo lloré no por contrición, ni por dolor de la ofensa a Dios, sino por compasión a mí mismo, pues me veía morir, y por miedo al infierno. De esta manera lloró Esaú, y Antíoco, de los cuales dice la Escritura que no encontraron misericordia, a pesar de que la pidieron con lágrimas.

Por lo tanto, el verdadero llanto de contrición consiste en llorar la ofensa a Dios, como hizo san Pedro y la Magdalena, y los otros pecadores los cuales llorando, retornaron a la gracia y a la paz con Dios.

Otro buen llanto es cuando el hombre llora por compasión de las miserias de otros, especialmente de las miserias espirituales. Con este llanto lloraba el profeta Jeremías diciendo: “¿Quién daría a mis ojos una fuente de lágrimas? y lloraré la destrucción de mi pueblo”. Con este llanto lloraba Job diciendo: “Yo lloraba por aquellos que estaban afligidos, y les tenía compasión”. Este llanto merece consolación; porque por compasión siente aflicción del prójimo; y especialmente cuando el hombre llora la pasión de Jesucristo. Por eso dice san Pablo que: “quien participa de las tribulaciones será partícipe de las consolaciones”.

Hay otro llanto de devoción, cuando el hombre llora por deseo del paraíso, y por tedio del mundo. Este llanto muestra el salmista diciendo: “¿Cuándo iré y compareceré delante de Dios?”. De estas palabras dice san Gregorio: “El alma que desea ver a Dios se apacienta de lágrimas, y llorando crece en deseo”. Este llanto encuentra consolación y dulzura, porque dice que las lágrimas le sirven de alimento.

Estos son, pues, los llantos útiles, es decir de contrición, de compasión y de devoción. Del primero nos dio ejemplo Cristo cuando lloró nuestros pecados en la cruz; del segundo, cuando lloró sobre Jerusalén; del tercero, cuando lloró resucitando a Lázaro, considerando la miseria que Él suprimía. Por estos llantos el hombre es consolado, de alguna manera, en esta vida, como dice san Bernardo: en el llanto de la contrición encuentra una confianza de ser perdonado, por la cual tiene gran alegría; en el llanto de la compasión encuentra una alegría de caridad, que se siente al amar al prójimo; en el llanto de la devoción encuentra un aumento del fervor de santo deseo, y una esperanza de alcanzar aquél bien por el que, deseándolo, llora. Pero serán consolados perfectamente en la otra vida, según la promesa de la caridad que Cristo nos ha hecho.

Y dice sobre esto san Gregorio: “Cuanto el hombre es más santo y lleno de santos deseos, tanto mayor es su llanto; porque conoce mejor su mal y el de los otros, y el peligro en el que estamos.

Existe otro llanto inútil y dañino: es decir cuando el hombre llora por el dinero perdido, u otro daño temporal. Este llanto no merece consolación, antes bien, si el hombre no se modera y detiene, merece condenación. Y de este llanto se va al llanto del infierno, que jamás termina. Por eso los condenados siempre lloran, pero si acaso cada día derramaran una lágrima, antes que su llanto termine habrían hecho otro mar. Hay otro llanto indiferente, es decir que no es bueno ni malvado, cuando el hombre, por compasión natural, llora alguna pena suya o de otros, y no es contra Dios; sino por sola dulzura y ternura, y por sentimiento de dolor o de compasión natural.

CAPITULO 44

De la cuarta bienaventuranza, es decir del hambre de justicia;
y de la quinta, es decir la misericordia.

Después que el alma se ha despojado del mundo por la primera bienaventuranza, y se considera pobre de espíritu, es decir pobre de virtudes por humildad; y se ha hecho mansa y ha renunciado al apetito de la venganza por la segunda; y está purificada llorando por la tercera, sigue la cuarta bienaventuranza que dice: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. Ya que el alma no pueda estar sin algún deseo, puesto que ha llorado y renunciado a los malos deseos por las citadas tres bienaventuranzas, habiendo recibido salud del alma y reparado el apetito, comienza a tener hambre y sed de justicia, es decir de toda obra virtuosa. Por eso algunas veces justicia se toma, en sentido amplio, por cualquier obra buena, como cuando Cristo decía: “Buscad el reino de Dios y su justicia”. Por eso la glosa sobre estas palabras dice: “Buscan la justicia aquellos que observan lo que Dios ha mandado”.

Algunas veces se entiende “justicia” en un sentido menos amplio: es decir por virtud distributiva, que da a cada uno lo que le es debido, según la definen los filósofos; y otras veces se toma estrictamente por virtud vindicativa: es decir que hace vindicación de los

malhechores. En este tercer modo debemos amar la justicia y hacerla contra nosotros mismos, según se ha dicho en el undécimo y en el duodécimo capítulos. Pero hay muchos que muestran un gran celo de justicia contra los otros, y son muy moderados consigo mismos.

Pero en cualquier modo que se entienda la justicia, aquellos que tienen hambre y deseo son bienaventurados de bienaventuranza divina; porque tienen ordenados los afectos y los apetitos del alma, cosa que no puede darse sin gran gozo. Porque si tener el cuerpo sano y bien dispuesto genera alegría, mucho más tener el alma ordenada y justa. Por eso dice el Salmista: “Las justicias administradas por Dios dan alegría al corazón”. Sin embargo, serán felices en la otra vida, “porque serán saciados”, como dice Cristo; y les promete que sus deseos serán cumplidos, y se verán con todos los otros justos con perfecta caridad y sin ningún defecto, y sin temor de pecar: esa perfección deseaban en esta vida y no la podían tener perfectamente.

Además verán a Dios recibir de los santos todo honor y gloria, y los santos de Dios, y serán saciados viendo la caridad tan bien ordenada. Por eso dice el Salmista: “Me saciaré cuando aparezca la gloria de Dios”, es decir cuando yo Te vea en el cielo que eres glorificado y honrado por todos los santos, lo cual en la tierra no puedo ver. Pero como dice san Agustín: “(En esta vida) Saciados tendremos hambre, y teniendo hambre (en esta vida) seremos saciados (en la otra), y lejos de la saciedad estará el fastidio y el sufrimiento del hambre”.

Además serán saciados en cuanto al tercer modo de la justicia: porque verán la vindicación de los enemigos de Dios, y tendrán por esto gran alegría viéndolos castigar justamente, pues según su opinión ellos eran injustamente exaltados en esta vida. Por eso dice el Salmista: “El justo estará alegre, viendo con justicia la vindicación”. De allí que debemos saber que la voluntad de los bienaventurados está tan ordenada y conformada con Dios, que aunque el hombre bienaventurado viera condenados al hijo y otros parientes y amigos, no se dolerá, sino más bien tendrá gran alegría viéndolos castigados como enemigos de Dios.

Esta bienaventuranza, es decir esta hambre y sed de justicia según las citadas diversidades de justicia, la mostró Jesucristo: hambre y deseo del honor de Dios y de la salvación del prójimo cuando, estando con la Samaritana y predicándole, les dijo a los discípulos que lo invitaban a comer: “Yo tengo para comer otro alimento que vosotros no sabéis. Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre y cumplir su obra, es decir la obediencia que Él me ha impuesto”. Y mostró que era tan grande esta sed y esta hambre de hacer la voluntad de Dios, es decir de convertir la gente a Dios, que aunque estuviera cansado y tuviese hambre y sed corporales, para convertir a la Samaritana parece que olvidase el beber y el comer, y que se consideraba bien alimentado convirtiéndola.

Además mostró sed y deseo de cumplir la obediencia de Dios nuestro Señor y de nuestra salvación, cuando dijo antes de la pasión: “Yo tengo que bautizarme con un bautismo, y tengo deseo de cumplirlo”. Y dice la glosa que Él llama bautismo a la pasión; porque esparciendo su preciosa sangre, como en un bautismo nos lavó de nuestros pecados. Y mostró que tuviese deseo de esta pasión para obedecer a Dios padre y rescatarnos, cuando expulsó a san Pedro y lo llamó Satanás. Porque él lo apartaba de la pasión por ternura de amor, y le dijo: “¿Acaso no quieres tú que yo beba el cáliz que me ha dado mi Padre?”. Además cuando fue al encuentro de Judas y de los que lo

querían apresar. Pero de manera singular mostró esta sed por nuestra salvación, cuando dijo en la cruz: “*sitio*” (tengo sed). Y habló, según dicen los santos, de la sed del deseo por la salvación humana, aunque corporalmente tuviese sed. Por eso, como si estuviera saciado, cuando estaba a punto de morir dijo: “*consummatum est*”; es decir está cumplida la obra de la redención humana, de la cual tenía yo un gran deseo.

Además mostró sed y deseo de justicia distributiva, buscando siempre la gloria de Dios, y distribuyendo los oficios a los apóstoles, a cada uno según le convenía. Por eso como ya se ha dicho, dice san Agustín: “Cristo, el autor de la piedad, colgando de la cruz, dividió y distribuyó las cosas del siguiente modo: la Madre la encomendó a san Juan virgen; el cuidado de la Iglesia lo encomendó a san Pedro que lo había negado, a fin de que estuviese dispuesto a perdonar; dejó su paz, con la persecución del mundo, a los apóstoles; al ladrón, que lo reconoció, le dio el paraíso; a los soldados la vestimenta; a José el cuerpo; al Padre, el alma”.

Además mostró sed y celo de justicia en cuanto es vindicativa, cuando por celo de la casa de Dios echó a los mercaderes del templo, y cuando amenazó y reprendió a los fariseos muchas veces. He aquí, por lo tanto, cómo Cristo cumplió en sí mismo la cuarta bienaventuranza que nos predicó.

Pero parece que el mundo tenga una opinión totalmente contraria: porque considera bienaventurados a los que buscan y desean no la justicia, sino los placeres del mundo, y las injusticias, y son poderosos para hacer injurias. Y llaman necios y cándidos, serviles, falsos humildes e hipócritas a aquellos que se entregan a servir a Dios y a la justicia. Pero todo esto es para perfección de los justos; porque cuanto más son escarnecidos y burlados por el mundo, son más honrados y consolados por Dios.

Y porque al alma que tiene esta hambre, a causa del gran deseo le parece no hacer nada, y le parece no poder satisfacer a Dios con ninguna justicia propia, se convierte a la quinta bienaventuranza, es decir a ser misericordiosa, porque tiene la certeza que esta es la cosa que más agrada a Dios, y que por esta le serán perdonados sus pecados, según la promesa de Cristo, porque no le parece agradar perfectamente a Cristo por más veces que lllore los pecados.

El alma, por la sed que tiene de servir a Dios, se preocupa de buscar por qué vía pueda agradar mejor a Dios. Y encontrando que por la misericordia el hombre llega a ser perfecto, y recibe en sí mismo la semejanza de Dios, el cual es totalmente misericordioso, se entrega perfectamente a la obra de la misericordia corporal y espiritual, y especialmente a perdonar las injurias, la cual obra es la más perfecta y la más difícil que todos aquellos otros modos que hemos dicho.

Esta bienaventuranza, así como Cristo la predicó a los otros, así la tuvo en sí mismo en todos los modos, como ya se dijo en los capítulos 38, 39 y 40. Esta bienaventuranza no es conocida por el mundo, el cual considera bienaventurado al hombre, no que perdona, sino que toma venganza; no al que da lo suyo por Dios, sino al que procura hacerse de riqueza de cualquier modo que pueda.

CAPITULO 45

De la sexta beatitud, es decir de la pureza.

Y porque por la limosna y por la misericordia el alma se purifica del pecado, según lo que dice la Escritura: “Dad limosna y todas las cosas os serán puras”, se sigue razonablemente la sexta bienaventuranza, de la cual dice Cristo: “Bienaventurados aquellos que son puros de corazón”; es decir como dice la glosa, “aquellos a los que la conciencia no reprende y no remuerde el pecado”. Además, porque el hombre por las limosnas suele ensoberbecerse y buscar su propia gloria, necesariamente sigue esta bienaventuranza de la pureza del corazón: es decir de tener buena intención para la gloria de Dios, no para la suya propia, porque sin ella ninguna obra es buena.

Y según este modo dice san Bernardo que la pureza de corazón está en buscar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Pero generalmente, según lo que definen los santos, pureza es integridad de alma y de cuerpo, conservada por amor de Dios. Esta bienaventuranza no es conocida por el mundo, porque no considera bienaventurados a los que eligen castidad y pureza, sino a aquellos que a modo de cerdos se revuelcan en el lodo de las carnalidades. Además los hombres del mundo no se preocupan de purificar el alma, en la cual habita Dios, sino que se ocupan por la limpieza de la casa, de los vasos, de las vestimentas y de todo lo corporal. Por eso dice san Agustín: “Los hombres del mundo en todo buscan belleza y limpieza, excepto en el alma”.

De esta estulticia o necedad reprendió Cristo a los Fariseos diciendo: “¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, que limpiáis por fuera las copas y los platos, y en el corazón estáis llenos de rapiña y de toda inmundicia. Vosotros estáis hechos como los sepulcros, que son blancos y pintados por fuera, y dentro están llenos de huesos de muertos y de podredumbre de gusanos”. Por lo tanto bien dice: “Bienaventurados los que son puros de corazón”, porque Dios pide pureza de corazón y no lavado de cuerpo. Por eso cuando los Fariseos murmurando le dijeron: “Maestro, tus discípulos no se lavan las manos cuando comen”, Cristo respondió y dijo que “lo que entraba por la boca no contaminaba el alma, sino lo que salía del corazón, es decir los malos pensamientos, hurtos, robos u otra mala voluntad”.

Por lo tanto, limpieza es pureza de alma limpia de todo afecto desordenado y de toda mala intención. Los que son puros de corazón de esta manera, son bienaventurados por aquello que Cristo les promete: es decir que verán a Dios; en la cual visión está toda nuestra bienaventuranza; principalmente según lo que Él muestra cuando dice: “Esta es vida eterna, que te conozcan a Ti, verdadero Dios Padre, y a Jesucristo, al cual enviaste al mundo”.

Además son bienaventurados de bienaventuranza divina en esta vida, porque contemplando ven a Dios; porque cuanto más limpio es el corazón, tanto mejor ve. Por eso dice san Bernardo: “Quien quiera ver y conocer las cosas secretas de Dios, limpie el corazón; porque la verdad pura no se ve sino con el corazón puro”. Por eso dice el Evangelio que Cristo, alegrándose en el Espíritu Santo, alabó a Dios diciendo: “Señor Dios, yo te alabo porque has escondido tus cosas secretas a los prudentes y a los sabios del mundo, y las has manifestado a los pequeños”, es decir a los puros y a los humildes.

Por eso vemos que el ojo corporal no puede ver bien las cosas corporales, especialmente de lejos, si él está sucio, y así el ojo del alma no puede contemplar las cosas de Dios, si el hombre está infectado por el pecado. Por eso dice un santo Padre: “En vano se pone a contemplar aquél que tiene el corazón manchado”.

Por eso todos los errores proceden de esto: porque los hombres presuntuosos y pecadores, y los soberbios filósofos han querido investigar y definir las cosas de Dios y la profundidad de las Escrituras, no estando limpios de corazón; especialmente por la soberbia, la cual es causa principal de todo error, como dice san Agustín. Por eso Dios dice al alma por medio del profeta Jeremías: “Tu arrogancia y soberbia de corazón te ha engañado”. Sobre esta palabra dice la glosa: “Todo hereje es arrogante”. Y san Bernardo dice: “El ojo soberbio no puede conocer la verdad”. Y según lo que arriba se dijo, “la pureza está (según lo que dice san Bernardo) en buscar la gloria de Dios y la utilidad del prójimo”. Por lo tanto, los filósofos (soberbios) y los herejes, porque buscaban la propia gloria, no conocieron la verdad. Y como dice san Pablo, “considerándose sabios, se hicieron estultos y necios”.

Esta limpieza, tal como la predicó Cristo así la cumplió: porque estuvo siempre limpio de todo pecado, y siempre buscó la gloria de Dios, como dijo en muchos lugares del Evangelio. Y en signo de que Él amaba la pureza, abrazó al niño diciendo: “Dejad a los pequeños venir a mí, porque de estos tales es el reino del cielo”. Además para mostrar que Él amaba la pureza en sus siervos, lavó los pies a sus discípulos. Por los pies, según san Agustín, se entiende los afectos y las voluntades; es decir que, así como los pies llevan el cuerpo, así la voluntad lleva el alma. Y cuando san Pedro no se dejó lavar, Cristo le dijo: “Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo”. Y esto es una gran verdad, porque a quien Cristo no lava en esta vida, y limpia por gracia, no le dará parte en su gloria.

Pero particularmente, para lavarnos Cristo se dio el baño con su sangre santísima. Por eso en figura de esto, dice san Pablo que en el antiguo testamento todo se limpiaba con sangre de animales sacrificados, los cuales significan a Cristo crucificado. Y para significar esto, del costado de Jesucristo salió sangre y agua: la sangre para nuestra redención, el agua para nuestra purificación. Y en virtud de esta sangre y agua, el bautismo tiene virtud de limpiarnos de la culpa. Por lo tanto, esta limpieza hay que buscarla mucho, y apreciarla, porque tanto agrada a Dios, que con tan alto precio ha querido lavarnos, y sin la cual no podemos ver a Dios.



CAPITULO 46

Cómo Cristo exige pureza principalmente en sus ministros.

Y aunque Dios exige pureza en todos los fieles, la exige principalmente en sus ministros. Por eso en el Levítico dice a sus sacerdotes: “Sed santos, porque yo soy santo”. Santo es decir tanto como puro. Y Jeremías dice: “Purificáos, vosotros que portáis los vasos de Dios”. Y como los cálices y otros vasos y ornamentos eclesiásticos conviene que estén más limpios que los enseres de los hombres, así también con mayor razón y mucho más, los sacerdotes y todos los otros ministros eclesiásticos deben estar más limpios y purificados que la otra gente común; porque Dios exige que el sacerdote sea mucho más puro que el cáliz. Y esto podemos probarlo por cinco razones.

La primera, porque es ojo del cuerpo místico de la Iglesia. Por eso dice san Pablo que todos los fieles son un cuerpo en Cristo. Los ministros son ojos: porque como dice san Gregorio, están puestos como en la frente de la Iglesia para iluminar y para enseñar el camino a los otros fieles, como los ojos de la cabeza están puestos para mostrar el camino a los miembros del cuerpo. Y corporalmente, una pequeña mácula en el ojo es más peligrosa que otra grande en otra parte. Así en el sacerdote y en los ministros toda mancha es más peligrosa para sí mismo y para otros, porque así como una pequeña mácula en el ojo corporal quita la luz, así en el ministro divino la mácula del pecado. Y así como la ceguera corporal se vuelve en perjuicio de todo el cuerpo, así la ceguera de los ministros se vuelve en perjuicio de todos los súbditos y fieles, los cuales deben ser iluminados por ellos. Porque como dice Cristo, “si el ciego guía al ciego, ambos caen en la fosa”.

La segunda razón es porque los ministros eclesiásticos deben ser espejos en los cuales los seculares deban espejarse, y en su vida santa conozcan su inmundicia y su mancha, y la corrijan. Por eso Cristo dijo a los apóstoles: “Actuad de manera que seáis luminosos ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a Dios”.

Pero verdaderamente hoy se puede decir que por los malos ejemplos que proceden de algunos clérigos seculares y clérigos religiosos, los seculares se ensucian y se afean y no se purifican, y no dan gloria a Dios; porque su vida no es espejo de pureza, sino de mucha iniquidad; de modo que los seculares consideran como lícito hacer lo que ven hacer a aquellos, los cuales deberían enseñar. Pero quien fuera sabio no miraría la vida de los malos sacerdotes y falsos religiosos, sino que miraría en la vida de los buenos que han pasado y la de los presentes. Por eso dice san Jerónimo a un discípulo suyo: “Vive como clérigo, y sigue entre ellos siempre al mejor, porque en toda corporación y categoría, entre los óptimos siempre están los pésimos”. Por eso Judas estuvo entre los apóstoles, y un Nicolás herético estuvo entre los primeros siete diáconos, y en el cielo entre los ángeles buenos estuvo Lucifer y los malvados, y los malvados fueron expulsados.

La tercera razón es porque los clérigos son como vasos de Dios. Por eso dice Jesucristo de san Pablo: “Éste es un vaso mío que Yo he elegido para que lleve mi nombre ante los reyes y el pueblo”. Y como en la copa del rey toda pequeña inmundicia

es más abominable, así todo pecado en los clérigos es más detestable, y gran repugnancia le da al Rey de la vida eterna.

La cuarta razón es que ellos tienen oficio de purificar a otros; y sin embargo absolviendo, bautizando, predicando y administrando los sacramentos en pecado mortal, pecan gravemente. Y aunque purifiquen a otros, se ensucian a sí mismos, o más bien se matan a sí mismos, dando salud a los otros. Además, si su vida es sucia y vituperable, y la conciencia contaminada, no se animan tan vivamente a reprender los defectos del pueblo y a predicar las virtudes, como están obligados. Por eso dice san Gregorio que “la mala conciencia impide a la lengua hablar con audacia”; y si acaso predicar, poco fruto producen. Porque además, como dice san Gregorio: “No pueden inflamar las palabras que se profieren con frío corazón, y lo que no arde en sí mismo antes, no puede transmitir fuego a otra cosa”, y los seglares se bfean de sus buenas palabras, conociendo la vida de ellos contraria a su predicación. Porque, como dice san Gregorio, “su vida es despreciada, su prédica no es escuchada gustosamente”. Y hay un proverbio: “A quien no le gusta jugar, no le gusta cantar”; pero quien es sabio, no debe mirar la mala vida sino los buenos consejos; porque si el médico, aunque esté enfermo, te da buen consejo, tú debes aceptarlo; aunque él sane o muera, tú debes ingeniártelas para sanar. Por eso Cristo dijo: “Sobre la cátedra de Moisés se sientan los Escribas y los Fariseos; cumplid y haced lo que ellos os dicen, pero no hagáis según sus obras”.

La quinta razón es por reverencia a Aquél del cual son ministros, es decir de Dios, quien es toda limpieza y pureza; y así exige sus ministros nítidos y puros. Porque si vemos, no hay ningún artesano tan vil que no exija limpieza y nitidez a sus siervos y obreros de su taller, cuando lo sirven; con mucha mayor razón Dios. Por eso Él dice en el “Levítico”: “Los sacerdotes que vengan a mi presencia, límpiense y santifíquense, para que yo no los golpee”.

Y el profeta Malaquías llama “ángel” al sacerdote, para demostrar que en sus actos y movimientos debe tener pureza angélica; porque es compañero de los ángeles para ministrar en la presencia de Dios.

Y el sacerdote tiene mucho mayor dignidad y potestad que el ángel. Y san Juan Crisóstomo dice: “Conviene que los ministros se asemejen a Aquel de quien son ministros”. Y esta similitud consiste en la pureza y en la caridad. Y Dios dice por el Salmista: “Aquellos que van por el camino inmaculado quiero que sean mis ministros”. Además el Salmista, considerando esto, dice: “¡Oh Señor, me lavaré las manos en medio de los inocentes, y así lavado vendré a tu altar!”.

Por lo tanto, los ministros que son inmundos, están en mucho peor estado y peligro que los otros; porque ministrando los sacramentos, siempre pecan gravemente, y todo pecado es más grave en ellos que en los seglares, y más peligroso a causa del escándalo. Y están obligados a rendir cuenta no solamente del pecado propio, sino también de aquellos que se realizan por su mal ejemplo. Por eso dice san Bernardo: “Los clérigos tienen oficio (de ángeles), y ministrando deben tener vida de ángeles. Y como los ángeles son buenos o malos en sumo grado, así los clérigos que son buenos son como ángeles, y si son malos son como demonios”. Por eso Cristo dijo de Judas que era demonio, es decir por semejanza.

Y además dice san Bernardo que el buen clérigo y el buen religioso es el mejor hombre del mundo, y el malo es el peor; porque su pecado es con más malicia y con más ingratitud, pues no vive según la dignidad de su estado, y no tiene ninguna excusa y causa más escándalo.

CAPITULO 47

De la séptima bienaventuranza,
es decir de bienaventurados los pacíficos.

Puesto que el alma por la pureza de corazón ve y contempla a Dios, y se une a Él por amor, encuentra perfecta paz, gustando su dulzura. Por eso dice san Agustín: “Dios es tan perfecto, que todo aquél que lo ve es necesario que lo ame, y amándolo sea saciado, y tenga perfecta paz”. Por eso bien se sigue la séptima bienaventuranza, que dice: “Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios”.

Esta bienaventuranza no es otra cosa sino pacificar su mente con la de Dios, y poner paz entre todas las personas, y especialmente entre Dios y el pecador. Por eso estos tales son llamados hijos de Dios, porque tienen aquel oficio que tuvo el Hijo de Dios de poner paz, porque Cristo, poniéndose en el medio, vino a poner paz entre Dios y el hombre. Y para mostrar esto cuando nació, la multitud de los ángeles alabó a Dios diciendo: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. Como diciendo: Ha venido Aquél por quien Dios será glorificado y conocido, y los hombres tendrán paz.

Por eso san Pablo dice: “Él es nuestra paz”. Y cuánto Cristo amase la paz, lo mostró naciendo, viviendo, muriendo y resucitando. Naciendo, porque quiso nacer cuando todo el mundo estaba en paz; y porque los ángeles cantaron en la natividad: “Gloria sea a Dios, y paz a los hombres que tienen buena voluntad”. En estas palabras demuestra que quien tiene mala voluntad, no puede tener paz.

Además en su vida predicó cosas de paz, y la puso entre los Apóstoles cuando discutían cuál de ellos debiera ser el mayor, y en toda su obra miraba a este fin, poner paz entre Dios y el hombre. Por eso por una parte alentaba al gentío a volver a Dios, a hacer penitencia; y por la otra rogaba a Dios que los recibiese y perdonase. Y por eso la Escritura lo llama mediador: porque se hizo intercesor entre Dios y el hombre para poner paz.

Pero especialmente al tiempo de la pasión, dejó como por testamento la paz a los Apóstoles, porque no tenía cosa más valiosa que dejar. Puesto que Él hubo hecho a los Apóstoles sus hermanos y coherederos, les dejó la paz como la cosa mejor. Y sin embargo, según la ley, el hijo que renuncia al testamento del padre debe ser privado de la herencia del padre. Dice san Agustín que ninguno que no quiera observar el testamento de la paz, tendrá su herencia. Y porque no se encontraba concordia entre Dios y el hombre, porque Dios quería que el hombre satisficiera y se humillara y el

hombre no podía y no quería, Cristo para hacer esta paz, se humilló a Dios en cuanto hombre, y satisfizo por el hombre, de modo que Dios quedó contento e hizo la paz.

¡Oh inestimable caridad de Dios!. El primer hombre pecó por la inclinación de la soberbia, porque quería ser como Dios. Por eso Dios hizo guerra con él, y lo expulsó; y no humillándose el hombre a Dios, ni satisfaciendo, ni preocupándose de hacer la paz, Dios para vencer nuestra malicia, por su bondad se humilló al hombre y se hizo hombre, y el hombre fue Dios. De manera que el hombre venció esta guerra para ser como Dios: porque la humana naturaleza en Cristo está unida a Dios. Ciertamente que si el hombre hubiese hecho prisionero a Dios, no podría haber realizado un pacto en mejores condiciones. Y por eso dice san Pablo: “Yo os ruego por Cristo que os reconciliéis y hagáis la paz con Dios”; porque queriendo Él salir de la guerra, envió a su Hijo y lo hizo morir como pecador, para hacernos justos. Por lo tanto Cristo es nuestra paz, porque como dice san Pablo, “por su sangre ha pacificado las cosas celestiales y las terrenales”, es decir a Dios y los ángeles con los hombres. Además después de la resurrección, cada vez que aparecía a los Apóstoles los saludaba diciendo: “La paz esté con vosotros”. Y les enseñó que dijeran esta salutación en cualquier casa que entrasen.

Por lo tanto, mucho hay que amar la paz: porque como dice un santo: “Quien tiene paz, tiene todo bien”. Del bien de la paz dice san Agustín: “Paz es serenidad de mente, tranquilidad de corazón, vínculo de amor. Ella quita los rencores, detiene las batallas, apaga la ira, somete la soberbia, ama a los humildes, pacifica las discordias, vence al enemigo; es benigna con todos, con todos es humilde; no se exalta, no engaña, ninguna cosa la considera suya propia, perdona toda ofensa. Quien tenga este bien tan grande que lo cuide bien, y quien lo ha perdido que mucho lo llore y lo busque; y quien no lo tiene, que mucho procure tenerlo; porque quien no sea encontrado en paz será desterrado y desheredado por el Padre, separado de Cristo, y privado de toda gracia del Espíritu Santo”.

Y debemos saber que san Agustín distingue muchas clases de paz diciendo: La paz del cuerpo es la ordenada disposición de todas las partes. Pero esto no es bienaventuranza, porque muchas veces es mejor estar enfermo. La paz del alma en sí misma es el descanso ordenado de los apetitos: porque cuando el alma tiene desordenados los deseos vive siempre en guerra. Por eso dice san Agustín: “Señor Dios, Tú has mandado (y así es) que todo ánimo desordenado sea el castigo para sí mismo”. Por eso la Escritura dice: el corazón del hombre inicuo es como el mar tempestuoso que jamás tiene quietud.

Y como dice san Gregorio, de esto tenemos una figura o simbolismo en Egipto, que quiere decir tinieblas, y significa el mundo tenebroso. Por el pecado fue castigado por Dios con la plaga de las moscas, por las cuales se entiende la inquietud, porque la mosca es muy inquieta. Y por el contrario, el pueblo de Israel recibió el mandamiento de hacer fiesta el Shabat, que quiere decir reposo.

Luego dice san Agustín: “Paz entre el alma y el cuerpo es la vida ordenada, porque la vida desordenada turba el alma y el cuerpo. Paz en una comunidad es la ordenada y discreta voluntad de obedecer y de mandar, porque si el prelado manda indiscretamente y en la manera que no debe, y si los súbditos no obedecen gustosamente, y son peleadores, soberbios y envidiosos, no pueden tener paz en sí mismos, y tienen mal en este y en el otro mundo. La paz entre hombre y hombre es la ordenada concordia en el

bien, y ésta no puede ser perfecta sin caridad, porque entre aquellos que no tienen perfecta caridad no puede haber perfecta paz, por más que parezcan amigos.

Y como dice san Gregorio, “Así como es muy útil si los buenos están unidos, del mismo modo es muy peligroso si los malos están concordes, porque hacen más mal”. Por eso es muy buena obra dividir la amistad de los hombres malos que están unidos contra los buenos. Por eso san Pablo estando preso en Jerusalén, y viendo que contra él venían los Fariseos y los Saduceos, para meter discordia entre ellos y dividirlos gritó diciendo: “Yo soy Fariseo e hijo de Fariseos, soy juzgado porque predico la resurrección de los muertos”. Y dijo esto porque los Saduceos no creían en la resurrección, pero sí los Fariseos. Por esa palabra los Fariseos comenzaron a defenderlo como su compañero y hermano, le creyeron y entraron en discordia contra los Saduceos. Y por este modo san Pablo se libró y no mintió al decir que era Fariseo, porque verdaderamente había nacido entre ellos y creía en la resurrección; pero era algo más: era cristiano y confesaba a Cristo, a quien los Fariseos negaban.

Paz entre Dios y el hombre “es la ordenada obediencia con fe bajo la ley eterna de Dios”; es decir estar preparado para soportar todo lo que le pueda sobrevenir, y obedecer en todo a lo que Dios le ordena. Y aunque algunos filósofos tuvieron esta perfección, pues soportaron en paz toda tribulación y fueron muy virtuosos vistos desde fuera, pero eran soberbios y creían poder obrar y alcanzar la bienaventuranza por su propia virtud sin la gracia de Dios, y buscaban la propia gloria y no la de Dios, y no creían ni esperaban en la pasión de Jesucristo, ni tampoco en los otros artículos de la fe; por eso agrega san Agustín diciendo que “por fe creemos (no por nosotros mismos sino sólo por la gracia de Dios) que podemos conocer y poner por obra los mandamientos de Dios; y que podemos alcanzar la bienaventuranza no por nuestro mérito sino por mérito de la Pasión de Cristo. Ya que como dice el profeta Isaías, “todas nuestras justicias son como trapo de menstruación”. Y por eso los filósofos no tuvieron paz ni amistad con Dios nuestro Señor, porque no conocieron su gracia ni esperaron en Cristo, sino en sus propias obras. Por eso toda su virtud fue vana e imperfecta.

Por lo tanto debemos estar sujetos a Dios y soportar con reverencia todos sus juicios y todas las cosas que puedan sobrevenir, porque debemos creer que Dios nada permite sino por una justa razón.

Considerando esto, el atribulado Job decía: “Dios me ha dado las cosas y Dios me las ha quitado, ha hecho lo que ha querido: sea siempre bendito”. Sobre esta palabra dice san Gregorio: “Estamos ciertos que a Dios no le agrada ninguna cosa si no es justa, y nada puede suceder sino cuanto a nuestro Señor Dios le plazca. Por lo tanto justo es lo que padecemos, y seríamos injustos si nos quejáramos del justo castigo (percussione: golpe). Por eso Job no dijo: Dios me lo dio, y el diablo me lo quitó; sino que dijo: “Dios me lo dio, y Dios me lo quitó”. Porque sabía que ni el diablo, ni los hombres enemigos podían hacer esto, sino en cuanto Dios lo permitiera, y por eso estaba contento de lo que Dios permitía. Por lo tanto, si queremos estar en paz con Él, debemos agradecerle todo y serle obedientes; porque si hiciésemos lo contrario, nos sería duro patear contra el agujón, y perderemos nuestra paz: paz de la morada celestial, y la ordenadísima camaradería de llenarse de gozo en Dios, y de estar junto a Dios”.

De otro modo se pueden distinguir tres especies de paz, es decir: la paz del tiempo, la paz del corazón y la paz de la eternidad. La paz del tiempo es esta paz temporal entre

los hombres; la paz del corazón es la paz del corazón entre Dios y uno mismo; la paz de la eternidad está en la gloria. Por eso dice san Pablo: “El reino del cielo es paz y alegría”.

Por lo tanto, los pacíficos son bienaventurados, porque perciben en este mundo como una brisa y un susurro del paraíso, y tienen más bien que todos los otros hombres del mundo. Por eso dice san Pablo que “la paz de Cristo sobrepasa todo entendimiento”; pero serán más perfectamente bienaventurados en el cielo, cuando estén seguros de que jamás podrán tener guerra.

Pero debemos saber que no camina hacia la paz de la vida eterna el que no tiene paz en este mundo, en cuanto le sea posible; y quien busca la paz del mundo se aleja de la de Dios. Por eso Santiago dice: “La amistad de este mundo es causa de enemistad con Dios”. Y como dijo Jesucristo: “Es imposible estar bien con dos señores contrarios”, es decir con Dios y con el mundo. Cuán mala sea esta paz del mundo lo mostró Cristo cuando lloró sobre Jerusalén diciendo: “Si tú conocieses...” tú llorarías. Ahora tú tienes paz, pero llegará el tiempo en que serás destruida; como diciendo: Convertiré esta paz en una gran guerra. Y se entiende que la paz es malvada cuando el hombre ofende a Dios a causa de la paz y de la prosperidad del mundo. Por eso dijo Cristo: “Yo no vine a poner paz, sino cuchillo; y vine a dividir al hijo del padre, y a la nuera del suegro, porque los enemigos del hombre son los de su propia casa”.

En esta palabra Cristo demuestra lo peligrosa que es la familiaridad con los parientes y con los amigos del mundo, es decir en cuanto impiden la salvación del alma. Por eso Él dice además: “Nadie puede venir a mí si no odia al padre y a la madre y a sí mismo”, es decir en cuanto impiden la salvación del alma. Por eso dice san Gregorio: “Dios quiere que el hombre ame incluso al enemigo; pero si es contrario al camino de Dios, se debe odiar incluso al pariente”. Y san Jerónimo dice: “Ama y honra a tu padre carnal, pero no te apartes del verdadero y principal padre espiritual”.

Esta paz el mundo no la conoce, y no la ama; por eso Cristo dijo a sus discípulos: “Yo os doy paz, no como la da el mundo”; como diciendo: El mundo no tiene paz, y da una paz falsa, pero yo doy paz perpetua. Y por eso conviene, a quien quiere paz y familiaridad con Dios, que sea huidizo y enemigo del mundo, y de todos sus amigos y parientes, en cuanto puedan impedir y apartarlo de la paz de Dios. Por eso Cristo dijo en el Evangelio: “Si el ojo, o la mano, o el pie te escandaliza, córtalo y arrójalo fuera”. Y como dicen los santos, Cristo llama en este pasaje ojo, mano y pie, a los parientes que el hombre suele amar como a sus propios miembros, los cuales deben ser cortados y separados de nosotros aunque sintamos dolor, como cuando se amputan los miembros, si nos impiden y escandalizan el camino de Dios.

Por eso dice san Jerónimo: “Si tú escuchas que Dios te llama a su servicio (para consagrarte a Él), aunque tu madre se abra el pecho para mostrarte las mamas que te amamantaron, y aunque tus sobrinos se cuelguen de tu cuello, y aunque tu padre se tirara boca arriba en el umbral de la puerta de salida para impedir que tú pases, pasa por encima de tu padre con seguridad y con los ojos secos, es decir sin enternecerte por los parientes y sigue el estandarte de la cruz; y esta es gran piedad, aunque en esta acción fueras muy cruel”. Por eso dice en el Deuteronomio: “Quien dice al padre y a la madre: yo no os conozco y olvidase a los hijos hermanos: estos son los que te aman y sirven tus mandamientos ¡oh Dios!”. Sobre esta palabra dice san Gregorio: “Llegan a ser muy

familiares de Dios los que por amor a la virtud no quieren conocer a los que están unidos por la carne”. Y por eso es necesario que quien se quiere unir a Dios se aparte del amor de los parientes.

Por eso Dios ordenó a Abraham diciéndole: “Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre y ven a aquella tierra que te mostraré”. Y haciendo esto llegó a ser su amigo. Por lo tanto para tener paz con Dios, nos conviene renunciar a toda paz del mundo, que nos es ocasión de escándalo.

Pero los hombres del mundo, necios y locos, para no perder la amistad de alguna persona sin valía, no les importa tener enemistad con Dios. Y por eso el primer hombre pecó, porque cuando su esposa lo indujo a comer el fruto prohibido, aunque no creyese que llegaría a ser como Dios, sin embargo, como dice san Agustín, “por no alterar a la mujer comió, y ofendió a Dios por no querer ofender a la mujer”. De la misma manera muchos, por no tener problemas con los parientes y con el amigo, no se cuidan de ofender a Dios y perder su amistad. Contra estos dice nuestro Señor Jesucristo: “Quien ama al padre y a la madre, o a la mujer o a los hijos más que a mí, no es digno de mí”.

CAPITULO 48

De la octava bienaventuranza, es decir,
de los que son perseguidos a causa de la justicia.

Puesto que el hombre se ha apartado del mundo y se ha ejercitado en las virtudes por las primeras bienaventuranzas, y por su pureza ve a Dios, y está unido con Él por la paz, probando y degustando su dulzura, recibe tanta fortaleza en el amar a Dios que toda amargura a causa de Dios le parece dulzura, y toda vergüenza le parece gloria. De aquí se sigue la octava bienaventuranza, de la cual dice Jesucristo: “Bienaventurados los que padecen persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el reino del cielo”.

Esta es una perfección completa y excelente, porque ama la virtud cuando la debe amar, es decir que el hombre está preparado a morir y no abandona a causa de las persecuciones, antes bien está contento de ser atribulado. Por eso san Pablo hablando de sí mismo respecto a estas cosas dice: “Nosotros nos gloriamos en las tribulaciones”. Por eso escribe a algunos de sus discípulos, atribulados a causa del nombre de Jesucristo diciendo: “A vosotros Dios os ha dado una gracia singular, no solamente que creáis en Él, sino más bien que seáis atribulados a causa de Él». Con ello quiere mostrar que el hombre tendría que considerar una gran gracia el ser atribulado por obrar bien; porque ello es signo de que el hombre es hijo de Dios, y se asemeja a Jesucristo, quien por obrar bien y predicar la verdad, fue escarnecido y crucificado.

Por eso Cristo, enviando a predicar a los Apóstoles y prediciéndoles muchas tribulaciones que debían soportar a causa de Él, queriendo darles a entender que por caridad y por una gracia singular los enviaba a ser martirizados y atribulados, les dijo: “Como Dios Padre me envía, así Yo os envío»; como diciendo, según la glosa: “Como

Dios Padre me ama perfectamente, y me envió para ser crucificado, así Yo por gran amor y no por odio, os envió para ser perseguidos y martirizados”.

Por eso se lee de los Apóstoles que “se retiraban alegres y gozosos de la reunión de los sacerdotes (judíos), quienes los habían hecho azotar y flagelar públicamente; y agradecían a Dios que los había hecho dignos de ser atribulados a causa de su amor. Por eso dice san Bernardo que “la vida de los santos es hacer el bien y padecer el mal”; porque mientras el hombre busque alabanza o retribución de parte de Dios o del hombre por sus buenas obras, aún no es perfecto; y no ama la virtud por sí misma sino en consideración a la retribución, y así no la ama fuertemente ni puramente.

Y san Gregorio dice que los hombres santos y justos mucho se duelen y temen si se ven alabar o recibir honores por su bien obrar, y la ganancia les parece pérdida y la pérdida les parece ganancia, puesto que no quieren amar el mundo, antes bien temen ser amados por el mundo. Y temen que sus obras no sean aceptadas por nuestro Señor Dios, y por esto no les gusta tener recompensa en este mundo. Por eso se alegran de ser tenidos en poco o nada; y quieren ser reprobados y atribulados por su bien obrar; porque saben que Dios, porque que es justo y recompensa toda buena obra, y ellos en esta vida no tienen sino males, serán mejor recibidos en la otra vida; por eso están alegres por recibir mal por bien en este mundo, y son fuertes para devolver bien por mal a los otros. Por eso dice san Pablo, hablando de sí mismo y de los perfectos: “Nosotros somos maldecidos, y bendecimos; somos insultados, y agradecemos; somos perseguidos y burlados, y soportamos con alegría; y aún haciendo el bien, padecemos hambre, sed y desnudez, pero en todas estas cosas somos fuertes por amor de Aquél que nos amó hasta la muerte, y hemos sido hechos y considerados como la basura y la inmundicia del mundo”, que todo hombre repele y rechaza.

Por eso debemos saber que san Bernardo pone tres grados de perfección. En el primero dice que el hombre es peregrino; y aunque el peregrino en el camino se alegre y se turbe según las circunstancias que le sucedan, sin embargo si él es buen peregrino deja de lado y olvida las alegrías, y traga las injurias, y siempre continúa las jornadas para alcanzar prontamente el fin de su camino. Y así los que son peregrinos, suponiendo que por fragilidad se alegran o turban un poco según las circunstancias de prosperidad y de adversidad, nada menos que por el deseo de alcanzar el fin y el puerto de la vida eterna, se hacen fuerza a sí mismos y huyen de los placeres del mundo y soportan con paciencia las tribulaciones.

En el segundo grado dice que el hombre está muerto: y que así como el muerto no siente y no procura ni honor ni deshonor, ni siente alegría ni pena, así estos tales están tan absortos en Dios, y tan abstraídos de los sentimientos que, como si estuvieran muertos, no se preocupan de los asuntos del mundo y andan como desmemoriados.

En el tercer grado dice que el hombre está crucificado: es decir que no solamente no se preocupa del mundo, como todo muerto, sino mas bien que por amor a Jesucristo crucificado es como que busca el deshonor y huye la gloria; y toda prosperidad le resulta pena, y toda pena le resulta alegría para con-formarse a Jesucristo crucificado.

En el primer grado estaba san Pablo cuando decía: “Nosotros somos peregrinos en este mundo, y buscamos caminar hacia nuestra ciudad, la Jerusalén celestial”. En el segundo grado estaba el mismo Pablo cuando decía: “Yo no vivo, sino que Cristo vive

en mí". Y de esto elogiaba a sus discípulos diciendo: "Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Y en otro pasaje dice: "Consideraos muertos al pecado y al mundo, y vivid en Dios".

Estaba en el tercero cuando decía: "Yo estoy crucificado con Cristo en la cruz, y llevo los estigmas de Jesucristo en mi cuerpo; y por amor suyo, aquellas cosas que antes consideraba ganancia, ahora las considero pérdida, y toda prosperidad del mundo me parece detrimento para poder ganarlo a Él". En este estado confortaba a sus discípulos diciendo: "Llevemos los oprobios de nuestro Señor Jesucristo". Y decía también: "Revestíos de Jesucristo", conformaos a su vida, y por compasión sentid en vosotros la pena que Él llevó, y seguidlo.

Estos tales son bienaventurados en este mundo con bienaventuranza de buena conciencia, porque se sienten en el más excelente estado que puedan estar. Respecto a esto dice san Pablo: "Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia". Y por el contrario, podemos decir que es una gran miseria el remordimiento de la conciencia.

Además son bienaventurados por la gran esperanza de la bienaventuranza eterna, viéndose alegres en las tribulaciones, y dar buena prueba de esto en las batallas. Por eso dice san Pablo: "La tribulación produce paciencia, la paciencia produce un testimonio, es decir demuestra que el hombre da buena prueba en las tribulaciones; y en el testimonio genera esperanza" porque cuando el hombre se siente muy probado, crece en la esperanza.

Y esta bienaventuranza es mucho mayor que la de los mansos: porque la mansedumbre refrena la ira y la impaciencia, y soporta en paz. Pero por esta, el hombre no solamente se da paz, sino que antes bien se alegra, y siente nueva alegría en ser atribulado, y recibe una nueva alegría y consolación de Dios. Por eso san Pablo decía: "Como abundan las tribulaciones por Cristo, así abundan las consolaciones en nosotros".

Además en el cielo son más perfectamente bienaventurados que los otros, en cuanto que por el martirio tendrán una gloria y una corona singulares. Y esto es lo que corresponde, como dice san Pablo, porque "quien participa en las tribulaciones, participe en las consolaciones con Cristo". Por eso, porque estos tales, en el mundo, están más unidos a Cristo crucificado en sus penas, corresponde que en el cielo estén más unidos y ligados en gloria a Cristo glorioso.

Esta bienaventuranza Cristo la mostró en sí mismo y la eligió para sí: porque como en muchos lugares he dicho, Cristo, por obrar bien y hablar bien, recibió persecuciones y difamaciones, y especialmente en la cruz, en la cual murió con castigo y con vergüenza como un malhechor. Esta bienaventuranza está totalmente fuera de la imaginación de los hombres del mundo, y hasta de muchos que visten hábito y quieren tener el nombre de alguna perfección, porque si algún bien hacen quieren retribución, alabanzas y fama. Y semejantes a los miserables, si por obrar bien reciben un mal se escandalizan y se lamentan de Dios.

CAPITULO 49

Cómo por las dichas bienaventuranzas el hombre llega a ser perfecto, en cuanto a Dios, en cuanto al prójimo, y en cuanto a sí mismo.

Esta doctrina, como ya se ha dicho, contiene toda perfección y ordena al hombre en cuanto a sí mismo, en cuanto al prójimo y en cuanto a Dios. En cuanto a sí mismo, el hombre está ordenado cuando la voluntad obedece a la razón. Por eso san Bernardo dice que la virtud no es otra cosa sino el uso de la voluntad según el arbitrio de la razón. La razón nos muestra y enseña a amar poco al bien pequeño, y a amar mucho al grande y verdadero bien; a llevar pacientemente el mal de la pena o castigo, y a dolerse mucho del mal de la culpa. Y en esto está la sabiduría, porque dice san Bernardo, “el alma es sabia cuando para ella cada cosa tiene aquel sabor debe tener, es decir cuando el bien del mundo te parece vil, y el bien de la gloria te parece valioso y deleitable, y te parece amargo el mal de la culpa”. Por lo tanto, el alma está ordenada por amar poco, o más bien por despreciar el bien pequeño, es decir las riquezas del mundo. Y esto se hace por la primera bienaventuranza, es decir: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, es decir los que renuncian a todas las cosas por el amor de Dios.

Además está ordenada amando mucho al grande y verdadero bien. Y esto se muestra por la cuarta bienaventuranza, que consiste en tener hambre y sed, es decir gran deseo de la justicia, la cual comprende de manera genérica toda virtud. Además está ordenada a tener odio y grandísimo desprecio por el mal de la culpa. Y esto se muestra por la segunda y la tercera bienaventuranzas: porque el hombre que tiene odio al pecado llora mucho a causa de él. Por la segunda y por la tercera sobrelleva mansamente toda tribulación, considerando que es digno a causa de su pecado. Por eso dice el profeta Miqueas: “Yo cargaré la ira de Dios, porque yo he pecado”. Y David dice: “Aquí estoy, preparado para los azotes”.

O mejor, si queremos decir que el hombre llora por el deseo del paraíso, además en esto el alma está ordenada, porque desea su fin propio, es decir la bienaventuranza. Por eso dice Boecio que el hombre tiene naturalmente deseo del verdadero bien, y desea la bienaventuranza.

He aquí pues, cómo el hombre está ordenado en cuanto a sí mismo por las primeras cuatro bienaventuranzas, es decir despreciando como vil el bien del mundo, por la primera; teniendo sed y deseo del bien de la virtud, por la cuarta; llorando por el mal de la culpa por deseo de bienaventuranza, por la tercera; soportando con mansedumbre las tribulaciones, por la segunda. O bien podemos decir que el alma está desordenada por desordenado amor de aquel bien que es menor y más vil que el hombre mismo, es decir el bien del mundo; y este desorden se borra por la primera bienaventuranza de la pobreza; o bien está desordenada por impaciencia y apetito de venganza, y esta se borra por la segunda de la mansedumbre. O bien está desordenada por la ceguera de no conocer su propio estado, y ésta se borra por la tercera del llanto. Por eso dice Salomón: “Quien crece en ciencia, crece en dolor”, porque en cuanto el hombre se conoce a sí mismo, comienza a llorar por su estado. O bien está desordenada por tedio o por fastidio del verdadero bien de la virtud, y esta se borra por la cuarta bienaventuranza, es decir el hambre y sed de justicia.

El hombre está ordenado hacia el prójimo, soportándolo y perdonándolo, y haciendo por él obras de misericordia temporal y espiritual, en cuanto puede. Y esto se hace por la quinta bienaventuranza de la misericordia, por la cual el hombre perdona la injuria y da limosna al prójimo en aquellos catorce modos que ya hemos dicho.

El hombre está ordenado en cuanto a Dios cuando le da todo el corazón, según Dios le pide. Por eso Él dice: “Hijo, dame tu corazón”. Y puesto que nuestro corazón es habitáculo y templo de Dios, como dice san Pablo, conviene limpiarlo y purificarlo, y esto se hace por la sexta bienaventuranza. Quiere además adornarse de aquello que Dios más ama: la paz. Por eso dice el Salmista: “El lugar de Dios está en paz”; y esto se hace por la séptima bienaventuranza, por la cual el hombre se une a Dios por amor perfecto, y llega a ser su hijo. Pero en cuanto que se ocupa de poner paz entre los prójimos, podemos decir que nos ordena en cuanto al prójimo. Pero principalmente esta bienaventuranza consiste en pacificarse a sí mismo y unirse a Él por amor perfecto.

La octava bienaventuranza, que consiste en padecer persecuciones por causa de la justicia, puesto que, como ya se ha dicho, justicia comprende universalmente todo bien y toda virtud, podemos decir que nos ordena universalmente en cuanto a Dios, y en cuanto al prójimo, y en cuanto a nosotros mismos, dándonos perfección, alegría, y fortaleza y perseverancia en el buen obrar. Por eso esta última es perfección y ordenamiento de todas las otras, según lo que dice una glosa.

CAPITULO 50

Cómo se pueden adaptar las primeras siete bienaventuranzas
a los siete dones del Espíritu Santo,
y cómo se relacionan mutuamente.

Y porque hemos dicho que las bienaventuranzas son gracias perfectas, y toda perfección es don del Espíritu Santo, podemos comparar y mostrar cómo se corresponden entre sí las bienaventuranzas con los siete dones del Espíritu Santo. La primera bienaventuranza de la pobreza de espíritu, que, según dijimos, tenía dos partes, es decir humildad y renuncia a las cosas temporales, se corresponde y procede del don de temor. El hombre por el temor suele abajarse e inclinar la cabeza cuando entra por la puerta baja, para no golpearse, o por miedo de que algo le caiga sobre la cabeza. Y de este modo, queriendo él entrar por la puerta y por el camino estrecho, es decir por Cristo, quien dice: “Yo soy puerta y soy camino”, es necesario que se humille e incline. Por eso dice san Agustín: “Tú que quieres entrar por esta puerta, inclínate, para que no te rompas la cabeza”.

Además por temor a la sentencia o juicio de Dios, el hombre debe humillarse. Y por eso dice san Pedro: “Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os exalte en el tiempo de su visitación”. Además, queriendo entrar por esta puerta tan estrecha, conviene enflaquecer por pobreza y renuncia de las cosas temporales. Por eso dice san Bernardo: “La estrechez de esta puerta por la que conviene entrar, no admite el camello

cargado de bienes temporales”. Y sobre esa palabra que dijo san Pedro a Cristo: “Nosotros hemos dejado todo y te seguimos”, dice san Bernardo: “Bien hiciste, san Pedro, sabiamente: porque Jesucristo corre ligero y liviano, y casi desnudo, y no lo habrías podido seguir yendo cargado. Por lo tanto mejor fue abandonar el camello, e ir detrás de Él, que andar cargado y quedar rezagado detrás”.

Además en el mar, cuando el hombre enfrenta una tempestad, quiere humillarse mucho ante Dios, y para librarse del peligro tira la carga al mar. Y del mismo modo, cuando Dios comienza a explicarnos las tempestades de este mundo y los peligros de este mar peligroso donde estamos, por miedo nos humillamos ante Él y para librarnos del peligro arrojamos la carga de las cosas temporales, y llegamos a ser pobres de espíritu. Por eso sobre esta palabra de Job, que dice: “Yo siempre he temido a Dios, como a las tormentas del mar cuando las veía venir sobre mí”, dice san Gregorio: “Cuando las tormentas tempestuosas y las olas se levantan en el mar, para librarse del peligro el hombre arroja la carga y la mercancía, por más preciosa que sea y por la cual había realizado una larga travesía”. Del peligro de este mar del mundo dice san Bernardo: “El peligro del mar de este mundo se demuestra por los pocos que se salvan del peligro y por los muchos que se ahogan. En el mar de Marsella de seis naves no perece ni una, y en el mar de este mundo, de las seis no se salva ni una. Por lo tanto, quien esto piensa, humíllese ante Dios y arroje la carga de los pecados, y llegue a ser pobre de espíritu”.

La segunda bienaventuranza, es decir la mansedumbre, se adapta al don de piedad, en cuanto a que la piedad es misericordia y compasión: porque el hombre piadoso sobrelleva la injuria del prójimo, y tiene compasión y piedad más de la culpa del prójimo que de la injuria propia; de esto tenemos ejemplo en Cristo, y en san Esteban, y en san Pablo, y en muchos otros santos, los cuales más se dolieron de la culpa de quienes los atribulaban, que del sufrimiento propio. Y esto es según el orden de la caridad, la cual llora más por el daño espiritual del prójimo, que por el propio daño temporal. Por lo tanto, por el don de piedad el hombre llega a ser manso y perdona al prójimo, y no toma venganza por la injuria recibida.

Además en cuanto la piedad se entiende por el culto a Dios, se adecua al alma por la mansedumbre, porque nadie puede entregarse (vacar en el ocio contemplativo) perfectamente a servir a Dios y cargar su yugo, si no es con la mansedumbre. Y esto mostró Cristo cuando dijo: “Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí a ser humildes y mansos de corazón”. Como diciendo: mi yugo no puede ser llevado sino por los humildes y los mansos.

La tercera bienaventuranza, es decir la del llanto, se adecua al don de la ciencia, porque como dice san Agustín, el don de ciencia está para conocer los males y los peligros en los cuales estamos, y para tener providencia de los males que podamos encontrar, lo cual hace llorar y doler. Por eso cuando Cristo lloró sobre Jerusalén dijo: “Si tú conocieras, llorarías”. Por eso sólo los necios ríen, y no prevén sus propios males. Pero “el corazón de los sabios”, como dice Salomón, “siempre está con tristeza, y la risa está en la boca de los necios”. Esta adecuación nos la demuestra la naturaleza, porque un solo miembro está ordenado a llorar y a ver, es decir el ojo, para significar que quien conoce, llora. Por eso dice san Bernardo: “No encontramos que Cristo, el cual tenía perfecta ciencia y discreción, haya jamás reído, pero encontramos que muchas veces lloró, y andaba tan apesadumbrado, que parecía más viejo de lo que era”.

A la cuarta bienaventuranza de hambre por la justicia corresponde el don de fortaleza, y la una ayuda a la otra: porque el hambre, es decir el gran deseo, hace fuerte al hombre. De allí el proverbio: El amor no siente fatiga. Y quien es bien fuerte, más obra; y obrando más, más se enciende el deseo, como el fuego, que cuanto más leña echamos más crece y más incendia.

La quinta bienaventuranza, es decir de la misericordia, se adecua al don de consejo: porque quien sigue el consejo de Cristo, es misericordioso y hace misericordia al prójimo, para recibirla de Dios. Además el consejo ordena la misericordia, mostrando cómo, cuánto, a quién, cuándo, y en qué modo debemos proceder para hacer misericordia: es decir que primero el hombre tenga misericordia de su alma, como dice la Escritura, y que atienda más a la misericordia espiritual que a la temporal.

La sexta bienaventuranza de la limpieza-pureza, se adecua al don de intelecto: porque el intelecto es un ojo del alma, y si no está limpio y puro, no puede ver. Por eso dice san Bernardo: “La verdad pura no se ve sino con el ojo puro”. Y por eso Cristo dice: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios”. Por lo tanto la pureza se acompaña con el intelecto; porque quien es puro entiende y contempla las cosas de Dios, y es necesario que quien lo quiera entender, esté limpio. Y cuanto más considera, tanto más se limpia: porque la consideración purifica el alma, según dice san Bernardo: “Quien quiera ver las cosas secretas de Dios, limpie su corazón”.

La séptima bienaventuranza de la paz, corresponde al séptimo don de sabiduría, la cual decimos que consiste en gustar a Dios; porque quien gusta su sabor, prueba y siente perfecta paz. Y cuanto más pacificado está el corazón, más habita Dios en él, y le hace probar su dulce sabor.

La octava bienaventuranza, como dijimos, es la perfección total, porque quien es tan perfecto que se alegre (por hacer el bien) de padecer el mal, demuestra que tiene perfectamente todos los dones y todas las bienaventuranzas.

RECAPITULACIÓN

Por lo tanto recapitulando, toda esta obra contiene cómo Cristo vino a morir para incendiar, iluminar y rescatar al hombre. Y cómo exaltado sobre la tierra, y puesto en cruz, según Él dijo, atrajo hacia sí todas las cosas, es decir el corazón del hombre, para el cual fueron hechas todas las cosas. Y primero atrajo y ordenó el afecto con todos sus movimientos, es decir el amor y el odio, dolor y gozo, temor y esperanza.

Luego cómo ilumina el intelecto y ocupa la memoria; y cómo en cruz está como enamorado y como caballero armado, y venció por nosotros en la batalla. Y cómo en cruz está como fuelle, para soplar en nuestro corazón. Y cómo por su soplo nos sopla siete dones del Espíritu Santo.

Y cómo está en cruz cual maestro en cátedra para enseñarnos, y muestra cómo cumple toda la ley haciéndole al prójimo las catorce obras de misericordia. Y cómo las ocho bienaventuranzas que Él nos predicó, las cumplió y eligió para sí. Por eso esta obra bien se llama “El espejo de la Cruz”. Porque Cristo en la cruz nos muestra toda su perfección, y todas nuestras manchas, las que por su ejemplo debemos limpiar.

